
jazmín
los más bellos romances del mundo
Novelas con corazón
Atrapada en sus redes

Atrapada en sus redes

Dominic sufre amnesia después de un aparatoso accidente y aparece Justine diciendo que es su esposa. A pesar de todas las explicaciones de Justine no le parecen convincentes a Dominic y ella comienza a preocuparse.

Capítulo 1

La habitación estaba casi vacía, sólo había unos cuantos muebles. Sin embargo, allí en medio de aquella austeridad, había podido recuperar la paz y la normalidad después de salvarse de aquella horrible catástrofe. En aquellos últimos días se había dedicado a examinar minuciosamente hasta el más mínimo detalle de la habitación, y ahora que comenzaba a restablecerse, advirtió sus limitaciones, que hasta entonces le habían pasado desapercibidas.

Las monjas que le habían cuidado y habían procurado devolverle la salud, se portaban con él maravillosamente. Después de todo, aquél era su medio natural, ellas habían elegido vivir satisfaciendo sólo las necesidades básicas de la existencia y dedicándose al servicio de Dios y de sus semejantes.

Algo en su interior, desconocido, le decía que su actitud frente a la vida no era la misma. Él estaba habituado a vivir de una forma muy diferente, aunque por más esfuerzos que hiciera, no pudiese recordar concretamente qué clase de vida había llevado hasta entonces. Y ni siquiera el cuidado y la amabilidad de las monjas podían ayudarle a superar la depresión que le causaba no poder recordar nada de lo ocurrido antes del accidente. Y aunque el médico le había asegurado que aquélla era una consecuencia lógica del accidente, que con el tiempo recuperaría la memoria, a medida que pasaban los días perdía la confianza en su pronóstico.

Desde luego, había padecido horribles pesadillas los primeros días de su estancia en el pequeño hospital de la misión, sobre todo cuando le informaron que él era el único superviviente de aquella catástrofe. Deliraba, se despertaba empapado en sudor cada vez que oía el rugido de un avión y luego, poco a poco, la tensión de los primeros días había cedido dando lugar a una sensación de alivio. Estaba vivo y le parecía que había tenido mucha suerte, pero aquella inquietante curiosidad por su pasado no dejaba de desanimarle. Se sumía en una profunda depresión al no poder recordar nada.

Al principio, no entendía el idioma que hablaban las monjas y el médico de piel aceitunada. Pero, en un inglés rudimentario, le explicaron por fin que el avión en el que él viajaba se había estrellado al cruzar los Andes y que el hospital de la montaña al que le habían llevado se encontraba en Montera verde, un pequeño país situado entre la frontera de Bolivia y Paraguay, donde se hablaba portugués. No pudieron decirle cuál era el motivo de su presencia en el avión, ya que el fuego había destruido todos los documentos, de manera que no había forma de averiguar su identidad. Pero para animarle no dejaban de insistir en la suerte que había tenido al salvarse.

Las autoridades le informaron que el avión pertenecía a una compañía brasileña; pero allí, a miles de kilómetros de Río de Janeiro, estos asuntos avanzaban con mucha lentitud. Había otros ingleses en el avión, lo cual dificultaba las cosas; mientras no se terminara la investigación, él sería sólo uno más entre ellos. Todo aquello le

resultaba molesto, frustrante; se pasaba la mayor parte del tiempo sumido en una profunda inquietud, nadie podía decirle nada que le ayudara a recordar. Aunque él poseía la clave de su propia identidad, era el que menos sabía de sí mismo. Procuraba imaginarse continuamente qué clase de persona había sido antes del accidente. Algo le decía que él no era un hombre paciente, sino una persona acostumbrada a dar órdenes, no a recibirlas. Estaba ansioso por descubrir su identidad y continuar haciendo su vida normal. Sólo a veces pensaba con horror en la posibilidad de no volver a recuperar la memoria y en esos momentos su depresión asumía dimensiones desproporcionadas.

La puerta se abrió y entró una de las monjas, la hermana Teresa, que se acercó despacio a su cama. La memoria de aquel hombre funcionaba de una forma extraña desde el accidente. Recordaba todo con una nitidez asombrosa, era natural, al no tener recuerdos anteriores el presente adquiría para él una gran importancia. A la hermana Teresa, que no tenía más de veintidós o veintitrés años, según él suponía, le resultaba difícil mantener su aire de frialdad y su compostura cuando él la observaba minuciosamente con sus penetrantes ojos grises. Ella había estudiado en un convento en los Estados Unidos, de manera que hablaba bien inglés y era la encargada de atenderle.

Resultaba extraño que, habiendo perdido la memoria, no se hubiese olvidado de lo que eran los Estados Unidos, o un convento, y sí de todas sus experiencias personales.

— Buenas tardes, señor —le dijo la hermana Teresa—. ¿Cómo se siente?

Él suspiró y se movió inquieto en la cama. El dolor de cabeza que había sido tan intenso durante los primeros días, después del accidente, y que se debía a una herida que tenía en la frente, había cedido, y aparte de su estado general de debilidad, casi podía decir que se sentía bastante bien.

— Mucho mejor —respondió pasándose una mano por la barba crecida. Hasta ese momento nadie había intentado afeitarle. Seguramente habían preferido no molestarle hasta que se empezara a recuperar.

—¿Cuándo podré levantarme? La hermana María que estuvo aquí esta mañana parece no haber comprendido una palabra de lo que le dije.

La hermana Teresa le miró. Tenía un rostro que, aunque no era hermoso, resultaba agradable.

—La hermana María no habla inglés, señor. Yo estaba ayudando al doctor Ramírez en una operación y no he podido ocuparme de usted — metió las manos en las mangas de su hábito—. Creo que pasarán varios días antes de que el doctor le permita levantarse. Debe tener en cuenta que su cuerpo ha sufrido una gran conmoción y...

—Me siento muy bien —la interrumpió, tratando de controlar su impaciencia, sin lograrlo—. Nadie parece darse cuenta de mi ansiedad... no sé por qué estaba en ese avión, no sé a dónde me dirigía ni por qué... no sé ni siquiera quién soy.

— Lo comprendemos, señor —la calma de la hermana Teresa le resultaba irritante —. Es comprensible que quiera recuperar la memoria y reanudar sus actividades. Sin embargo, ¿no se le ocurre

pensar que si hubiese alguien ansioso por conocer su paradero ya hubiese iniciado algunas averiguaciones?

—¿Qué tipo de publicidad cree que puede haber tenido el accidente en la prensa europea? —le preguntó molesto—. Además, conozco el tratamiento que suele recibir ese tipo de noticias. Dirán que hubo un accidente en Montera verde, que tal vez murieron sesenta o setenta personas, entre las cuales había seis turistas ingleses y eso es todo. A menos que alguien se preocupe de buscar más datos, todo quedará así.

La hermana Teresa le miró resignada.

— Si usted tiene una esposa, una familia, con seguridad ellos se encargarán de averiguar lo que le ha pasado.

Él suspiró.

— En el caso de que supiesen que yo viajaba en ese avión. ¿Y si no lo sabían? ¿Qué ocurriría si yo trabajara en Río y sólo fuera de viaje a La Paz? ¿Quién podría saberlo?

— Si trabajaba en Río, sus compañeros o sus empleados deben saber que usted no ha regresado.

Él frunció el ceño.

—Quizá sí, quizá no — murmuró pasándose una mano por la frente sudorosa y apoyándose en las almohadas. Cuando hacía algún esfuerzo por recordar, aunque sólo fuese un pequeño detalle, se quedaba después agotado y le dolía mucho la cabeza.

La hermana Teresa se le acercó y le colocó las almohadas.

—No debe esforzarse tanto. El doctor Ramírez se enfadará si se entera.

Él volvió la cabeza como diciendo: ¡al diablo el doctor Ramírez! Era su vida la que estaba en juego y tenía derecho a recuperar la memoria, costase lo que costase.

Apenas su ira se aplacó, volvió a fijar su atención en la hermana Teresa, mirándola intensamente y haciéndola sonrojar mientras ella le tomaba el pulso.

—Dígame, ¿por qué una muchacha como usted ha elegido esta clase de vida? -le preguntó en voz baja

-Por favor, señor! -exclamo la hermana Teresa dejándole la muñeca y cogiendo el termómetro para tomarle la temperatura.

Él continuó observándola mientras ella se movía de un lado a otro por la habitación, arreglando la mesa, las mantas de la cama, y abriendo un poco la ventana para que entrara aire fresco.

-¿A qué le tiene miedo? -le preguntó cuando ella volvió a acercarse a la cama para mirar el termómetro-. Es una pregunta muy sencilla, ¿por qué no responderla de igual forma?

-No hay una respuesta sencilla, señor.

Los ojos de él se entrecerraron con ironía:

— Eso no es una respuesta, hermana.

—No puedo decirle algo que no sé, señor: Eso es lo que quería decir — y se dirigió hacia la puerta—. Pronto le traerán la comida.

—No tengo hambre. ¡No se vaya! —exclamó ansioso, y ella volvió a sonrojarse.

—Debo marcharme.

—¿Por qué? ¿Me tiene miedo? A lo mejor soy un sacerdote, nadie puede saberlo. Quizá tengamos eso en común.

—No lo creo, señor.

—¿Porqué no?
—No actúa como un sacerdote, señor —le contestó muy nerviosa.
—No podría hacerlo, ahora no sé quién soy.
— No, no por supuesto. Pero hay algo más, algo en sus ojos... que me dice que no lo es.
Los ojos grises del hombre se clavaron burlones en la hermana Teresa.
—¿Es por la forma en que la miro? ¿Como si usted me agradara?
— ¡ Señor! —ella se había quedado sorprendida y él sintió remordimientos de haberle hablado así. Usaba a la pobre muchacha para no pensar, para distraerse de la continua obsesión que le atormentaba, pero aquella actitud era cruel ya que ella no podía o no quería defenderse.
-¡Oh, váyase! -exclamó él de pronto-. Siento haberla ofendido.
La hermana Teresa vaciló como si hubiese querido decir algo más, pero luego, con un breve suspiro, se retiró, cerrando en silencio la puerta.
Con una imprecación contenida, él sacó las piernas fuera de la cama, le recorrió un temblor cuando sus pies tocaron el suelo frío. Luego se puso de pie, esperó un momento hasta que desapareció el mareo que le había provocado el cambio de posición y caminó despacio hacia la ventana.
El paisaje era maravilloso, hermosísimo. Pensó, con ironía, que en otras condiciones aquél le hubiera parecido un lugar ideal para pasar unas vacaciones, para descansar de las tensiones que la vida traía consigo...
De pronto, hizo una mueca. ¿Qué le hacía pensar que él llevaba una vida llena de tensiones antes del accidente? Inexplicablemente se sorprendía a sí mismo pensando que debía ser una persona importante. Pero en realidad no tenía ninguna razón para apoyarse en ese tipo de suposiciones... Ni tampoco en las contrarias, desde luego... Le resultaba muy duro tener que reprimir continuamente sus fantasías sobre cuál sería su identidad.., pero aquella situación se mantendría mientras no tuviera ninguna pista que le descubriera su pasado.
Suspiró profundamente. El aire fresco y puro que entraba por la ventana le invitaba a relajarse. El hospital estaba construido en una de las laderas de la montaña y debajo de él había un profundo valle, donde serpenteaba un río entre matorrales y rocas cubiertas de musgo. Las cimas nevadas de las montañas daban una gran majestuosidad al panorama. Los Andes, eran imponentes y bellos. Realmente le parecía asombroso que pudiera haberse salvado de un accidente en aquellos picos escarpados, entonces sintió que un escalofrío le recorría la espalda.
Un hombre bajaba por una ladera y un rebaño de cabras saltaban por entre las rocas delante de él. Todo era tan apacible que empezó a sentirse más tranquilo. Veía cómo la gente aceptaba con sencillez su vida y comprendió que siempre se podía aprender de cualquier experiencia por desagradable que ésta fuera. Quizá él era uno de esos hombres despreciables que vivían siempre inmersos en un mundo competitivo y despiadado.
Se apretó la cabeza con las manos intentando evitar aquellos pensamientos, cuando oyó unos pasos en el pasillo y supuso que sería Constancia que le traía la comida. Volvió a la cama y enseguida vio

entrar a una mujer mayor con un carrito. Apenas ésta vio que él se había levantado, comenzó a hablar en voz alta, en su lengua, moviendo la cabeza mientras él se volvía a acostar, sometiéndose en silencio a sus reprimendas, incapaz de responderle. Una inmensa debilidad le invadió de pronto y, agotado, volvió a recostarse en las almohadas.

Constancia se marchó indignada y él comenzó a comer sin ganas. Después de probar lo que había en los platos, decidió comerse sólo la fruta.

Momentos más tarde, la puerta de su habitación se abrió y apareció el doctor Ramírez. Él adivinó que Constancia le había comunicado que le había encontrado levantado.

Ramírez entró despacio en la habitación y cerró la puerta.

—Bien, señor —dijo en tono de reproche —. Usted sabe por qué estoy aquí.

—Desde luego. Seguramente Constancia le ha dicho que soy un enfermo muy desobediente y que debo ser castigado.

—No señor. Usted sabe que si yo le digo que debe descansar es porque así debe ser, por su propio bien.

— Sí, sí, lo sé —movió la cabeza inquieto sobre la almohada—. Doctor Ramírez, estoy aburrido. ¿Me comprende? Aburrido —repitió, dejando caer una mano sobre la manta—. ¿Cuántos días hace que estoy aquí? El tiempo se me hace interminable. No tengo nada que leer, nadie con quien hablar. Estoy obligado a permanecer aquí mirando el techo todo el santo día.

—Es lamentable, señor, pero no hay libros en inglés en el hospital. Sin embargo, está usted mejorando poco a poco. Su temperatura ya es normal. Todavía está débil, por supuesto, pero tal vez mañana pueda levantarse un rato y sentarse junto a la ventana.

—iCuándo averiguarán quién soy? —preguntó suspirando.

—Ya se está haciendo lo posible, señor. Las autoridades...

—¡Oh, no me diga! -exclamó apretando los puños, pero en seguida, su ira se disipó; sentía un intenso dolor de cabeza—. ¡Oh, Dios este maldito dolor!

Ramírez se mordió los labios preocupado.

— Señor, si yo pudiese hacer algo, ayudarle a recuperar la memoria, no dudaría en hacerlo. No hay ningún medio para lograrlo. Puede ocurrir mañana mismo. Créame, he visto varios casos como el suyo. Cuando físicamente esté restablecido, la amnesia desaparecerá, se lo aseguro.

Él había cerrado los ojos un momento mientras el médico le hablaba, luego los abrió para mirarle.

—Lo siento. Sé que hace usted todo lo que puede. Perdóneme.

Ramírez hizo un gesto como quitándole importancia.

—No hay necesidad, señor. Lo comprendo. Pero no vuelva a levantarse de la cama sin permiso. Podía haberse caído y haber pasado horas y horas en el suelo. Y no le conviene resfriarse —sonrió.

Ya me lo imagino, doctor Ramírez.

Capítulo 2

Justina dejó que fuese el animal el que escogiera el camino por la montaña. Ella no conocía aquel paraje, de manera que estaba decidida a permitir que el caballo la llevase donde quisiera. ¡Era tan agradable, tan relajante, después de la tensa atmósfera del Castelo y todos los problemas que representaba, dejarse llevar así, durante un largo rato! Si hubiese estado con Luis y Morgana, no habría podido hacerlo.

La brisa que agitaba la copa de los árboles junto al lago era fresca y el sol se iba hundiendo lentamente en el horizonte. Justina suspiró y miró a su alrededor. Hacía tres años que no cabalgaba por aquel lugar, sin embargo, le parecía que hubiera sido ayer. Nada había cambiado. Todo le resultaba familiar y se preguntó cómo había logrado vivir tanto tiempo en el ambiente artificial de Andrew sin volver a su tierra natal Éste era su sitio y se había equivocado al suponer lo contrario.

Sin embargo, en otros aspectos parecía que hubieran pasado más de tres años desde que abandonara Montera verde. ¡Qué ingenua había sido al creer en las declaraciones de amor eterno de Andrew! Tres meses después de su boda, él ya había comenzado a repetirle aquellas mismas palabras a otra mujer. Sentía un nudo en la garganta cuando recordaba todas las humillaciones que había tenido que soportar. Sabía que si su tía Renata no hubiese intervenido, ella ya habría vuelto a su casa, abandonando cualquier esfuerzo por seguir junto a su marido. Pero su tía Renata era una mujer muy religiosa y para ella un sacramento como el matrimonio debía durar hasta la muerte. No quería oír ni una sola palabra acerca de la infidelidad de Andrew y lo único que e interesaba era que Justina siguiera asumiendo el papel de esposa resignada y comprensiva.

Justina no podía pedir ayuda a nadie. Estaba Luis, por supuesto que era su primo. Hacía tres años que se había casado y en la actúa desempeñaba un importante cargo político en Montera verde. Ella no podía escribirle comunicándole sus preocupaciones, aunque estaba segura de que él hubiera hecho cualquier cosa por ayudarla.

Los padres de Justina murieron cuando ella era una niña. El padre de Luis también había muerto muy joven; fue asesinado ocupando el mismo cargo político que ahora desempeñaba su hijo. La familia lo pasó bastante mal en aquellos años porque los enemigos del padre de Luis persiguieron a todos sus parientes y simpatizantes. Justina se refugió en Castelo Roca, con la hermana mayor de su padre, para estar a salvo.

Y allí se había quedado hasta que en una recepción que dieron en honor del nuevo presidente, en el palacio de Queranova, conoció a Andrew Douglas.

El caballo seguía ahora el curso zigzagueante del río. Justina miró hacia las montañas y vio un águila volando en el cielo.

Entonces apresuró el paso de su caballo.

Era hora de volver al Castelo. No debía estar tanto tiempo fuera de él

y dejar sola a su tía Renata, pero le dolía la cabeza de tanto inventar excusas para justificar la tardanza de Andrew. De todos modos, algún día, su tía debía enterarse de la verdad, y entonces... Se miró las manos, y se quedó mirando su anillo de bodas. Deseaba quitárselo, romper todas las cadenas que la ataban a un matrimonio que no había sido tal, pero no podía hacerlo. Mientras tía Renata viviese, ella tenía que fingir que Andrew seguía siendo su marido. Pero Andrew estaba muerto.

Su corazón latió apresurado. La vida suele cambiar de pronto y sin que uno pueda evitarlo.

Sería inútil fingir dolor por la muerte de Andrew. Ella no le amaba, tal vez nunca le había querido puesto que el amor no podía morir así, sin dejar rastros. Sus sentimientos hacía Andrew se habían basado sólo en una pura atracción física. Si ella hubiese sido mayor, y más madura, se hubiese dado cuenta de ello, pero había vivido tanto tiempo recluida en el Castelo con tía Renata, que de inmediato se sintió ilusionada por las atenciones de un hombre tan atractivo como él, tan inteligente y que además tenía mucha experiencia. A Andrew no e costo ningún trabajo conquistar a Justina.

¡Oh, qué ingenua había sido! Ella se había casado muy enamorada de Andrew o al menos había creído que lo estaba, pero muy pronto pudo comprender el tremendo error que había cometido. Todas las ilusiones que se había forjado en relación a Andrew y a su vida juntos se habían hecho pedazos.

Se sonrojó al recordar la humillación que había sufrido en la brutal consumación de su matrimonio. Andrew había bebido, cosa habitual en él, y no tuvo en cuenta que Justina no poseía la experiencia dé las mujeres con las que él solía tener relaciones. Cuando todo terminó y Justina se quedó llorando a su lado, Andrew se volvió y se durmió, sin preocuparse por lo que ella pudiera sentir.

Fue una experiencia muy desagradable para una joven tan ingenua como ella, criada por su tía y educada en un convento de Asunción. Desde aquel día Justina no podía soportar las caricias de Andrew sin sentir repugnancia.

Tal vez, ella había sido un poco culpable del fracaso de su matrimonio. Quizá había esperado demasiado de él. No había tenido relaciones con ningún otro hombre y no sabía si aquel comportamiento era el habitual. Él la había acusado de ser frígida y ella se calló con la mayor ingenuidad del mundo. No disfrutaba de sus atenciones y se sintió aliviada cuando él comenzó a dejarla sola. Y ahora, agradecía a Dios no haber tenido hijos.

El Castelo de la Roca estaba situado en el fondo del valle. Era de piedra gris, se erigía majestuoso sobre una colina rocosa. Aunque le daban siempre el nombre de castillo, no era excesivamente grande y sólo sus torres y sus gruesos muros daban cierta exactitud a aquella denominación.

Justina entró con su caballo en un pequeño patio. Un servidor se le acercó para llevarse el animal. Ella entonces fue andando hasta la casa para lo cual tuvo que cruzar un portal de madera.

El vestíbulo del Castelo era cuadrado, de aspecto sólido, no tan espacioso como se podía suponer observándolo desde fuera, y tenía una sola escalera de caracol que llevaba al piso superior. Por una

arcada, se entraba a una sala que daba al valle y aun en los días más calurosos, en esta habitación, ardía el fuego en la chimenea. Los muros del Castelo eran muy gruesos y aislaban del calor. La sala era una habitación confortable, el suelo estaba cubierto con pieles de animales y los tapices de las paredes describían la turbulenta historia del país.

Juana Mateo, la dama de compañía de su tía, estaba sentada en la sala, cosiendo junto a la ventana. Así se pasaba el día, a Justina le asombraba que pudiera pasarse horas y horas haciendo lo mismo sin aburrirse. Vio entrar a la joven y le sonrió. La habían contratado después del matrimonio de Justina, para que acompañase a su tía. La joven sabía que Juana también estaba pendiente de su futuro. Si Renata de la Roca muriera...

— Ha dado un largo paseo, señora. Estaba preocupada por su tardanza.

Justina dejó sus guantes de montar sobre una mesa que se hallaba junto a la chimenea:

—Me quedé con Luis y Morgana más tiempo del que había pensado —respondió—. Hacía tiempo que no les veía y teníamos mucho de qué hablar.

— Su tía ha estado durmiendo. Ahora la enfermera está con ella, tal vez sería conveniente que fuera a verla.

-¿Cómo encuentra a mi tía, Juana? Quiero decir que si cree usted que ha mejorado.

Juana la miró con el ceño fruncido.

— Ya que me pregunta, señora, creo que sí. ¿Tiene usted alguna razón para hacerme esa pregunta? ¿Está pensando en volver a Europa...?

— ¡No! -la interrumpió Justina de inmediato-. No, repitió. No quería pensar siquiera en la posibilidad de regresar a Europa. Esa etapa de su vida había terminado para siempre-. Se lo preguntaba porque usted pasa más tiempo que yo con ella y debe saber si ha mejorado algo.

Juana estudió minuciosamente a la muchacha.

—¿Hay algo que la preocupa, señora? Parece usted... inquieta. Justina se volvió haciendo un ademán con la mano.

— No me pasa nada.

— Pensé que quizás estuviera preocupada porque su esposo no ha llegado todavía —murmuró Juana.

Justina inclinó la cabeza. No quería que la mujer advirtiera la ansiedad que había en sus ojos.

—Andrew llegará... discúlpeme. Iré a ver a mi tía —y corrió hacia arriba con el corazón agitado. Hasta Juana había comenzado a sospechar. Y si su tía mejoraba preguntaría por qué Andrew no estaba allí. ¿Cómo decirle a su tía Renata que Andrew estaba muerto? El Castelo era su hogar, su refugio y ella quería mantenerlo apartado del mundo exterior, al margen de todo lo ocurrido.

Sus nervios comenzaron a acosarla de nuevo. El descansillo de la escalera se abría en dos direcciones y las habitaciones principales daban a este corredor. La habitación de su tía era enorme, tanto que cuando era niña la asustaba entrar en ella. Ahora reinaba allí un ambiente de hospital; las persianas estaban entornadas para evitar que entrara el intenso sol de la tarde.

La enfermera estaba sentada junto al lecho de su tía. Era una mujer de unos treinta años, morena, llevaba siempre un uniforme impecable, y lo que era más importante, era muy eficiente. Se puso en pie cuando entró Justina y esbozó una sonrisa.
— Buenos días, señora. ¿El paseo fue agradable?
— Sí, gracias —respondió Justina mirando la figura que yacía sobre la cama-. ¿Cómo está mi tía?
La enfermera miró a su paciente. Renata de la Roca nunca fue una mujer corpulenta y ahora, la enfermedad la había dejado prácticamente en los huesos. A pesar de ello, Justina sabía que apenas abriera los ojos, se reflejaría en ellos el fuerte carácter que conservaba a pesar de la enfermedad.
— Su tía ha dormido casi toda la tarde, señora —replicó la enfermera Gómez—. Creo que su respiración es más regular.
Justina se mordió los labios y sonrió.
-Debe estar aburrida, sentada aquí toda la tarde. Baje y busque a Benita, coma y beba algo. Yo me quedaré con mi tía.
— Me traerán una bandeja, señora.
—Aun así, le vendrá bien descansar un rato.
— Sin duda, señora.
— Vaya entonces. Tendré tiempo suficiente para bañarme antes de la cena, cuando usted regrese.
—Es usted muy generosa, señora.
Justina negó con la cabeza y la enfermera se marchó. La joven se acomodó en la silla y miró hacia las ventanas entornadas. Desde aquí era posible ver una parte del valle.
Miró a la anciana en la cama. No tenía los ojos abiertos ni estaba despierta. Era una mujer de ochenta años. Había estado casada pero Justina no podía imaginársela joven ni enamorada de ningún hombre; siempre había sido tan severa, tan rígida...
Renata se movió y dijo algo ininteligible pero no estaba consciente. Parecía hablar en sueños o quizás estuviese delirando. Entonces Justina miró hacia la puerta preguntándose si debía llamar a la enfermera. Pero no tuvo que hacerlo porque en seguida la anciana se quedó tranquila y Justina se tranquilizó. Una vez más, su tía se movió y Justina se inclinó hacia ella. Renata parecía querer decir algo y sus dedos se aferraron a la muñeca de Justina.
—No deben... dejarla... marcharse... -murmuró Renata y Justina movió la cabeza.
—¿No deberían dejar marchar a quién, tía Renata?
La anciana no parecía oírla.
—No... deben dejar que se... marche, no debía haberlo hecho... sabía que no saldría bien... — la tía movió la cabeza de un lado a otro.
-¿Qué es lo que no saldría bien? —volvió a preguntarle inútilmente.
-Debía haber... aceptado el consejo de la reverenda madre... debía haber hablado... con... Justina —dijo con voz apagada. Justina tembló. Los dedos de Renata se aflojaron y ella pudo retirar la mano. Se volvió a apoyar en el respaldo de la silla y con expresión ausente se cogió la muñeca, mientras pensaba angustiada en lo que acababa de oír. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué su tía estaba preocupada por su posible partida? ¿Hacia dónde? ¿De qué estaba hablando?

Cuando la enfermera Gómez volvió, ella seguía obsesionada por las palabras de su tía.
—Ha sido usted muy amable, señora. Salí a comer fuera y estoy mucho más despejada.
-Trataré de venir un rato también mañana para sustituirla. Es justo que pueda tener usted un rato libre.
—Me pagan por cuidar a su tía sin descanso -comentó la enfermera—. Y, además, es mi trabajo.
-Debo marcharme, la veré luego -dijo Justina dirigiéndose a la puerta.
La enfermera asintió y la muchacha salió, bajando la escalera despacio.
Juana Mateo seguía sentada cosiendo, pero Justina se dio cuenta de que se había cambiado de vestido. Apenas entró Justina la observó, pensativa.
—¿Algún problema, señora? ¿Es por su tía? ¿No habrá tenido otro ataque?
—No, está durmiendo.
— La veo cansada, señora. ¿Está segura de que no tiene alguna preocupación?
-¿Por qué me lo pregunta? Sólo me preocupa la enfermedad de mi tía —Justina se sentó en una silla.
Juana apartó la costura y dejó caer las manos sobre su falda.
—¿Está preocupada por su esposo, señora?
Justina apretó los labios e impaciente movió los dedos. Era la última pregunta que hubiera querido que le hicieran en aquel momento.
— Ya se lo he dicho, Andrew regresará pronto. Juana estudió a la muchacha con ojos penetrantes.
— Pues yo estoy segura de que su tía no lo cree así, señora -aquellas palabras dejaron atónita a Justina.
—¿Qué quiere decir?
—Quizá no he debido decirlo...
—Pero lo ha dicho, Juana. ¿Qué quiere decir?
— Su tía está preocupada por usted, señora. Teme que no sea feliz con ese inglés.
-¿Qué? -le preguntó Justina sin poder creer lo que estaba oyendo. Pero, en el fondo, no tenía porqué sorprenderse, su tía sabía que nunca había sido feliz con Andrew. ¡Ella misma le había escrito a su tía rogándole que le permitiera volver con ella...!
—Es verdad. Desde que su salud empezó a deteriorarse, a comienzos del año, se ha preocupado mucho por su matrimonio. Temía que si algo le sucediese a ella, usted pudiera abandonar a su marido, romper el matrimonio y el sacramento...
Justina se irguió en su asiento.
—¿Y? —agregó trémula.
— Usted sabe que su tía nunca permitiría que pasara una cosa así. Justina iba a decir algo pero se reprimió. Se limitaría a esperar y a tratar de comprender qué planes tenía su tía respecto a su futuro. Clavándose las uñas en la palma dijo:
— Mi tía quería que me casara con Andrew.
— Lo sé, pero ahora piensa que, tal vez, no debió animarla a que lo hiciera.

—¿Usted sugiere que tenía otros proyectos para mí?
— Me dijeron que usted era una alumna excelente en el convento. Tal vez... esperaban que usted... fuese...
—¿Que tomara los hábitos? —preguntó horrorizada. Nunca había sentido la vocación religiosa.
—Es posible —Juana se encogió de hombros.
En ese momento apareció Benita, el ama de llaves:
—¿A qué hora quiere comer, señora? -le preguntó a Justina.
— Dentro de media hora, Benita. ¿Le parece bien?
El ama de llaves asintió, se retiró y Justina se puso en pie.
-Tengo que ducharme y cambiarme de ropa, Juana -cruzó el vestíbulo para subir la escalera que llevaba hasta su habitación. Los acontecimientos de aquel día se agolparon en su cabeza y necesitaba estar sola para pensar.
Las palabras de Juana le habían hecho imaginarse cuáles eran los deseos de su tía y no quería pensar en lo que sucedería cuando Renata descubriera que Andrew estaba muerto.
Después de bañarse y vestirse bajó para reunirse con Juana y cenar. La dama de compañía no estaba sola. Un hombre moreno, de mediana edad, con hábitos de cura, estaba en la sala hablando con Juana. Los ojos de Justina brillaron de alegría.
— ¡ Padre Juan! ¡ Qué alegría verle!
El hombre se volvió y cogió las manos extendidas de Justina.
—¿Pero qué veo? —preguntó él con tono burlón—. ¿Es ésta la pequeña Justina? Estás hecha toda una mujer.
—Gracias, padre. Usted está muy bien también. Y se quedará a comer con nosotros, supongo.
— Ésa es mi intención, si no hay inconveniente —dijo sonriendo y Justina se alegró, pensando que no tendría que quedarse sola con Juana después de la conversación tan tensa que habían mantenido. Además, el padre Juan era una de las personas que más le agradaban. Era maravilloso poder hablar con él. Era tío de Luis y su tía Renata también le apreciaba mucho.
Durante la cena hablaron de la anciana. El padre Juan quería saber cómo estaba y dudaba de su completa recuperación.
—Tu tía es una mujer muy mayor y está muy débil, Justina. Otro ataque como el que tuvo podría ser fatal. Debes estar preparada para lo peor. Por suerte, tienes un marido en quien puedes apoyarte, si estuvieras soltera quedarías a merced de cualquier cazafortunas.
Justina inclinó la cabeza mirando fijamente el vino que había en la copa que tenía entre los dedos y agregó:
—El doctor Ramírez confía en una nueva medicina que tal vez pueda mejorar su estado.
— La medicina tiene sus límites. Tu tía ha vivido mucho tiempo y ha llegado a una edad avanzada sin tener que soportar las incomodidades de la vida. Puedes darle gracias a Dios.
— ¡Por supuesto, padre! Y usted también debe saber que mi tía le está agradecida por todo, en particular en estos momentos.
— Puede ser así, no lo dudo, Justina. Pero es a ti a quien más necesita. Por eso es tan importante que venga tu esposo, ya que tu futura felicidad es la mayor preocupación de tu tía.

Justina miró preocupada a Juana. Tarde o temprano, la conversación siempre volvía a girar alrededor de Andrew. ¿Y por qué no? Era natural. Al fin y al cabo, era su esposo. Sólo ella se mostraba susceptible ante este tipo de comentarios.

Volviendo a colocar la copa sobre la mesa, se puso a recordar cuándo había comenzado a sentirse así, y supuso que fue en el aeropuerto de Queranova, cuando se encontró con Sergio Manuelo, el apoderado de su tía. Él no había tardado en explicarle que su tía se estaba muriendo y que deseaba ver a Justina y a su esposo antes de morir, quería estar segura de que su sobrina era feliz.

Justina, trastornada por el accidente de Andrew, le escuchó sin decir palabra. No le había comentado que era viuda, que su marido estaba muerto, sino que permaneció en silencio y al hacerlo se vio obligada a llevar aquella mentira adelante.

Esto era peor. Mentirle al apoderado era una cosa, pero al padre Juan, su confesor, era otra.

Poniéndose en pie, se dirigió hacia un rincón de la habitación:

—¿Puedo ofrecerle algún licor, padre?

Más tarde, después del café, Justina trató de cambiar el rumbo de la conversación.

— Debo ir al convento. Quisiera ver a la hermana Sofía y a la hermana Teresa. Y por supuesto, a la reverenda madre -dijo la joven.

— Seguro que ellas estarán encantadas de verte, hija mía. Aunque ahora la hermana Teresa trabaja en el hospital de la misión.

Justina se sirvió más café.

—¿Y le gusta el trabajo? Recuerdo que siempre quiso ser enfermera.

El padre Juan arqueó las cejas.

— Supongo que es feliz. Sin embargo, a veces me pregunto si esa vida es la más indicada para ella.

—¿Por qué lo dice?

El padre Juan frunció el ceño.

—Tal vez no deba decirlo. La hermana Teresa es religiosa por vocación, pero hay un hombre en el hospital en este momento y me temo que... —su voz titubeó un momento y luego prosiguió—: Tal vez hayas oído hablar de él, Justina. Es el único superviviente del terrible accidente de avión que hubo en las montañas hace un par de semanas, poco después de tu llegada.

Justina empezó a sentir interés.

— No recuerdo nada. Es que la enfermedad de mi tía...

— Desde luego —asintió el padre Juan—. ¿Qué importancia podrían tener las noticias en ese momento? De todos modos, ese hombre ha perdido la memoria.

Justina le miró atónita: —¿Que ha perdido la memoria?

— Sí — dijo el padre Juan tomando un sorbo de café —. Al principio tuvieron alguna dificultad para entenderse con él porque es inglés, pero tu amiga, la hermana Teresa, resolvió la situación. Ramírez dice que su amnesia es sólo temporal, pero ya han pasado dos semanas y no hay síntomas de una posible recuperación. Están empezando a perder las esperanzas.

Justina sintió un escalofrío, pero cada vez sentía una mayor curiosidad.

-¿Quiere decir que nadie ha podido identificarle?
—Nadie. Y estas cosas llevan tiempo. No es una investigación sencilla. Ha sido difícil encontrar los restos del avión e identificar a los otros pasajeros. No se ha logrado saber nada acerca de este hombre.
—Comprendo —Justina se humedeció los labios. Apenas si oyó lo que dijo el padre Juan a partir de ese momento, ya que su cabeza se llenó de ideas confusas y le fue imposible concentrarse.
—Tal vez te permitan verle, Justina. Después de todo, tú acabas de llegar de Inglaterra, y quizá puedas hablarle de su país, hacerle recordar algo. Además, seguramente se alegrará de poder charlar con alguien que hable bien su idioma.
—Si usted lo cree útil, padre, iré.
—Confieso que mis motivos no están relacionados con el paciente. Más bien, estoy preocupado por la hermana Teresa. Preferiría que no estuviese tanto tiempo con ese hombre, creo que la aturde.
Justina cogió un cigarrillo y lo encendió, aspirando profundamente. No fumaba a menudo. Era uno de los hábitos que Andrew casi le había impuesto. Pero a veces fumar un poco le ayudaba a tranquilizar sus nervios.
Seguía dándole vueltas en su cabeza a toda aquella historia; y hubiese deseado preguntarle más detalles al padre Juan acerca de aquel hombre antes de verle. No podría hacerlo sin despertar la curiosidad del sacerdote, no debía comentar con nadie las descabelladas y absurdas ideas que se le habían ocurrido desde que se había enterado de la existencia de aquel hombre. Desde luego, eran descabelladas y absurdas, pero no dejaban de obsesionarla ni un solo momento.
Antes de marcharse, el padre Juan fue a ver a su tía y Justina le acompañó. Renata estaba despierta, pálida y ojerosa. Su aspecto empeoraba rápidamente y, aunque se daba cuenta si alguien entraba en la habitación, apenas podía reconocer las facciones de los visitantes.
Saludó al sacerdote, que se sentó al lado de la cama, sosteniéndola las manos y diciéndole que estaba muy contento de saber que se estaba recuperando.
Renata miró hacia donde estaba Justina a los pies de la cama;
—Por suerte tenemos a Justina aquí. Hasta que no he caído enferma no me he dado cuenta de cuánto la echaba de menos.
El padre Juan miró a la muchacha y asintió:
— Sí. Su sobrina se ha convertido en una hermosa mujer, ha madurado. Ésa es la palabra: ha madurado.
—¿Usted cree que es feliz, Juan? —preguntó Renata. Entonces Justina, sin poder evitarlo, se puso rígida.
— ¡Oh, sí, así lo creo! No se preocupe, Renata. Justina está bien. Renata movió la cabeza y su respiración se volvió más agitada. —Tengo miedo por ella, Juan. No se parece a mí. ¿Por qué habría de ser como yo? Yo soy una mujer vieja y endurecida por las tragedias de la muerte y de la política de este país. He visto cómo mataron a mis familiares y amigos por el solo hecho de ser fieles a sus ideas. Justina no ha visto nada de esto. Ha estado protegida toda la vida.
— Ahora Montera verde es un país pacífico, Renata —dijo el padre Juan estrechándole las manos—. La inestabilidad política pertenece ya al pasado y no hay razón para que los hijos de Justina, e incluso sus

nietos, no puedan vivir en paz aquí.
—Eso mismo dijeron entonces, Juan.
— Usted está viviendo en el pasado, Renata.
—Tal vez tenga razón. Dime... ¿cuándo llegará Andrew? —preguntó mirando a su sobrina.
Justina sintió que el rubor le quemaba las mejillas y una vez más deseó que el padre Juan no lo advirtiera.
—Pronto, tía Renata —se volvió hacia la ventana. Odiaba todo esto, no le gustaba mentir, pero si decía la verdad en ese momento... El padre Juan al parecer, no advirtió su inquietud ya que se puso en pie y dijo:
— Debo marcharme. Se está haciendo tarde y usted debe descansar. Estaré en el valle, Renata, y pronto vendré a visitarla.
— Sí, por favor —Renata le estrechó la mano—. Necesito que me dé fuerzas, Juan.
— Dios se las dará hija —murmuró el padre Juan, con tono bondadoso y se inclinó para bendecirla antes de marcharse.
Al llegar a la planta baja, puso sus manos sobre los hombros de Justina mientras estaban en el vestíbulo:
—Le diré al doctor Ramírez que piensas visitar la misión. ¿Cuándo lo harás? ¿Mañana? ¿Pasado mañana?
Justina vaciló. Todavía no tenía tomada una decisión definitiva y no quería complicar más la situación, de manera que con un débil suspiro murmuró:
— Posiblemente dentro de dos días, padre. Quizá, mañana, pero no puedo asegurarlo.
— Muy bien —dijo él, frunciendo el ceño—. Pero si no quieres ver a ese hombre no te esfuerces.
— No he pensado demasiado en ello. Ha sido maravilloso volverle a ver, padre, vuelva pronto. Usted sabe que siempre es bienvenido en esta casa.
— Gracias hija mía —el padre Juan se encaminó hacia el portal—. Me alegra saber que tu vida en Inglaterra no te ha cambiado.
Justina cerró la puerta y se apoyó unos momentos en ella, una vez que el sacerdote se hubo marchado. Sentía una gran ansiedad mezclada con un sentimiento de culpa. Aún no había tomado ninguna decisión, y la idea de que aquel desconocido fuera su marido, era sólo pensamiento descabellado que Justina se empeñaba en albergar; el único deseo de salvarse de los planes que su tía tenía para ella. Y sin embargo, se sentía culpable y al haber llegado tan lejos, se veía obligada a seguir...

Capítulo 3

Antonio Ramírez le había traído al enfermo alguna ropa, pantalones y un jersey para las noches más frescas. Todo le quedaba bien y el desconocido se preguntaba, con cierta amargura, qué edad tendría.

También le trajo una máquina de afeitar. Cuando se lavaba y se miraba al espejo sentía un profundo desconsuelo. Era horrible contemplar una y otra vez sus facciones y no reconocer en ellas ningún rasgo que le resultara familiar, nada que le ligara a un pasado al que él debía pertenecer sin duda, seguía siendo un desconocido para él mismo.

Durante los últimos días le habían permitido levantarse de la cama y pasear por el jardín del hospital. Las hermanas, vestidas de blanco, sonreían al comprobar los progresos que hacía y murmuraban cuando él pasaba a su lado, con aprobación y agrado.

Asimismo, resultaba evidente que a medida que su salud mejoraba no podía seguir siendo una carga para las hermanas, ya demasiado atareadas con las ocupaciones de la misión. Si hubiera estado en Inglaterra, hubiese sido mucho más fácil ponerse en contacto con alguna organización que le ayudara, pero aquí, a miles de kilómetros de su país, resultaba prácticamente imposible.

Además no sabía cuál había sido su vida antes del accidente. Cuando trataba de pensar y recordar algo, sólo lograba quedarse en blanco, y aunque Ramírez le había dado varios libros para que pudiera distraerse leyendo, la mayoría de ellos estaban en portugués y no los entendía. Una vez, al ver unos números, creyó reconocer algo que le resultaba vagamente familiar pero apenas comenzó a tratar de recordar, volvió a quedarse en blanco.

A pesar de todo, el miedo que había sentido al principio, al pensar que podía haber perdido la memoria para siempre, ya no era tan intenso ni frecuente. Empezaba a pensar que quizá había acabado acostumbrándose a aquella situación. No es que se hubiera resignado a seguir así el resto de su vida, pero como era lógico, el paso del tiempo le iba dando cierta serenidad para enfrentarse a ella. «Serenidad, sí, pero nada de resignación», se decía a sí mismo. No podía darse por vencido y renunciar definitivamente a recuperar su pasado, su identidad...

Por la mañana solía tomar café con Antonio Ramírez, en la terraza del pequeño hospital. Había descubierto que los habanos que fumaba Antonio le resultaban agradables y que aquel momento del día era el más gratificante para él.

Una mañana, estaban sentados en la terraza, como acostumbraban, cuando de pronto vieron a dos personas que se acercaban a caballo por el camino. Desde la terraza, era posible contemplar todo el valle. El sol daba sobre el tejado y el aire era cálido, estaba lleno de fragancias, ya que las monjas plantaban todo tipo de hierbas en el terreno del hospital.

A medida que los jinetes se aproximaban, pudo ver que uno de ellos era una joven. Su pelo largo y rubio asomaba por debajo del sombrero de ala ancha que llevaba para protegerse del sol. La acompañaba un muchacho de unos quince o dieciséis años.

El doctor Ramírez se apoyó sobre la barandilla de la terraza y él le imitó. Ambos se quedaron muy sorprendidos cuando oyeron la exclamación de asombro que salió de los labios de la muchacha mientras bajaba de su caballo. Su rostro palideció levemente y luego, sin mirar al médico, subió los escalones y se puso delante del enfermo.

— ¡Mae de deus! -exclamó aferrándose a los brazos del hombre con los dedos crispados—. ¿Es posible? ¿Eres tú Andrew? Por el amor de Dios, ¿qué significa todo esto?

Hubo un momento de silencio durante el que ninguno de ellos pudo articular palabra.

Luego, Ramírez pareció reaccionar y con voz apagada dijo:

—Justina, ¿está usted diciendo que este hombre es su esposo?

La muchacha asintió despacio:

—En efecto, es Andrew Douglas, mi esposo.

El hombre se quedó sorprendido, atónito. Había pensado que si alguna vez alguien le identificaba podría salir de inmediato de aquel abismo en el que estaba sumido, recuperaría al instante la memoria y empezaría a vivir de nuevo... pero no era así, allí estaba aquella joven desconocida, que por su acento debía de ser de Montera verde, y que aseguraba no sólo conocerle sino estar casada con él. Era increíble.

¿Era posible? ¿Acaso esta tal Justina, como la llamaba Ramírez, le conocía tan bien? ¿En realidad había compartido su vida, su hogar, su cama? ¿Cuánto tiempo hacía que estaban casados? Ella parecía muy joven. ¿Tenían hijos?

Todo aquello le parecía un sueño o una pesadilla, algo desde luego absolutamente irreal. Todo le daba vueltas.

Ramírez notó lo afectado que estaba. Había palidecido de pronto y parecía estar a punto de desmayarse. Ahora lo que menos importaba era que fuese o no el esposo de Justina. Lo importante era evitarle cualquier trastorno que pudiese afectar a su salud, sobre todo ahora que empezaba a restablecerse.

— Vamos adentro —dijo el doctor Ramírez.

Justina fue delante y Ramírez les condujo a su oficina. Las persianas bajadas atenuaban el calor de los rayos del sol. Había dos sillas donde se sentaron por indicación del médico.

Él se sentía profundamente aturdido y le resultaba difícil formular todas las preguntas que se agolpaban en su mente.

Justina le miraba fijamente con sus enormes ojos oscuros mientras movía la cabeza. ¿Qué esperaba él encontrar en los ojos de ella? Desde luego no lo que en ese momento veía; aquella mirada no parecía la de una esposa que acaba de recuperar a su marido, sólo había en ella un gesto de incredulidad e interés, pero nada más.

De pronto le asaltó la sospecha. ¿No estaría mintiendo aquella muchacha? ¿Qué propósito la llevaba a asegurar que él era su esposo? Era un extranjero, en tierra extranjera y no sabía quién era ella.

Ramírez se sentó en una esquina de su mesa y miró a Justina.

— Vamos por partes, Justina. A lo mejor este hombre tiene cierto

parecido con su esposo, pero ¿qué le hace afirmar con tanta seguridad que mi paciente es quien usted afirma?
— Usted sabe que estaba esperando que llegase Andrew.
— Sí, me lo ha dicho su tía.
— Pues, ha llegado. Aunque, me imaginé que algo le había hecho retrasarse porque no... nos pusimos de acuerdo.
El doctor Ramírez parecía preocupado.
—¿Usted piensa que Andrew podía ir en el avión que se estrelló, el que se dirigía a La Paz?
—Es posible. No tenía por qué ir a Río, ¿verdad? Pudo haber decidido ir a Bolivia y luego llegar en automóvil hasta la frontera, en lugar de esperar un vuelo a Queranova.
Es posible, Justina. Pero no del todo probable, diría yo.
—¿Cómo puede decirme eso? ¿Es que cree que no soy capaz de reconocer a mi propio marido?
El doctor Ramírez se apartó de la mesa.
—Muy bien -dijo cruzando los brazos-. Supongamos que acepte que su suposición es posible. Partamos de ahí. ¿Qué más me puede decir sobre su esposo? ¿Tiene alguna señal que pueda permitir identificarle?
— No creo —negó con la cabeza.
—¿No cree? —dijo Ramírez apoyando las manos sobre la mesa—. Justina ¿sabe lo que está diciendo? Afirma usted que este hombre es su esposo, simplemente porque le parece reconocer sus facciones.
Justina se puso de pie y se apartó un mechón de pelo de la cara.
— Por muy descabelladas que le parezcan mis afirmaciones, debe reconocer que hay bastantes coincidencias.
—¿Cuándo van a dejar de comportarse como si yo no estuviera presente? ¿Es que yo no tengo nada que decir en todo este asunto? ¿Están ustedes discutiendo mi futuro?
El doctor se volvió hacia él.
— Por supuesto, señor, debe usted perdonarnos. Esta situación es nueva para mí. Y ni el más experto de mis colegas podría explicar una situación como ésta. Lo único que sé es que Justina tendría un especial interés en que usted fuera su esposo.
Él se rascó la cabeza y cerró un momento los ojos. Todo aquel asunto estaba tomando unas proporciones parecidas a las de una comedia llena de errores y él no quería jugar el papel principal.
—Mire, Ramírez —dijo él de pronto—. ¿No podríamos suponer, por lo menos por ahora, que haya cierta verdad en las palabras de esta joven? En todo caso vale la pena probar. Tal vez, si vuelvo a nuestra casa, nos encontremos con alguna persona que pueda reconocerme...
— ¡No! —exclamó la muchacha antes de que terminara de hablar— . ¡No, no es posible... Andrew! Nuestra casa no está en Montera verde. Vivimos en Inglaterra, ¿no lo recuerdas? No hay nadie aquí que pueda identificarte, con excepción de mi tía, desde luego...
— Y ella está casi ciega —comentó Ramírez.
—Comprendo —dijo él mirando a Justina—. Cuéntame cosas de mí. Cuál es mi profesión. ¿Cómo me gano la vida? ¿Tengo familia?
—No, no tienes familia —ella trataba de buscar las palabras adecuadas, sin darse cuenta de que el hombre la miraba con bastante escepticismo—. Eres piloto de carreras. No tienes una verdadera

profesión. No la necesitas. Tu padre era sir David Douglas y él te dejó una fortuna suficiente como para vivir sin tener que trabajar.
—Comprendo —dijo él frunciendo el ceño—. Sigue. Hasta ahora, todo eso no significa nada para mí. ¿Cuánto hace que nos casamos? ¿Cuántos años tengo? ¿En dónde nos conocimos?
— Nos conocimos en una recepción, en Queranova. Acababan de nombrar al nuevo presidente y como yo soy su prima, estaba allí.
— ¡ Un momento! ¿Conozco a ese nuevo presidente? Los ojos de Ramírez se iluminaron.
— Sí, Justina, Luis le conocerá. Justina se retorció las manos.
— Supongo que sí. Pero cuando hablé con Luis, hace algunos días, iba a volver en seguida a Queranova. Él y... también Morgana.
— ¡Condenagao! —exclamó Ramírez mostrando su contrariedad.
— No hay que preocuparse de eso ahora. Sigamos con otras cosas. ¡Por favor!
—¿Qué más? Oh, sí... nos casamos hace más de tres años y tú tienes treinta y siete.
—Soy bastante mayor que tú, entonces -comentó él con sequedad.
— Ss... sí. Yo tengo veintidós.
— Comprendo.
Alguna de aquellas cosas tendría necesariamente que sonarle familiar, pero no era así. En realidad, le parecía que aquella joven le hablaba de un hombre completamente diferente a él. ¿Era posible? No se podía imaginar una ocupación más inútil. Durante los días transcurridos en el hospital de la misión había sentido admiración y respeto por Antonio Ramírez y por sus esfuerzos por ayudar a sus semejantes. En aquel momento la medicina le parecía la profesión más abnegada y digna de admiración de todas, y las carreras una dedicación demasiado frívola para lo que él había imaginado que debía ser su pasado. Cada vez que había pensado en cuál sería su posible profesión, se le ocurría la industria o la educación. Nunca había pensado en una profesión como la de piloto.
Ramírez le acercó un cigarrillo.
— Fume, y no se ponga nervioso. No hace falta que se esfuerce tanto. Cuando llegue el momento recuperará la memoria, créame.
—¿Y cuándo ocurrirá eso, doctor? -le preguntó rápidamente Justina.
—¿Quién puede saberlo?
— El doctor está diciendo en realidad que es posible que nunca recupere la memoria -dijo él encendiendo el cigarrillo-. ¿Y tú quieres estar atada de por vida a un hombre que nunca podrá recordar quién era?
— ¡Por favor, no hables así! El doctor dice que en su momento recuperarás la memoria.
—¿Y qué pasa si no es así?
— Supongamos por un momento que mi paciente es su esposo. ¿No puede descubrir algo en la compañía aérea o preguntar a sus amigos de Inglaterra sobre cuándo salió de viaje su marido y si realmente iba en el vuelo del avión que se estrelló? —le preguntó Ramírez.
— Por supuesto —contestó ella.
— Está bien —dijo Ramírez—. Usted comprenderá, Justina, que necesito estar seguro de que mi paciente es quien usted dice antes de

dejar que se marche de la clínica. No podría autorizar su salida sin contar con pruebas fehacientes de su verdadera identidad..
—Comprendo —respondió Justina, estaba muy nerviosa; primero había creído muerto en el accidente a Andrew y ahora se lo encontraba a salvo en el hospital de la misión, y por si fuera poco, el doctor Ramírez no hacía más que dudar de su palabra. Tendría que demostrar delante de él que aquel hombre era su marido.
El médico dudó un momento y luego se dirigió hacia la puerta.
—Creo que todos necesitamos una copa. ¿Me disculpan un momento si les dejo solos? —agregó mirando a su paciente-: Su primera visita. Todo un acontecimiento, ¿verdad?
Cuando el médico se marchó, él se puso en pie y paseó inquieto de un lado al otro de la habitación. Si aquella muchacha decía la verdad, él debía comprobarlo.
Se detuvo frente a ella y la miró con curiosidad:
—¿Tu nombre? Es decir, de soltera, ¿cuál era?
—Justina de... la Roca.
—Justina de la Roca —repitió él en voz alta, como hablando consigo mismo—. No significa nada para mí —continuó estudiándola con detenimiento—. ¿Por qué vine a Montera verde? ¿Porque tu tía está enferma?
—Me mandaste un telegrama. ¿No recuerdas? —ella se sonrojó ante la mirada burlona de él—. Lo siento.
A pesar de lo extraño que era aquella situación, debía reconocer que era una muchacha muy atractiva. Inconscientemente extendió la mano y acarició el cabello sedoso de la joven que le caía sobre los hombros. Ella se apartó asustada ante aquel gesto inesperado. Él retiró la mano de inmediato y se preguntó por qué ella había reaccionado de esa manera. Si era su esposa, debía estar acostumbrada a ese tipo de caricias. ¿O acaso no lo estaba? ¿Acaso su matrimonio no marchaba bien? ¿Y por eso ella había viajado sola a América del Sur? El debía haberla acompañado si su tía estaba tan enferma. ¡Le dolía tanto la cabeza...! ¡Si pudiese recordar!
Entonces recordó algo. Fue una imagen fugaz; le parecía inverosímil estar casado con aquella mujer. Fue como si una puerta se hubiese abierto un poco para dejar paso a un hilo de luz, pero sólo fue eso, un tenue recuerdo.
Estuvo a punto de decírselo a ella, pero se contuvo. No había ¡ necesidad de hacer nacer vanas ilusiones. Se sintió aliviado cuando se alejó de su lado. Para ser una mujer que acababa de recuperar a su esposo en unas circunstancias tan increíbles, estaba bastante tranquila. Desde luego, aún había que demostrar que él era su esposo, pero con seguridad, tendrían algo que decirse. Algo. Cualquier cosa.
— Dime, ¿por qué has venido aquí? ¿Es que oíste hablar de mí? ¿Sospechaste que yo podía ser tu esposo?
Ella se puso en pie y le miró fijamente.
—No, nada de eso. Creo que debes conocer al padre Juan. Él a veces visita el hospital y habla con los pacientes.
—Sí, le recuerdo, el cura.
— Es amigo de mi tía. El otro día cenó con nosotros y hablamos de ti. Dijo que tal vez tú te sentirías mejor si pudieras hablar con alguien

sobre Inglaterra. Pensó que podría ayudarte a recuperar la memoria.
—Comprendo... Y para haber recibido una impresión tan fuerte, estás demasiado tranquila.
—No es así. Quizás no lo aparente, pero estoy muy nerviosa...
Estaba nerviosa, desde luego, pero él no sabía si se debía a su presencia, o a otras razones. El doctor Ramírez volvió en ese momento con una botella de vino y algunos vasos y hubiera sido difícil adivinar cuál de los dos se sintió más aliviado...
Aquella celebración tal vez fuese algo prematura. La expresión de los ojos de Ramírez era la de una persona que no está convencida, a pesar de las protestas de Justina. Cualquiera que fuese el desenlace de todo esto, había evidentes coincidencias.
La conversación se hacía cada vez más tensa, de manera que Justina les dijo que debía marcharse. Ramírez comentó que tenía que ver a un paciente y les dejó solos un momento, pero ya no hacía falta molestarse.
Justina estaba deseando irse de allí y él no intentó detenerla. Se preguntaba si la joven se mostraría cariñosa con él al despedirse, pero para su sorpresa, Justina le dio la mano haciendo un comentario banal acerca del cambio de clima respecto a Inglaterra. Se marchó con el adolescente que la había guiado hasta el hospital. Entonces él se quedó sumido en una sensación de inseguridad mayor de la que había sentido desde su llegada.
Mientras el hombre estaba descansando en su cama con la ropa puesta, entró la hermana Teresa. Él abrió los ojos y le sonrió.
—¿Qué sucede? —preguntó él—. ¿Ha venido a tomarme el pulso? —entonces advirtió que ella tenía un libro en la mano—. ¿Qué está leyendo?
La hermana Teresa se esforzó por mantener la compostura.
—No, no he venido a tomarle el pulso. Encontré este libro entre los míos, y como está en inglés pensé que tal vez le gustaría leerlo.
Él se sentó en la cama:
— Es usted muy amable. ¿De qué trata?
— Es la vida de un ingeniero británico, Brunel. ¿Ha oído hablar de él —le preguntó ansiosa.
Él cogió el pesado volumen en sus manos y al pasar las páginas y mirar las ilustraciones con los episodios más notables de la vida de Brunel, sintió un profundo interés. Isambard Kingdom Brunel. Sí, él había oído hablar de él. Sintió un vago malestar en las sienes. Aquel nombre significaba para él mucho más que cualquier otro nombre famoso.
Miró a la hermana Teresa que le observaba nerviosa.
— Gracias —dijo con una cálida sonrisa—. Me encantará leerlo.
— Puede quedarse con él —la hermana Teresa se mordió los labios.
El se levantó de la cama y la miró, murmurando con gentileza.
— Es usted muy dulce. La hermana se sonrojó.
— Tengo... que irme —dijo en voz baja y huyó de la habitación. Él se quedó mirando la puerta cerrada durante unos segundos y luego se puso a mirar el libro que tenía entre las manos. Había algo en él, no sabía qué, que le inquietaba, que le hacía pensar que no era la primera vez que tenía aquel libro en sus manos. Seguramente no había sido

aquel mismo ejemplar en particular pero sí el mismo libro. Se pasó la mano por la nuca. ¡Tenía que recordarlo!

Volvió al libro. Tenía una ilustración del buque Grand Eastern, que se consideraba la obra más importante de Brunel y, en la página siguiente una fotografía del puente Clifton sobre el río Avon, en Bristol. El puente atrajo su interés y lo observó pensativo, fijándose en los cables que lo sostenían. Era una hermosa obra de ingeniería y se sintió maravillado de que una obra tan magnífica pudiese haber sido construida hacia tantos años, cuando todavía la técnica no estaba tan avanzada como en la actualidad. Cuando era niño, él había admirado a hombres como Brunel y Telford, personas con imaginación y por eso había querido ser ingeniero, estudiar física... ciencias... matemáticas...

Arrojó el libro a su lado. ¡Cielos, se estaba volviendo loco! Ingeniería. ¡Ésa era su carrera! ¡Ésa había sido su profesión antes del accidente del avión!

Se puso en pie, sujetándose la cabeza entre las manos. Poco a poco volvían los recuerdos y, por un momento, creyó que la cabeza le iba a estallar. Extendió una mano para tocar la campanilla y llamar a alguna de las hermanas, pero luego se detuvo. No. No hasta que estuviese seguro de que todo aquello no era sólo producto de su imaginación.

Volvió a echarse en la cama con la cabeza entre las manos. Pocos minutos más tarde, sintió náuseas y trató de tranquilizarse. Tal vez, el esfuerzo realizado aquel día era demasiado grande. Él no tenía nada que ver con la identidad que aquella muchacha le había atribuido.

Sabía su nombre. Y no era Andrew Douglas, o al menos no era el que tenía en la cabeza. Era Hallam... Dominic Hallam, y no tenía treinta y siete años, sino treinta y nueve. Además sus razones para venir a América del Sur eran diferentes a las que había dicho Justina. Era ingeniero. Trabajaba en una compañía de construcción de Londres. Le habían enviado a Lima para diseñar un tramo de ferrocarril que uniría dos zonas incomunicadas hasta el momento en los Andes, y estaba a bordo del avión que iba a La Paz, en dirección a Callao, al aeropuerto internacional de Lima.

Cogió un cigarrillo y lo encendió con dedos temblorosos. Era fácil darse cuenta de por qué no habían informado de su desaparición. La compañía de Londres para la cual trabajaba, supondría seguramente que él ya estaría en Perú, mientras que el gobierno peruano, para el que tenía que trabajar, imaginaría que estaba en camino, de manera que pasaría algún tiempo antes de que empezaran a preguntarse por qué él no había llegado aún.

Aspiró una bocanada de humo. Todo se iba aclarando, como las piezas de un rompecabezas. Comenzó a recordar más detalles. No estaba casado, al menos, ahora. Recordaba que lo había estado, pero luego se había divorciado y su mujer había muerto en un accidente automovilístico. Podía recordar, con claridad todo aquel sórdido episodio. Era muy joven cuando se casó con Linda, y desde el comienzo de su matrimonio sus relaciones habían sido siempre desastrosas. Linda se negaba a viajar con él cuando su trabajo le obligaba a marcharse al extranjero, cosa que tenía que hacer con frecuencia, de manera que pasaban meses y meses separados. Sin embargo, él suponía que Linda le era fiel. Cuando regresó

inesperadamente de un viaje de África del Sur, se la encontró con otro.
Ella le había negado el divorcio, pero se separaron y él le hacía llegar todos los meses determinada cantidad de dinero. Dominic había esperado el tiempo necesario y luego había obtenido el divorcio sin su consentimiento. Cuando ella murió, él no sintió nada, había dejado de quererla hacía mucho. Él no estaba dispuesto a cometer otra vez el mismo error, y aunque algunas mujeres le resultaban agradables y hasta necesarias de vez en cuando, nunca se volvió a comprometer en serio con ninguna.
De nuevo se puso en pie y caminó hacia la ventana, observando el valle. Ahora que comenzaba a recordar, se enfrentaba con otros problemas, en particular el de la joven que afirmaba que él era su esposo. Sonrió con amargura. Ramírez no se sorprendería de saber que la muchacha había mentido. Él se había dado cuenta de que el médico se había resistido a creer toda aquella historia. Pero ¿qué motivos podía tener ella para tratar de hacerle pasar por su marido?
Movió la cabeza y luego recordó algo más. El nombre que ella le había dado, Andrew Douglas, no le resultaba ajeno. Andrew Douglas era un hombre muy conocido en Europa. Y era piloto de carreras como ella había dicho. Lo que le parecía increíble era que Justina hubiese asegurado que se parecían. Físicamente eran hombres muy distintos.
Apoyó la cabeza contra el marco de la ventana. Había algo extraño en toda aquella historia y él estaba muy confundido. Desde el principio sabía que aquélla no era su verdadera identidad. Ella mentía. Pero ¿por qué?
Era demasiado esfuerzo tratar de especular acerca de las razones que aquella joven había tenido para hacerlo y estaba cansado. Tenía que descansar un rato, cerrar los ojos y rogar a Dios que al abrirlos volviera a recordar todo aquello. Estaba asustado.
Se recostó. Tal vez debía llamar a Ramírez para decirle lo ocurrido. El médico estaría encantado y aliviado de saber que empezaba a recobrar la memoria. Le alegraría que Dominic se estuviera restableciendo por completo. Cuando se sintiera lo suficientemente fuerte como para viajar, se marcharía a Lima para ocupar su puesto. Su tardanza no causaría muchos problemas, pensó, y un mes de retraso no cambiaría nada.
Cerró los ojos. Era maravilloso poder saber por fin quién era. Le parecía que había pasado muchos meses haciéndose preguntas que no tenían respuesta. Ahora podía responder a todo y, quizá, pensó con amargura, Justina había colaborado a ello sin saberlo. Al fin y al cabo, sin su intervención, él no se hubiese esforzado por recordar…
Cuando se despertó se encontró con el doctor Ramírez de pie junto a su cama mirándole preocupado.
—¿Se siente bien? —le preguntó frunciendo el ceño—. Cuando Constancia le trajo su comida se alarmó porque estaba usted inconsciente.
—¿Inconsciente? —Dominic se sentó de pronto en la cama—. ¡Dios, qué dolor de cabeza!
Ramírez chasqueó los dedos, impaciente.
—Tal como esperaba. Este asunto de Justina le ha alterado. No debería haberlo permitido.

—No... no se preocupe... —Dominic tragó saliva tratando de encontrar las palabras adecuadas para decirle lo que le había sucedido— . No fue eso.

—Sin embargo, no está usted tan bien como pensaba. Tal vez nos hayamos precipitado. Quizá me he dejado engañar por su estado físico, olvidando sus condiciones mentales. Debí haberme dado cuenta...

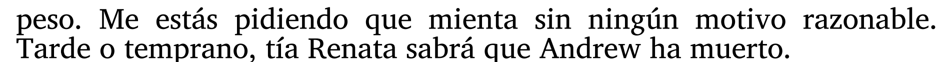
Dominic abrió la boca para contradecirle, pero la volvió a cerrar. En ese instante, le pasó por la cabeza la imagen de Justina de la Roca y sintió deseos de saber más de ella.

Podía parecer insólito, pero ahora que sabía quién era, no tenía ninguna urgencia por volver a emprender su vida de siempre. Había esperado varias semanas y podía pasar unas cuantas más. Además, había otros empleos, otras compañías. Aunque sabía que Lester Cunningham, el director de Cunningham International, la compañía para la que trabajaba, era su amigo personal y no le despediría si no tenía motivos serios para hacerlo. ¿Y qué mejor pretexto para permanecer en el valle que el de haber perdido la memoria?

De manera que no dijo nada y dejó que el doctor Ramírez siguiera preocupándose por él. Al mismo tiempo se preguntaba cómo lograría Justina-encontrar una prueba que lograra convencer al doctor.

Capítulo 4

No puedes hacerlo, Justina. El que hablaba era un hombre alto, elegante y atractivo. Justina se había encontrado con él cuando iba a asistir a un compromiso oficial; ahora caminaba inquieto por la habitación moviendo la cabeza, irritado.
— ¡Tengo que hacerlo, Luis! ¿No te das cuenta? ¡Por favor, ayúdame! ¡Dime que lo harás!
Luis Salvador cruzó los brazos y se puso delante de ella con solemnidad.
—Justina. Parece que te olvidas de que en otra parte a ese hombre le conocen. Y que tal vez, alguna mujer esté ansiosa por saber su paradero. ¿Cómo puedes ignorar todas esas posibilidades dejándote llevar por un simple capricho?
— No es un capricho, Luis. Trata de entenderlo. No quiero que tía Renata se preocupe más por mí. Eso es todo. Y además, si realmente hubiese alguna mujer preocupada por ese hombre, ya habría aparecido. Han pasado tres semanas desde el accidente. Ha habido tiempo para realizar todas las investigaciones posibles.
— Me estás pidiendo lo imposible —Luis suspiró profundamente. — ¿ Por qué ? Lo único que te pido es que le digas al doctor Ramírez que es Andrew. No te pido que hagas una declaración pública ni nada por el estilo. ¿Es acaso imposible?
Luis movió la cabeza, resignado. Quería mucho a su joven prima y no le agradaba la idea de defraudarla. Más aún después de lo que ella le había contado acerca de la forma en que la trataba Andrew Douglas. Hubiese deseado tenerle en sus manos y ahora que sabía que estaba muerto, no sentía la menor pena por él. Si hubiese sospechado que Justina no era feliz...
—Me gustaría ayudarte, Justina, pero están investigando el accidente y tarde o temprano descubrirán la verdadera identidad de ese hombre.
—Lo sé. Pero esas investigaciones llevan tiempo y en este caso, casi todo se ha quemado...
—Justina, ¿qué harás si recupera la memoria en casa de tu tía?
— Estoy dispuesta a afrontar las consecuencias ¿qué otra cosa puedo hacer?
—¿Y qué crees que ganarás con eso? —estaba impaciente.
—Tiempo para respirar.
—¿Y tía Renata?
—No se dará cuenta de nada. Está casi ciega y además, no tiene ni fuerzas para hacer preguntas. Aparte de Juana, su dama de compañía, no debo convencer a nadie.
—¿Y mi tío?
—¿El padre Juan? ¿Por qué habría de preguntar nada si tú le dices que se trata de Andrew?
—Exactamente. ¡Daré mi palabra! —exclamó Luis extendiendo los brazos—. Justina, puede que no lo creas, pero mi palabra tiene algún


peso. Me estás pidiendo que mienta sin ningún motivo razonable. Tarde o temprano, tía Renata sabrá que Andrew ha muerto.
—¿Por qué?
—¿Cómo que «porqué»?
— Luis, tú sabes que tía Renata tiene muchos años. El doctor Ramírez no confía en su recuperación después del último ataque que ha sufrido. Puede vivir un poco de tiempo más, pero ni siquiera el padre Juan está convencido de ello. Es muy posible que nunca se entere de la verdad...
—¿De qué tienes miedo, Justina?
—Quiero hacer mi vida. ¿Es mucho pedir? Después de tres años de vivir con Andrew no podría... —hizo un movimiento de resignación con los hombros— Luis, te lo he dicho. Manuelo dice que...
— Sí, sí, ya sé lo que dice Manuelo —Luis estaba impaciente. Justina se le acercó y le miró suplicante.
—Luis, por favor. ¿Me ayudarás?
El la miró desconfiado. Era una mujer muy atractiva y él no era indiferente a la oscura profundidad de sus ojos y a la curva insinuante de sus labios.
—Justina, no sabes lo que me estás pidiendo.
Ella sintió que estaba a punto de darse por vencido y le preguntó suavemente:
—¿Me ayudarás Luis?
— No trates de coquetear conmigo para convencerme, Justina -dijo muy serio—, o tendré que empezar a preguntarme si lo que me has contado sobre tu esposo es cierto.
Justina se alejó de él.
—Eso que dices es un insulto.
— De acuerdo. Pero he logrado lo que quería, ¿verdad?
— No tolero bromas en este momento. Luis le levantó la barbilla.
—Está bien, Justina, lo pensaré. Pero que conste que va en contra de mis principios. ¿Y qué pasaría si el asunto se hiciera público?
—¿Por qué iba a ocurrir eso? Además, sin duda ese hombre estará dispuesto a aceptar una oferta razonable...
—Tengo que irme, me esperan en la embajada dentro de quince minutos.
— ¡Gracias, Luis, querido Luis! —exclamó Justina acariciándole el brazo.
— Vamos. Morgana estará contenta de que la acompañes esta noche. Dile que más tarde os veré a las dos.
—Sí, Luis -respondió, algo preocupada por él, pero su primo le sonrió mientras subía al coche oficial.
Justina se pasó la tarde con Morgana. Eran buenas amigas, y como la mujer de Luis esperaba su segundo hijo dentro de pocas semanas, no podía acompañar a su esposo como acostumbraba hacerlo. Justina trató de concentrarse en la conversación de Morgana, pero estaba absorta en sus planes, de manera que se sintió aliviada cuando pudo salir de la habitación.
Ahora que Luis había aceptado su proposición, tenía tiempo para considerar los riesgos de su plan. En otras circunstancias se hubiese resistido al hecho de verse comprometida con un hombre, y menos

con uno que estaba psíquicamente perturbado.

Desde su matrimonio con Andrew había vivido atormentada y creía no poder soportar la proximidad de otro hombre. Se estremeció, al recordar el momento en que, en la oficina del doctor Ramírez, aquel desconocido le había acariciado el pelo. ¿Qué haría si la obligaba a cumplir los deberes matrimoniales que se le atribuían? ¿Podría llegar tan lejos?

Caminaba nerviosa por su habitación del palacio. Había hecho todo lo posible para que Luis aceptara su proposición, y ahora que lo había logrado tenía miedo.

¡Había tantos obstáculos, tantos problemas que resolver! ¿Sería capaz de convencer a aquel hombre de que se limitara a mantener con ella unas relaciones estrictamente platónicas hasta que recuperase la memoria? ¿Y si no lo lograba, qué haría? ¿Una vez que este desconocido saliese del hospital, podría dominar la situación?

Se sentó en la cama y escondió el rostro entre las manos. Se puso a pensar por qué su tía estaría tan preocupada por su futuro. ¿Por qué no la dejaba hacer su vida, como lo había hecho ella? Por una parte, deseaba que su tía se recuperase, quería volverla a ver bien otra vez. Pero por otra, sabía que las cosas se simplificarían si su tía no seguía empeñada en hacerle preguntas que ella no podía responder.

Al día siguiente, Luis vino al palacio para llevarla hasta el valle en su avión presidencial. Fue un día muy agradable. Justina trató de tranquilizarse y olvidar los planes en los cuales había incluido a Luis y que podrían tener consecuencias desastrosas para ella. Si él se dio cuenta de su inquietud, no lo mencionó y Justina se preguntó si él pensaba que toda la responsabilidad recaería sólo sobre ella.

Aterrizaron en una planicie polvorienta y les condujeron hasta la clínica en un coche. Luis, vestido con vaqueros y una blusa de manga corta, no tenía el aspecto de un presidente, y Justina comprendió por qué a la gente le caía bien.

Cuando llegaron, el doctor Ramírez estaba en su oficina y saludó a Luis calurosamente.

—Me alegro de verle por aquí, amigo. ¿Cómo está Morgana?

—Pronto dará a luz; está bastante impaciente, desde luego.

—Es comprensible -el médico sonrió. Luego, mirando a Justina, dijo —: ¿Y usted? ¿Ha venido para que Luis vea a su esposo?

La joven se sonrojó, Ramírez la desconcertaba.

— Así es. ¿En dónde está... Andrew? El médico frunció el ceño.

—Está en su habitación -respondió mirando a Luis—. Dígame: ¿no tiene la impresión de que esta historia de Justina resulta difícil de creer?

Luis vaciló.

—No del todo -al fin respondió, cuando los nervios de Justina comenzaban a flaquear-. Parece una explicación bastante lógica. ¿El nombre de este hombre estaba en la lista de vuelo? —preguntó Luis vacilante.

—Tengo entendido que algunos pasajeros no cogieron el avión en el último momento y que otros ocuparon su lugar. Todavía no se sabe cuántos pasajeros iban en el avión.

Justina buscó la mano de Luis y agradecida, se la apretó. Él se alejó

mientras Ramírez continuaba diciendo:
— Sin duda, es un asunto delicado. ¿Cómo es posible que las compañías aéreas funcionen tan mal?
—Cuando ocurre un accidente, siempre surgen problemas de este tipo, es lógico —respondió Luis—. Y ahora, ¿podemos ver a ese hombre? Debo volver a Queranova esta tarde.
—Por supuesto -dijo el doctor y Justina suspiró aliviada. Hasta ahora, todo iba bien.
Cuando Ramírez abrió la puerta de la habitación de su paciente, el hombre estaba sentado en una silla junto a la ventana leyendo un libro, que dejó de inmediato cuando ellos entraron. Se puso de pie y les miró con curiosidad. Ahora a ella le parecía más fuerte, era tan alto como Luis y había un brillo burlón en sus ojos grises.
Luis, muy seguro de sí mismo, se acercó a él, le estrechó la mano pero sólo recibió como respuesta una mirada de desconfianza.
— ¡Andrew! —exclamó con voz atónita—. ¡Deus! No podía creerlo cuando Justina me dijo que estabas aquí.
Dominic, incrédulo y sorprendido, se limitó a mirar a aquel desconocido. ¡Cielos!, ¿estaban todos locos?
—¿Le conozco a usted? —preguntó con voz débil. Justina se acercó.
—Andrew, éste es Luis —dijo con cautela—. Mi primo Luis...
Dominic frunció el ceño. Había oído aquel nombre antes... Sí, por supuesto, Ramírez lo había mencionado. Era el presidente de aquel pequeño país.
— ¡ Ah, sí! —el asunto le intrigaba y estaba ansioso por oír lo que pensaban decir. Al parecer, Justina estaba decidida a demostrarle a Ramírez que él era su esposo y había logrado la ayuda de su primo, el presidente.
—¿Es usted el que nos presentó a Justina y a mí? Luis inclinó la cabeza.
— Efectivamente. En una recepción en Queranova.
Dominic asintió con la cabeza, mirando a Ramírez. Luego, volvió a mirar al presidente.
—¿Y usted ha venido a confirmar mi identidad?
—Así es —Luis le soltó la mano y le miró con ojos penetrantes—. Creo que mi prima tenía razón. ¿No recuerda nada?
Dominic sonrió y luego se controló. Notó perfectamente que Luis trataba de asegurarse de que él no recordaba nada.
—Creo que estoy en la más total oscuridad... ni siquiera recuerdo a mi esposa.
—Lo comprendo —dijo Luis volviéndose hacia Ramírez—. No hay duda de que este hombre es el esposo de Justina. Como es natural, en este tipo de cosas, sólo el tiempo podrá resolver el problema, ¿verdad, Antonio?
Ramírez suspiró.
—Creo que sí. No hay razón para que el... señor Douglas no recupere la memoria. ¿Cuándo?, no lo sé —se encogió de hombros, resignado.
Luis se volvió hacia Justina.
—¿Qué quieres hacer? Te sugiero que Andrew salga de la clínica ya. Tal vez en otro ambiente pueda reaccionar con más rapidez. En todo caso, Antonio, este asunto no tiene porqué publicarse. Mi prima estaba

esperando a su esposo...
—Comprendo—asintió Ramírez.
Luis se volvió a Dominic para decirle:
—Como tus cosas se quemaron en el accidente, si me dices tu talla, le diré a mi sastre que te envíe alguna ropa al Castelo. Dominic le miró asombrado:
— ¿Castelo?
— El Castelo es... era mi casa antes de casarnos —le explicó Justina tratando de sonreír—. Creo que tendré que hacerte una lista de todo lo que debes recordar.
— Lo harás —repuso Dominic, mirándola divertido mientras ella se sonrojaba. En realidad, para haber estado casada, ella parecía increíblemente ingenua... «¡no te engañes!», se dijo con amargura. Alguien que había elaborado un plan como éste, no podía ser tan inocente. Le molestaba descubrir que era una mujer con tan pocos escrúpulos.
Luis se dirigió a la puerta.
—Justina, debo marcharme. Le prometí a Morgana que no tardaría.
— Sí, por supuesto —Justina se acercó a la puerta.
— Me ocuparé de su prima —le interrumpió el doctor Ramírez sonriendo—. Haré que Guido traiga el coche después de que le haya llevado a usted. Y ahora, la dejaré un rato con su marido.
Apenas se cerró la puerta, después de que Luis y el médico se retiraran, Justina paseó inquieta por la habitación. Dominic se preguntó qué haría ella si intentaba tocarla. Ella sabía que él no era su esposo, también él lo sabía, pero estaba en superioridad de condiciones. Ella no se imaginaba que había recuperado la memoria. ¿Porqué no seguirle el juego un rato?
Justina estaba de pie junto a la ventana mirando el paisaje, con expresión ausente.
Él se le acercó y se puso detrás de ella mientras olía el agradable aroma de su pelo. Ella llevaba una blusa ajustada y pantalones, el pelo suelto sobre los hombros, estaba más guapa aún que el primer día que la vio. Y él, después de todo, era un hombre.
Puso las manos sobre sus hombros y la estrechó contra él.
—Justina —pronunció su nombre suavemente y sintió que todo el cuerpo de la joven temblaba—. Justina, ¿no crees que haya llegado el momento de recordar algo más además de nuestros nombres?
Ella se apartó de él y le miró temerosa:
¡Por favor, no me toques, no me toques! —exclamó asustada.
—¿Por qué? —le preguntó él—. ¿Por qué no puedo tocarte, Justina? ¿No eres mi esposa?
—Lo... sé —movió la cabeza resignada—. Temía que te hubieses olvidado.
—¿Olvidado? ¿Olvidado de qué?
—Estuve enferma... de los nervios. No puedo soportar que me toquen.
—¿No esperarás que me pase la vida así, mirándote? —deslizó la mano por su pelo.
—¿Por qué no? Es la verdad —temblando, Justina se echó el pelo hacia atrás.
—¿Sí? —se desabrochó los botones superiores de la camisa, de manera

que ella pudo ver el espeso vello que oscurecía su pecho—. ¿Y cómo sucedió?
Ella suspiró hondo.
— No lo sé. Tu afición a los coches, el peligro tal vez. Yo... siempre estaba muy nerviosa cuando corrías.
—Comprendo —dijo él entrecerrando los ojos—. Supongo que habrás ido a un médico, quizá el doctor Ramírez lo sepa.
— ¡No! —exclamó ella—. ¡Por favor, no discutamos otra vez! ¡Sólo te pido que me des tiempo!
—¿Entonces no hay un tratamiento médico para que te mejores?
—Tómalo como quieras —respondió, suspirando—. Por favor, Andrew, sé razonable. Ni siquiera estamos seguros de que seas quien eres.
— Estabas muy segura hace unos días. —Tenemos que esperar y probarlo.
—¿Y qué mejor manera de probarlo que... ?
— ¡No! —ella buscó su bolso y sacó un paquete de cigarrillos—. ¿Quieres uno?
—¿Ésta es la marca que fumo habitualmente? -le preguntó cogiendo uno.
-No, fumas cigarrillos americanos y prefieres los más suaves. Él inclinó la cabeza y mientras ella buscaba en su bolso un paquete de cigarros más ligeros, él abrió una caja de cerillas y encendió ambos cigarrillos.
—Gracias —dijo ella nerviosa, tosiendo.
—¿No te sientas? —le sugirió él, señalando la cama. Ella prefirió sentarse en una silla junto a la ventana. Él se sentó sobre la cama y la miró con ojos penetrantes.
—Dime, ¿por qué una mujer como tú tiene miedo de su esposo?
—No tengo miedo, pero debes darte cuenta de que me resulta difícil acostumbrarme a alguien que ni siquiera recuerda mi nombre.
—También es difícil para mí.
— Pero tú no tienes recuerdos... y es diferente. —¿Porqué?
—No me obligues a hablar. ¿Has olvidado todo? -ella se ruborizó.
—¿No temes que el hecho de no tener recuerdos me dé una especie de libertad peligrosa? -sonrió burlón.
—¿Qué quieres decir?
—Que si no me acuerdo de ti, no hay nada que me retenga a tu lado.
— Me estás provocando —dijo enfadada—. Por lo menos tratemos de comportarnos como seres civilizados. Tal vez debería explicarte cuál es la situación en casa de mi tía.
Él la escuchó en silencio mientras la observaba. Estaba interesado, o tal vez intrigado, y sin dificultad asimiló todo lo que ella le fue contando. Tenía una nueva identidad y esto suponía aceptar compromisos que no conocía de antemano.

Capítulo 5

Justina se vistió con mucho esmero para la cena, tratando de dominar el temblor que había hecho presa de sus piernas y que no cedía. Todo iba bien, ¿por qué inquietarse? ¿Por qué razón se sentía tan insegura?

Se sentó frente a su tocador y comenzó a cepillarse el cabello. Hacer esto solía calmarla, pero aquella noche no producía el mismo efecto.

Y si se ponía la mano en el corazón, sabría de inmediato cuál era el motivo de su ansiedad. En la habitación contigua, el hombre que ella había asegurado que era Andrew Douglas, su esposo, se estaba bañando y vistiendo para la cena.

Suspiró y contempló su imagen en el espejo. ¡Todo había sido tan fácil! Con la ayuda de Luis, la dama de compañía de su tía no había dudado en aceptar que aquel hombre era en realidad su esposo y como jamás le había visto, no hubo dificultades para hacérselo creer.

Le había contado parte de la verdad, a su tía, diciéndole que Andrew acababa de llegar a Montera verde. Justina no encontraba en ello nada sospechoso. La llegada de Andrew había producido un efecto bastante positivo en su tía.

Era Justina la que no estaba tranquila. Comenzaba a advertir las dificultades que suponía utilizar a una persona en provecho propio. A veces olvidaba que el ser humano no era una máquina, que hay en cada uno sentimientos y frustraciones, y que el hombre a quien ella había elegido para representar aquel papel parecía decidido a hacérselo lo más difícil posible.

O tal vez fuese sólo su imaginación. Después de todo, él creía que ella era su esposa. De otro modo, no hubiese accedido a irse a vivir con ella, a su casa. Pero tampoco podía esperar que él se comportase como ella deseaba.

Le resultaba muy difícil comportarse con naturalidad delante de él. Además de las obvias dificultades, aquel hombre mostraba hacia ella una actitud maliciosa que la trastornaba. Pensaba que él pronto se cansaría de provocarla y que tal vez entonces ella podría disfrutar de cierta paz. Mientras, en su presencia, debía controlar sus nervios.

Era un hombre muy atractivo y ella suponía que muchas mujeres hubieran envidiado su posición. Mientras vivió con Andrew, había conocido a muchos jóvenes atractivos, pero para ella eran todos iguales. No tenían respeto alguno por la mujer y su única obsesión era encontrar la forma de someterlas. Andrew era un maestro en aquel arte. Durante su desgraciado matrimonio, ella deseó varias veces no haber sido tan inocente antes de casarse. Si hubiera tenido con anterioridad relaciones con él, hubiese sabido que era un hombre brutal y se habría evitado muchos sufrimientos.

Andrew fue muy astuto. No había arriesgado nada. Hasta su tía Renata entró en su juego.

Se puso de pie y se miró satisfecha en el espejo. El maquillaje, sin ser exagerado, destacaba la belleza de sus facciones.

Se puso el vestido que había elegido para la noche. Largo y blanco, acentuaba su belleza, dándole un aire de inocencia; además ella confiaba en que aquel efecto mantuviera distante a su esposo. Llevaba e! pelo suelto y unos pendientes de oro adornados con brillantes.

Con un profundo suspiro, se dirigió hacia la puerta. En ese instante, oyó que alguien golpeaba la puerta que comunicaba con la habitación contigua. El picaporte giró inútilmente.

— ¡Justina! ¡Abre la puerta, Justina!

Ella vaciló, preguntándose si debía hacerle creer que no estaba allí, pero luego pensó que si no lo hacía tal vez él saldría al pasillo y entraría por la otra puerta. Apretó los labios irritada, y dio vuelta a la llave de la cerradura.

De inmediato la puerta se abrió y ella se echó hacia atrás. Le miró desafiante, guardando la compostura, pero él parecía indiferente a su actitud. Con el traje de noche que Luis le había enviado, parecía más fuerte y más alto. En realidad tenía que reconocer que era muy atractivo; de pronto, Justina pensó que había sido una tonta al creer que podría dominar a un hombre como aquél. Debió elegir a alguien diferente: más débil, más amable y sumiso y no a un hombre tan arrogante que se enfrentaba a ella de una forma tan violenta.

—En Inglaterra, no hay puertas cerradas entre una pareja de esposos, Justina —dijo, mientras sus pestañas velaban la expresión de sus ojos grises—. En ese sentido, la memoria no me ha abandonado.

Ella se molestó por su comentario y dijo:

—Lo siento. Esa puerta ha estado cerrada mucho tiempo. Nunca se me hubiera ocurrido hacerlo.

—¿Sí? —la miró incrédulo.

— Sí —dijo ella con frialdad—. ¿O crees que miento? Él movió la cabeza lentamente.

—Dejémoslo así. Hoy estás muy guapa. ¿Puedo mirarte, verdad? Aunque sea sólo a distancia...

—Mira, es la primera noche que vamos a pasar juntos... después de mucho tiempo. ¿No podemos tratar de comportarnos con amabilidad...?

— Es lo que estaba haciendo —respondió él burlón.

— ¡Eres imposible! —repuso ella cruzando rápidamente la habitación y dirigiéndose hacia la puerta—. Voy a ver a mi tía. ¿Quieres venir?

— Si lo deseas —dijo él indiferente. Miró la habitación con interés, deteniendo su mirada en los innumerables frascos que había sobre la mesa del tocador, y se fijó en una bata que estaba sobre la cama.

—No me dirás que esta habitación la has compartido alguna vez con un hombre.

Justina apretó los labios.

— No, no la he compartido con nadie. Ya te lo dije. Vivíamos en Inglaterra —agregó con la boca seca.

—¿En dónde?

—En Londres—contestó secamente.

— Y supongo que volveremos pronto.

— ¡ No! Hasta que mi tía mejore...

—¿Cómo vamos a dejar todo tanto tiempo...? Tal vez tenga que atender mis asuntos...

—Ya te lo he dicho, eres piloto de carreras. No tienes ningún asunto pendiente.
—Entonces, tal vez, deba participar en alguna carrera...
— ¡Oh, com a breca! -gritó ella indignada- ¿Por qué no dejas de hacerme preguntas? -abrió la puerta, saliendo al pasillo.
—Lo siento. Estaba tratando de recordar...
Justina sintió remordimientos.
—Yo también lo siento. Estoy... muy nerviosa.
— ¡ Ah, sí, tus nervios! —ella se alejó por el pasillo sin esperarle.
Renata de la Roca estaba aguardándoles. Justina le había prometido regresar con su esposo, y ahora que había llegado el momento, estaba deshecha por la tensión. Sintió que temblaba al abrir la puerta de la habitación de su tía.
Él estaba detrás de ella y cuando Justina se acercó a la cama, él se puso a su lado y miró con pesar a la figura frágil de la anciana. La mirada asombrada de Renata dio paso a una sonrisa de reconocimiento, cuando la enfermera Gómez le dijo quién era y después se apartó para que Justina pudiese hablar con su tía.
— Hola, mi amor—dijo la anciana—. ¿Cómo estás?
Renata le estrechó la mano un instante y luego extendió la otra hacia el hombre.
—¿Andrew? -murmuró-. Andrew, ¿Estás aquí?
— Sí, sí, tía Renata —él cogió la mano de la anciana—. Me alegro de volverá verla.
Renata frunció el ceño.
—Estábamos preocupadas por ti, ¿verdad Justina? Has tardado mucho y yo deseaba verte.
—Ahora estoy aquí, tía Renata. Y... puede verme.
Renata movió la cabeza lentamente.
—Mi vista ya no es como antes, pero puedo tocarte, oírte. ¿Por qué no has venido a verme en todos estos años y has tenido a Justina lejos de mí, en Inglaterra? Sabes que ella no ha sido feliz.
Justina no pudo evitar sonrojarse y percibió la mirada especulativa de él.
—¿No lo ha sido? No lo sabía.
—Sí lo sabías -dijo la voz de Renata que se volvió extrañamente fuerte — Todos esos viajes por el mundo, dejándola sola, no son buenos para una mujer, que necesita el cariño y la compañía de su marido. ¿Cuándo vais a tener familia, Andrew?
Él miró a Justina encogiéndose de hombros, ella apretó los labios y procuró no mirarle. Estaba comenzando a desear no haberle traído a ver a su tía.
—Pronto —repuso él—. Esas cosas llevan su tiempo, tía Renata.
—No tanto, Andrew. Tú eres un hombre, nunca pensé que sería una tarea tan difícil para ti.
Él sonrió y Justina le odió profundamente. Ya casi había olvidado que había sido ella la instigadora de todo aquello. Ahora le parecía que el impostor era él, que trataba de ponerla en ridículo. Pero procuró dominar su irritación y tranquilizarse, ya no tenía remedio y debía enfrentarse a las consecuencias.
—Justina no se siente muy bien de salud y por eso no hemos tenido en

cuenta esa posibilidad —prosiguió él.
Renata volvió a fruncir el ceño.
—¿No está bien? Justina, ¿es cierto? ¿Has tenido alguna enfermedad que me hayas ocultado?
Justina le miró, furiosa.
—Por supuesto que no, tía Renata. Sólo los nervios... eso es todo.
—Nunca me lo habías dicho. ¿Lo sabe el doctor Ramírez? ¿Estás siguiendo algún tratamiento?
Deus, no es serio. Andrew, no sé por qué lo has mencionado.
—¿Por qué no? Es mejor decirlo que hacerle creer a tu tía que no queremos tener hijos —contestó burlón.
Justina estaba molesta.
—Es mejor que nos vayamos ya, no queremos cansarte, tía —dijo Justina.
—No estoy cansada —protestó la anciana, mientras la enfermera se acercaba.
— Su sobrina tiene razón, señora, han sido suficientes emociones por hoy.
—Muy bien —Renata no soltaba la mano de él. Luego, dijo con tono de preocupación:
—¿Vendrás a verme otra vez, Andrew?
El le sonrió y le acarició la mejilla.
— Por supuesto, si usted lo desea, estoy a su disposición. No tiene más que decirlo.
— ¡ Vamos Andrew! —exclamó Justina impaciente, pero él permaneció inmutable. Era a él a quien la tía Renata le pedía que volviera.
Cuando estuvieron fuera de la habitación, Justina se alejó de él indignada, bajando la escalera en silencio, hasta que se encontraron a Juana.
Juana le miró con interés, dejando a un lado su costura y sonriéndole. Justina se sentía cada vez más indignada. ¿Qué le pasaba a todo el mundo? ¿Por qué miraban a aquel hombre con tanta simpatía? ¿Qué había en él que provocara tanta adhesión? Su tía no solía hablar con extraños, y después de todo, él lo era, fuera o no Andrew Douglas.
La comida transcurrió sin incidentes, luego fueron a la sala a tomar el café. Justina estaba tensa, pero su supuesto marido no parecía tener ningún problema. Dio vueltas por la habitación hasta que encontró un viejo fonógrafo y se pasó el resto de la noche poniendo discos antiguos que había en un armario.
Juana se retiró a las diez y Justina, que estaba mirando sin interés una revista, le preguntó si quería algo de beber.
—¿Alcohol, quieres decir? —estaba sentado muy cómodamente en una silla, junto al fonógrafo.
— No, quiero decir... té... o algo así. Andrew siempre tomaba té, es decir, tú siempre tomabas té antes de dormirte.
—¿Eso es lo que hacía? No lo sabía. Está bien, si quieres tomaremos té.
— Yo no quiero, pensé que a ti te apetecería, ya que solías hacerlo —contestó impaciente.
—En realidad lo que quiero es irme a la cama —extendió las piernas,

desperezándose.
-¡Oh, por supuesto! -Justina había olvidado que él estaba convaleciente de sus heridas—. Lo siento, no pensé...
— Está bien, no soy un inválido. Lo que pasa es que me canso con facilidad.
Justina se humedeció los labios.
— Sube entonces. Yo... recogeré un poco estas cosas y le diré a Benita que no necesitamos nada más. Él vaciló.
— De acuerdo — Andrew se dirigió a la puerta—. Te veré luego. Justina se sonrojó.
—Oh, no..., no lo creo. Es demasiado temprano. Él endureció la expresión.
— No estoy sugiriendo que durmamos juntos, pero como nuestras habitaciones son contiguas, supongo que nos diremos buenas noches.
— Muy bien—estaba nerviosa.
Él la miró un instante y luego se retiró.
Después de que él se marchó, ella respiró aliviada. «¡Oh, Dios!», pensó, «¡qué día!».
Cuando subió, la puerta que comunicaba las dos habitaciones estaba cerrada. Tal vez él mismo la había cerrado, ya que Justina la había dejado abierta cuando bajó para la cena.
Ella solía desnudarse en su habitación, pero aquella noche, cogió uno de sus camisones y su bata y se fue al baño, cerrando la puerta con cuidado. Sólo entonces se sintió a salvo.
Cuando volvió a su habitación, empezó a pensar en su situación. ¿Qué debería hacer? Si abría la puerta de la habitación contigua, él iba a creer que quería entrar, y eso era lo último que deseaba. Tal vez ya estaba dormido. Quizá él había cerrado la puerta antes de desnudarse y se olvidó de volver a abrirla. Si él quería tener la puerta abierta, la abriría.
De puntillas, Justina se acercó a la puerta y escuchó a través de ella. No oyó ningún ruido en la otra habitación. Debía estar dormido, se dio la vuelta y decidió acostarse. Se quitó la bata y se deslizó en la cama, después apagó la lámpara.
En la oscuridad, vio una línea de luz en la parte de abajo de la puerta. Él se había dormido con la lámpara encendida o estaba despierto. Suspiró en la oscuridad. Todo parecía haberse vuelto, de pronto, muy complicado.
Dio una vuelta en la cama y arregló la almohada. ¿Para qué preocuparse ahora? Ya estaba metida en este asunto y no había remedio, no podía echarse atrás.
Le fue imposible conciliar el sueño. Su mente estaba demasiado obsesionada por los acontecimientos que estaba viviendo. ¿Qué ocurriría si él decidía reclamar sus derechos, si de pronto abría la puerta y la obligaba a someterse a sus deseos? ¿Qué haría? ¿Podría pedir ayuda? ¿Y quién acudiría en ese caso? El era su esposo y nadie lo ponía en duda. Tenía derecho a dormir con su mujer si así lo deseaba. Benita se había sorprendido cuando Justina insistió en preparar habitaciones separadas. Y tampoco su tía se mostraría complacida si se enteraba.
No lo sabría, pensó Justina. La anciana estaba en su habitación y no

tenía ninguna posibilidad de enterarse de las relaciones que mantenían su sobrina y su esposo.

«¿Y si se entera?», se preguntó preocupada. ¿Y si averiguaba la verdad? Su tía Renata era muy obcecada cuando trataba de descubrir algo y Justina sabía que él podía tener la tentación de hablarle del comportamiento receloso de su esposa para con él. Le había hecho una buena demostración de ello cuando había comentado con su tía todo aquel asunto de su falsa enfermedad de los nervios y la posibilidad de tener hijos.

Volvió a dar una vuelta en la cama preocupada. La línea de luz que había un momento antes debajo de la puerta había desaparecido. Tembló a pesar del calor. Era probable que se quedara dormido apenas apoyara la cabeza en la almohada.

Justina suspiró. Allí estaba, presa de las más terribles preocupaciones, mientras él, seguramente, descansaba tranquilamente en la otra habitación, contento con su identidad recién descubierta.

Capítulo 6

Según pasaban los días, las cosas parecieron ordenarse en el castelo. Justina descubrió que Andrew —no tenía otra manera de llamarle, puesto que no sabía su verdadero nombre—, estaba interesado en los alrededores y con ese motivo pudo preparar algunas excursiones para que él conociera los majestuosos parajes que rodeaban al castelo.

Antón, el muchacho que la había acompañado al hospital la primera vez, se encargó de ir con Andrew, que era un formidable jinete. En realidad, la mejor manera de recorrer aquellos lugares era a lomos de un caballo, porque había zonas muy estrechas que no podían ser atravesadas en coche:

Al principio, él creyó que Justina le acompañaría, pero ella había logrado evitarlo con diversas excusas: desde la débil salud de su tía hasta sus propias condiciones físicas; pero se daba cuenta de que si bien Andrew aceptaba sus pretextos, la expresión de sus ojos revelaban duda.

No se había vuelto a mencionar el asunto de si dormían o no juntos y Justina se sintió aliviada, aunque todavía estaba preocupada. Él no era un hombre con quien se pudiera estar tranquila en ese sentido, al menos eso le parecía a ella por lo poco que le conocía. Y este juego del ratón y el gato le destrozaban los nervios.

Él ya sabía casi todo acerca de su pasado, y a veces ella se preguntaba si esta nueva identidad no retrasaría quizá su proceso de recuperación. A menudo se daba cuenta de la sangre fría con la que se había adueñado de la vida de aquel hombre. No se había parado a pensar en las consecuencias de su arriesgada decisión y había decidido que llegado el día, se enfrentaría a ellas. Hasta ahora nadie había intentado identificarle, y ella se empeñaba en convencerse a sí misma de que debía ser esa clase de hombres solitarios e independientes que nunca se unen a nadie. Las circunstancias eran ideales para sus propósitos y podría haberse sentido casi contenta con el curso de los acontecimientos, a no ser porque no sabía claramente cuál sería el desenlace de aquella historia.

No le gustaba tener que mentirle a su tía, por supuesto, pero tal vez ella la hubiera perdonado si hubiera sabido que lo hacía por aliviarla de la enfermedad que la aquejaba. No importaba cuál fuese el resultado, pero saber que su sobrina era viuda, hubiese sido una impresión demasiado fuerte para la anciana. Justina se puso de pie de un salto cuando Juana entró en el pequeño estudio donde ella estaba revisando las cuentas de su tía. La anciana tenía la costumbre de recorrer en silencio el castelo y Justina la trababa casi como su propia tía.

— Hay una joven que pregunta por usted, señora —le anunció con amabilidad.

Justina la miró inquisitiva. -¿Una joven? ¿Quién?

—Una tal señorita García, señora. Dice que es una antigua amiga suya.

— Señorita García... ¡Amalia García! —exclamó Justina asombrada. En efecto era una compañera de escuela, pero hacía años que se había marchado con su familia a los Estados Unidos y habían perdido el contacto.
—Creo que ése es su nombre, señora —dijo Juana— ¿Quiere usted que la acompañe hasta aquí?
Justina negó con la cabeza.
—No, desde luego que no, Juana. Yo iré.
Amalia García la esperaba en el vestíbulo del castelo. Estaba mirando a su alrededor distraída, de manera que Justina pudo observarla mientras se aproximaba a ella. Amalia se había convertido en una hermosa joven: tenía un hermoso pelo negro y llevaba un vestido ajustado de lino rosa que acentuaba su delgada figura. No era tan alta como Justina, pero sí muy elegante; cuando se volvió para mirar a su amiga, una sonrisa cálida le cruzó el rostro.
Justina corrió hacia ella con una exclamación de alegría.
— ¡Amalia, eres tú! Cielos, ¿qué haces por aquí?
Amalia le devolvió el saludo con menos entusiasmo, separándose de inmediato de ella.
—¿Es que no debería estar aquí? —le preguntó bromeando.
Justina movió la cabeza y suspiró.
—Es una sorpresa tan inesperada... Creí que estabas en Estados Unidos.
-Estaba, querida, vivo allí. Pero mi padre tenía que hacer un viaje a Río, y yo decidí acompañarle hasta el sur y pasar unos días con mi tía —Justina recordó que la madre de Amalia tenía una hermana que vivía en el valle.
—Comprendo—asintió Justina.
—Mi tía Isabel me dijo que estabas aquí, y no podía perder la oportunidad de verte.
Justina volvió a asentir.
— Ven por favor, tenemos mucho de que hablar —dijo mirando a su alrededor, Juana las esperaba. Se mordió los labios impaciente y dijo:
—¿Por favor, Juana, podría decirle a Benita que nos prepare café?
Juana enderezó los hombros muy orgullosa y por un momento Justina pensó que se iba a negar, pero luego se alejó en dirección a la cocina sin decir nada.
—¿Quién es? -le preguntó Amalia-. Da un poco de miedo, ¿verdad?
—¿Juana? ¿Te da miedo? No es para tanto, sólo tiene un pequeño defecto y es que, de vez en cuando, trata de... de espiar —dijo acompañando a Amalia hasta un sofá-. Dejemos eso, háblame de ti. ¿Qué has hecho en los Estados Unidos? ¿Te has casado?
— No, querida. Pero tú sí, según me dijeron. Justina se sonrojó.
—Pues sí.
—No me pareces muy entusiasmada -Amalia arqueó las cejas.
—No es cierto -contestó en el acto-. Cuéntame cosas de ti, tengo mucha curiosidad por saber qué tal te ha ido.
Amalia hizo un mohín con los labios.
—Bueno -repuso indiferente—. Vivimos en California, disfrutamos de un clima maravilloso y podemos ir a nadar durante todo el año. Pero yo soy de Montera verde y prefiero el valle.

Justina sonrió.
— ¡Yo también! —asintió entusiasmada.
—Añoro este lugar, pero me aburriría aquí, lo sé. Al menos en los Estados Unidos uno siempre tiene algo que hacer para entretenerse. Fiestas, comidas en la playa, cine, teatro, espectáculos. Me he convertido en una experta en arte moderno.
Justina la escuchó con interés, pero sin envidia. Aquél era el tipo de vida que apasionaba a Andrew, siempre ansioso por encontrar nuevos estímulos para sus insaciables necesidades. Amalia debería haberse casado con Andrew. Tal vez hubiese sido más feliz con él que ella.
—¿Y tú? -le preguntó Amalia-. Mi tía dice que tu esposo está aquí, en el castelo. ¿Le conoceré? Estoy segura de que a ti la vida te ha sonreído más que a mí.
Justina se clavó las uñas en las palmas de las manos. No estaba preparada para enfrentarse a esta situación. Amalia vivía en los Estados Unidos y era posible que hubiese oído hablar de Andrew Douglas o que hubiese visto fotos suyas. Trató de calmarse. Era posible, era verdad, pero improbable. En primer lugar, Andrew no había sido un hombre de fama internacional y sus carreras se limitaban a los circuitos europeos. Además, los pilotos-de carreras no salen a menudo en los periódicos, a menos que ganen muchos premios y Andrew no los había ganado a menudo. Se estaba preocupando innecesariamente y trató de sonreír.
— ¡Por supuesto que conocerás a Andrew! Tal vez no hoy, pero alguna otra vez. Ha salido.
Amalia parecía defraudada.
— ¡Oh, qué pena! Pero no importa. Seguro que ahora que estoy aquí habrá muchas oportunidades. Nos volveremos a ver.
— Sí —dijo Justina vacilante, pero se salvó con la llegada de Benita que traía café y bizcochos. Juana no había vuelto a aparecer, pero Justina tenía la impresión de que no debía estar muy lejos.
Después del café, Amalia le preguntó por su tía. Conocía poco a Renata de la Roca, y había oído hablar de lo grave que estaba.
—¿Y cuánto tiempo piensa quedarse tu esposo? —le preguntó cogiendo otro bizcocho.
Justina tembló.
—No lo sé. Algún tiempo, creo. El doctor Ramírez no tiene esperanzas en la recuperación de tía Renata y yo no podría marcharme mientras siga así.
—Comprendo —asintió Amalia—. ¿Y tu esposo no tiene ninguna obligación en Europa?
Justina se sonrojó.
—Pues... él no tiene un trabajo estable, ¿comprendes? Su padre... le dejó en una situación económica muy desahogada... —Justina sintió que los nervios la atenazaban.¡Si su tía hubiera sabido lo falso de aquella afirmación!
—Comprendo —dijo Amalia muy interesada—. Es una suerte... quiero decir que tu esposo no tenga que volver a Inglaterra, porque sin duda tú querrías ir con él. ¿Es inglés, verdad? Mi tía me lo dijo.
-Sí —contestó Justina, su voz era apenas audible. Al mirar hacia abajo vio el reloj en su muñeca. Eran casi las doce, la hora de comer.

¿Vendría Andrew a comer? Su corazón comenzó a palpitar aceleradamente. Lo último que deseaba era presentarle a Amalia... ¡Qué locura haber imaginado que podían permanecer allí aislados, sin ver a nadie! ¡Qué error el suyo!
—¿Te quedarás a comer, Amalia? —preguntó sonriente, más por educación que porque lo deseara realmente.
Amalia miró su pequeño reloj pulsera.
— ¡Dios mío! ¿Es ésa hora? —exclamó poniéndose de pie—. No gracias, querida, no puedo. Mi tía me espera. Tenemos invitados para la comida y prometí que regresaría dentro de una hora.
Justina se sintió aliviada. Le dijo que lo lamentaba y se dirigió hacia la puerta del vestíbulo con su amiga. -Debes volver a verme otra día, Amalia.
— Por supuesto, querida. Mejor sería que tú fueras antes a visitar-nos. Mañana tenemos invitados a comer. Amigos de mi tía, quizá les conozcas. Podría ir tu esposo contigo.
Justina abrió la boca para poner alguna excusa, cuando advirtió que la puerta de la calle se abría y se oyó el alboroto de voces masculinas. Amalia miró a Justina con una sonrisa sarcástica y en seguida se oyeron los pasos de botas pesadas. El hombre se detuvo en la entrada del vestíbulo mirando a Justina y luego a Amalia.
Los pantalones de montar, las botas, y e! grueso jersey que llevaba hacían resaltar su atractivo. Justina sintió un malestar inexplicable cuando observó la intensa mirada que él dirigía a la muchacha.
— ¡ Oh, hola, Andrew! — dijo Justina en inglés—. Es una suerte que hayas llegado a tiempo para conocer a una antigua amiga.
—¿Tuya o mía? —preguntó él burlón y Amalia se rió con ganas.
— Mía, desde luego —exclamó Justina mirándole airada, pero él la ignoró—. Amalia, éste es Andrew Douglas, mi... esposo.
Amalia y él se estrecharon la mano. Su amiga le miraba con ojos seductores.
— ¡Hola, Andrew!
—Hola, Amalia -dijo Andrew reteniéndole la mano más de lo necesario-. No hubiese salido si hubiera sabido que teníamos una invitada tan encantadora.
Justina apretó los labios:
—No sabía que Amalia iba a venir. Hace cuatro años que no nos veíamos.
—¿ Ah, sí? -preguntó Andrew, con una naturalidad que molestó a Justina, mientras iba en busca de una cajetilla que estaba sobre una de las mesas. Luego, encendió un cigarrillo y continuó:
—¿No vives en Montera verde, Amalia?
-No -negó con la cabeza-. Hace tiempo que mi familia se trasladó a ¡os Estados Unidos.
—Comprendo -él sonrió a través de la nube de humo-. ¿De que parte de Estados Unidos vienes? Conozco muy bien la costa oeste.
Justina le miró asombrada, pero Amalia no advirtió nada extraño.
—¿Ah, sí? ¡Qué interesante! Vivimos cerca de Santa Bárbara.
—¡Santa Bárbara! Pasé algún tiempo en Los Ángeles.
—¿Sí? —le preguntó Amalia fascinada, pero Justina comenzaba a sentirse mal.

— Amalia... ya se iba —le dijo a su esposo, pero su amiga la interrumpió. ..
— En efecto, trataba de convencer a Justina de que aceptara venir a cenar con nosotros mañana por la noche. Seguramente, mi tía estará encantada de veros.
Andrew miró a Justina.
— Me parece muy bien, supongo que habrás aceptado, mi amor... Justina le miró desconcertada.
—No sé si debería dejar sola a tía Renata...
—La enfermera Gómez se ocupará de ella -respondió Andrew complaciente-. Y además, desde que llegamos, no has salido.
Justina no pudo encontrar ninguna otra excusa y se sintió obligada a sonreír.
—Amalia... iremos, encantados.
— ¡Maravilloso! —exclamó su amiga entusiasmada—. ¿A las ocho, entonces?
—De acuerdo —Andrew asintió y Amalia se dirigió a la puerta. Justina tenía la impresión de que si hubiera vuelto a invitarla a comer con ellos, hubiera aceptado. Sin duda, desde que había conocido a su esposo la actitud de Amalia había cambiado. Justina se preguntaba por qué aquello la irritaba tanto.
Amalia había llegado al castelo en un Land-Rover, el medio de transporte más usual en aquella zona, y su chofer, un joven oriundo de Montera verde, la esperaba al volante. Saludó con la mano y Justina cerró la puerta, deseando no tener que volver al vestíbulo para encontrarse con su esposo. Pero no había otra alternativa.
Andrew no estaba solo. Juana estaba con él, sentada junto a la ventana, cosiendo. Justina quería hablar con Andrew a solas y la presencia de la anciana la molestó. Quería preguntarle cómo era que podía recordar haber realizado un viaje a Estados Unidos, de una manera que no le hiciese sospechar.
Cuando entró en el vestíbulo, Andrew levantó la mirada con expresión insolente.
— ¡Qué sorpresa tan agradable! —comentó burlón—. Me alegro de haber venido temprano y poder conocer a nuestra inesperada visitante.
Justina no respondió y él prosiguió: —Justina, ¿hace mucho que conoces a Amalia? Ella siguió mirando por la ventana tratando de controlar su impaciencia. ¿Qué había en aquel hombre que tanto la enfurecía?
—Fuimos juntas a la escuela -repuso por fin.
—¿Sí? —se le acercó—. Pensé que tenía más o menos tu edad. ¿Es casada?
Justina miró la cara impasible de Juana y luego, preocupada, observó el rostro del hombre que estaba a su lado.
—¿Tiene alguna importancia?
Él miró a Juana y sonrió:
—No seas así, Justina —contestó en voz alta para que Juana lo oyera —. Era sólo curiosidad. No tienes ninguna razón para estar celosa, mi amor.
—No estoy celosa —Juana la miró sorprendida—. Discúlpame debo ir

a lavarme las manos antes de comer.
— Por supuesto —él hizo una inclinación amable con la cabeza.
Ella se sentía impotente frente a sus deliberadas provocaciones y deseó con todo su corazón no haber empezado aquella representación. Ahora, la presencia de Amalia complicaría aún más las cosas.
Al día siguiente, el doctor Ramírez vino a ver a Renata. La anciana se sometió impaciente al examen del médico y luego, mirando a Justina dijo:
— Antonio, ¿conoce usted al esposo de mi sobrina?
—Desde luego —dijo Ramírez guardando su estetoscopio en el maletín —. Usted me lo preguntó también la última vez que estuve aquí.
Renata manifestó preocupación:
—¿Lo hice? ¿De verdad? Debe usted perdonar la distracción de una anciana. ¿Qué piensa de él?
— ¡Por favor, tía Renata! —le rogó Justina.
— ¡ No te metas en esto jovencita, quiero saber qué piensa el doctor sobre el esposo de mi sobrina!
Ramírez sonrió a Justina, tranquilizándola. —Me gusta. ¿Y a usted?
— Yo soy la que pregunta, joven, pero voy a contestarle. Sí, me gusta. No sé por qué Justina tiene tantos problemas con él.
—¿Problemas? —preguntó el doctor con el ceño fruncido.
— ¡ Oh, por favor, tía Renata! -exclamó de nuevo Justina. -¡Calla! Sí, problemas, Antonio. Si no hubiese sido así, ya deberían haber tenido varios hijos. No lo comprendo. Creí que a Justina le habría gustado la idea.
Ramírez se puso serio.
—Ése no es problema nuestro, señora —murmuró discretamente para alivio de Justina.
— Sí es problema mío. Quiero que Justina tenga un matrimonio como Dios manda. Deseo verla con un hijo, antes de morir.
— ¡Tía Renata! —gritó la joven horrorizada, mientras el doctor Ramírez caminaba, en silencio, hacia la puerta.
—¿Qué ocurre? ¿Te da vergüenza que hable de ello? ¡Vosotros, los jóvenes! Habláis con la mayor arrogancia de la libertad y luego a la hora de la verdad... ¡Bah, bah!
La enfermera se acercó a la anciana.
— No debe excitarse, señora.
— No estoy excitada —respondió Renata muy enfadada—. ¡Oh, váyanse y déjenme en paz! Todos. Estoy cansada, quiero dormir.
En el pasillo, Justina, desconsolada, miró al médico. —¿Cómo la encuentra, doctor?
— No lo sé... Hay momentos en que pienso que está débil; otros, como hoy, pienso que no es así. Es como si su cuerpo estuviera débil, pero su carácter fuera tan fuerte como siempre. No se preocupe por lo que dice, Justina. Sólo desea su felicidad.
— ¡ Felicidad! — murmuró amargamente.
—¿Qué ocurre? —preguntó el médico preocupado, pero Justina recuperó de inmediato la calma.
— Pues... nada. Sólo un poco de tensión. —¿Está segura? —le preguntó escéptico. —¿Qué otra cosa podría ocurrir? —Ese hombre... su esposo... ¿está bien?

— Bien... supongo. No ha recordado nada todavía, por supuesto. -¿Nada?
Justina vaciló:
— ¡Ah, me olvidaba! Quería preguntarle algo. Ramírez la miró, expectante.
—Dígame.
— No es importante -Justina se sonrojó-. Quería preguntarle si es posible que recuerde lugares que ha visitado.
—¿Lugares? Sí... supongo que sí. ¿Por qué? ¿Ha recordado algún lugar? ¿Quiere que hable con él?
— ¡Oh, no! —repuso de inmediato—. No quisiera que abrigara esperanzas en vano.
—Comprendo. ¿Usted cree que ha recordado algo? Justina tragó saliva.
— Acaba de decir algo que me ha sorprendido un poco. -Comprendo -Ramírez se acercó a la escalera-. Le sugiero que le observe y si sospecha que haya podido recordar algo, cualquier cosa, hágamelo saber.
— Sí, desde luego, doctor —asintió Justina y le sonrió.
Apenas la puerta se cerró detrás del doctor Ramírez, Justina se preguntó si él mismo habría advertido su mención de California. Y si era así, ¿sería un síntoma de que estaba recuperando la memoria?
Maldijo la posibilidad de que fuese cierto. Debía hablar con Luis para que le ofreciera dinero a aquel hombre, a fin de que olvidara todo lo ocurrido. Ahora que comenzaba a conocer a quien ella llamaba Andrew, no estaba segura de que quisiera aceptar dinero a cambio de su silencio. Él sería capaz de pedir una recompensa mucho mayor de lo que ella imaginaba. De pronto, todo le pareció espantoso y corrió a su habitación llorando. No bajó a comer y cuando Juana vino a preguntarle si quería algo, fingió no oiría. No quería que la anciana la viese en aquel estado. Por la tarde, comprendió que debía hacer un esfuerzo por abandonar la habitación, de manera que salió del castelo por la puerta de atrás, en dirección de los establos.
Antón le ensilló un caballo y él montó en otro para acompañarla.
— Prefiero estar sola — le pidió. Antón dudó:
— No es correcto que la señora salga sola - insistió.
— ¡Muy bien! —Justina no tenía fuerzas para discutir, y dejó que Antón la siguiera.
El sol estaba ocultándose tras las montañas, aunque todavía hacía calor y el aire llevaba el perfume del aroma de las flores silvestres. Los pájaros cantaban en los árboles y se levantaban en bandadas de las Jacarandas y los pinos, volando sobre la superficie del río que corría por el valle.
Anduvieron un rato antes de volver a casa y ella permitió que su caballo galopara por el borde del río, comenzando su ascensión al castelo. El sol ya se había ocultado casi totalmente y hacía fresco. Cuando llegaron a las puertas del castelo, una figura inmóvil e inconfundible les esperaba al final del camino. Su camisa blanca abierta resaltaba el color oscuro de la piel bronceada. Justina al verle sintió que se le ponían los nervios de punta.
Apenas llegaron, él cogió las riendas del caballo de Justina y

preocupado, levantó la vista hacia ella:
—¿En dónde has estado?
—Cabalgando.
— Eso ya lo sé. Te estoy preguntando en dónde.
— En ningún lugar en particular. ¿Por qué?
— Estaba preocupado por ti. Juana dijo que no habías querido comer.
— No tenía hambre —contestó rápidamente—. ¿Puedo irme ahora?
— Espera un momento —le hizo un gestó a Antón para que les dejara solos—. ¿Qué te ocurre Justina?
Ella suspiró:
— Por favor, te ruego que dejes las riendas y me permitas desmontar. Es tarde y tengo que bañarme y cambiarme de ropa.
— Sí. ¿Es por el compromiso que tenemos esta noche? ¿Es eso lo que te preocupa?
— ¡Desde luego que no! Y por favor, no me hagas más preguntas. Él se encogió de hombros y retrocedió, soltando al animal. Ella avanzó hacia el patio. Iba a entrar en el castelo cuando él se le acercó por detrás y la cogió por la cintura.
— Algo más —y cuando ella se volvió, la miró a los ojos y notó que los tenía hinchados-. Bueno, ¿me quieres explicar lo que te pasa?
Justina le miró furiosa. Como siempre, estaba en desventaja respecto a él. ¿Por qué? ¿Por qué aquel hombre lograba desconcertarla siempre?
—¿Es que no puedes dejarme en paz? —gritó enfadada tratando de liberar su muñeca sin éxito—. Te dije ya que no quiero que me toquen.
— ¡ Lo sé! Pero alguna vez tus deseos deberán someterse a los de tu esposo,¿verdad?
—¿Qué quieres decir?
—Quiero decir que deseo saber por qué has estado llorando. —Eso no te importa -contestó ella con aspereza. —Todo lo que te ocurra a ti es problema mío. Tú lo quisiste así cuando me sacaste del hospital de la misión. Justina le miró: —¿Qué... quieres decir?
—¿Qué crees que quiero decir? —le preguntó él mirándola fijamente.
—No lo sé —tartamudeó.
—¿No lo sabes? Sólo que si soy tu esposo, tengo ciertos derechos.
Ella le miró asustada.
—No me pasa nada, déjame ir.
Él la seguía mirando muy serio y ella se estremeció, sintió un escalofrío por todo el cuerpo.
—Está bien, vete —dijo él soltándole la muñeca.
Justina vaciló un momento. Su repentina indiferencia la asustó tanto como sus extrañas palabras. ¿Acaso él comenzaba a sospechar? ¿Quizá su actitud estaba provocando su curiosidad?
Debía tener más cuidado, ser más amable con él. Pero su relación con Andrew, con el verdadero Andrew, no la había preparado para mantener unas relaciones normales con otro hombre.
Justina se volvió y caminó hacia el castelo, para luego correr escalera arriba.
Al llegar a su habitación se dio una ducha con agua tibia, y eso la relajó. Se sentía muy inquieta por ese sentimiento nuevo e

inexplicable que la había invadido de pronto. Había algo en aquel hombre que ejercía sobre ella una incomprensible y peligrosa atracción.

Sería una tonta si se dejaba conmover por un hombre que seguramente empezaría a tratarla tan mal como lo había hecho Andrew en cuanto ella le diese la primera oportunidad.

Había tenido una experiencia tan desagradable en su matrimonio que, aunque sabía que sus relaciones con su marido la habían marcado negativamente, no podía evitar creer que si ahora se enamoraba de aquel hombre, la historia se repetiría.

Capítulo 7

Los tíos de Amalia García vivían en una gran hacienda en el otro extremo del valle. Eran granjeros y, aunque su tío ya se había retirado, su hijo continuaba ocupándose de la propiedad familiar. Habían tenido sólo un hijo, y como ya estaba casado, se alegraban de tener a Amalia de nuevo con ellos como si fuese su propia hija.

Justina y el hombre al que ella llamaba Andrew atravesaron el valle bajo la luz de la luna. Al parecer, el tiempo amenazaba con cambiar, ya habían caído las primeras gotas de lluvia sobre el parabrisas del Land-Rover. Andrew conducía y Justina pensó que ella hubiese hecho el ridículo si al final aquel hombre no hubiese sabido conducir, cuando ella había jurado que era piloto de carreras.

Se había arreglado con cuidado, tratando de hacer desaparecer las huellas de las lágrimas y estaba segura de que su elegante vestido podría disimular un poco su agotamiento.

Su tía se puso muy contenta cuando supo que iban a salir juntos a cenar, como si en ello hubiera advertido la prueba inequívoca de una reconciliación de la cual había dudado hasta ahora. No hubiera estado tan contenta si hubiese sabido que aquel viaje se realizaba en el más completo silencio. Había un ambiente de hostilidad entre ellos y Justina no sabía cómo hacerlo desaparecer.

Cuando llegaron a la casa, los otros huéspedes ya habían llegado.

Amalia les recibió. Estaba muy hermosa, con un traje de chiffon azul que se amoldaba perfectamente a las suaves líneas de su figura.

— ¡Justina, querida! —exclamó con voz melodiosa, hablando en inglés por deferencia hacia Andrew-. ¡Y tú esposo! -exclamó con ojos encendidos—. Entrad, estábamos esperándoos. Os presentaré a todos y luego podremos empezar a cenar. Estaréis muertos de hambre, supongo.

Además de ellos y los tíos de Amalia, había otros invitados. Justina conocía a los Nobres, que eran parientes de Amalia, pero no a los demás.

Entre los invitados había una pareja de mediana edad cuyo apellido era Hernández, y un joven amigo de Amalia, que se presentó como Vasco Domingos. Sin duda, le habían invitado para completar el número de comensales, y como empezó a hablar con Justina, Amalia pudo dedicarse a Andrew.

Justina estaba desconcertada por las atenciones del joven, pero no queriendo ofender a Amalia, respondía a ellas con amabilidad. Sin embargo, a medida que la noche avanzaba, comenzó a preguntarse si todo aquello no había sido planeado de antemano. Hacía mucho tiempo que no trataba a Amalia, había cambiado, desde luego, pero Justina estaba segura de que Andrew la fascinaba.

Pero, ¿qué pretendía Amalia comportándose así con él, coqueteando e insinuándose?, se preguntaba impaciente. Él no significaba nada para ella. Además él parecía seguirle el juego..., a lo mejor pretendía

molestarla con su actitud, quizá ponerla celosa... pues eso sí que no iba a conseguirlo... Sin embargo, Justina le prestó más atención a Vasco Domingos de lo que él hubiese esperado.
Durante la cena, estuvo sentada entre su anfitrión y Vasco, mientras que Andrew estaba en frente de ella, entre la tía de Amalia y la propia Amalia. La conversación se desarrolló en inglés, pero cuando, a veces, derivaba hacia el portugués, Amalia se complacía explicándole el significado de las palabras a su acompañante.
Mientras conversaban, Justina se enteró de que Vasco vivía en Queranova. Su padre era director de un banco y Vasco acababa de salir de la universidad. Queranova estaba en la costa, y cuando él mencionó que era muy aficionado al submarinismo, Justina empezó a sentirse atraída por la conversación. Su vida con Andrew había transcurrido en las ciudades más importantes de Europa y su idea de la diversión nunca se asociaba al deporte.
—Tengo entendido que hay muchos barcos españoles en el fondo del mar —dijo Vasco entusiasmado—.. Mi sueño es descubrir uno lleno de diamantes, plata y joyas... Sería un hombre rico.
— Supongo que esos tesoros se deben declarar —comentó Justina.
— Sí, pero el valor de esos objetos es cada vez más alto. Cuando se descubre algún naufragio, primero se averigua a quién pertenece, luego se negocia un precio entre el gobierno y el equipo que lo ha descubierto.
—Es fascinante—sonrió Justina.
—Lo es. Además, buceares maravilloso. ¡No sabes la belleza que hay bajo nuestras aguas!
— Supongo que no estás tratando de persuadir a Justina de que te acompañe en alguna de tus aventuras submarinas, Vasco —les interrumpió la voz de Amalia—. No me la imagino con un traje de goma y botellas de oxígeno.
—¿Por qué no? —le preguntó desafiante Justina.
Amalia arqueó las cejas mirando al hombre que tenía a su lado..
— No creo que sea tu estilo, querida. No tienes un aspecto muy deportivo que digamos —continuó Amalia.
—Tal vez mi esposa tenga otro tipo de cualidades —añadió Andrew bromeando—. De todos modos, estoy de acuerdo con Amalia, no te imagino haciendo submarinismo.
— Creo que me menosprecias —dijo Justina, después se volvió hacia Vasco—. ¿Has buceado alguna vez en los lagos del valle?
Vasco negó con la cabeza.
— No, el lago es demasiado profundo y frío. Prefiero las aguas cálidas. La última vez lo hice en el Caribe, al norte de las Bahamas y fue maravilloso.
—¿Y crees que quedan barcos llenos de tesoros? —le preguntó Andrew ignorando los esfuerzos de Amalia por atraer de nuevo su atención.
— Sin duda —replicó Vasco de inmediato—. Hay muchos barcos que no han sido descubiertos todavía y yacen semienterrados en el fondo, y la mayoría de ellos tienen algún tesoro. Debes recordar que los conquistadores españoles trasladaban a la península en ellos todas las cosas valiosas que encontraban en cada zona conquistada: oro, plata,

monedas, joyas.
— Supongo que gran parte de lo que traían se habrá estropeado por el agua —comentó Andrew pensativo—. Libros., documentos y cosas así.
— Por supuesto. Y también la ropa. Las mujeres españolas usaban vestidos con incrustaciones de pedrerías, oro y plata, por los cuales cualquier museo pagaría una fortuna.
— Desde luego, todo esto es muy interesante. Sin embargo, pienso como Amalia que las aventuras de este tipo no son para Justina —concluyó Andrew mirándola.
—No he dicho que lo fueran, pero me gustaría aprender a bucear —respondió Justina con los ojos fijos en Vasco—. Tal vez puedas enseñarme.
— Si tú quieres, lo haré —le respondió Andrew, antes de que el joven pudiera contestarla.
Justina le miró atónita, y le preguntó:
—¿Tú sabes... bucear?
Los ojos de Amalia se abrieron desmesuradamente:
—¿Y tú que eres su esposa no lo sabías, querida?
— No, no lo sabía —repuso Justina nerviosa, mirando a Andrew que estaba sentado frente a ella, indiferente a su turbación.
—¿Por qué debería saberlo? —comentó él—. Nunca ha surgido la ocasión de comentarlo hasta hoy.
Justina miró su plato. El poco apetito que tenía había desaparecido de pronto. Apartó el plato y cogió su copa de vino con dedos temblorosos. ¿Qué quería decir con que sabía bucear? ¿Habría recordado algo? ¿Estaba recuperando la memoria poco a poco?
Cuando terminaron de cenar, todos se reunieron en la sala para tomar el café. Amalia puso unos discos y Justina se encontró junto a la señora Nobre; ésta empezó a interesarse por la salud de su tía, a Justina sus preguntas le proporcionaron un gran alivio porque le daban la oportunidad de huir del caos de sus pensamientos.
Andrew hablaba con el señor Hernández, pero de vez en cuando, Justina advertía que sus ojos se clavaban en ella, y no podía evitar sentirse inquieta por ello.
Amalia abrió las ventanas que daban al pequeño patio y les animó a bailar. Se aferró al brazo de Vasco y ambos empezaron a moverse al compás de la música. A Justina le gustaba mucho oír música y bailar, pero ahora, le resultaba muy agradable quedarse sentada tranquilamente dejándose acariciar por la brisa de la noche, bebiendo una copa.
—¿Se quedará mucho tiempo con su tía? —le preguntó la señora Nobre y Justina trató de concentrarse en lo que le decía.
— No lo sé —le respondió, incapaz de coordinar sus pensamientos—-Hasta que mi tía mejore, supongo.
La señora Nobre asintió:
— Habrá sido una verdadera sorpresa para usted ver de nuevo a Amalia el otro día.
Justina sonrió.
—En efecto, después de tanto tiempo...
— Sí —dijo la señora Nobre mirando al patio donde su sobrina estaba intentando enseñar a Vasco uno de los pasos del baile—. Estoy

contenta de verla feliz otra vez, después de los malos momentos que ha pasado últimamente.
—¿Oh, sí? —le preguntó Justina llena de curiosidad—. No me dijo nada.
—No, jamás lo haría —la señora Nobre suspiró—. La culpa la tuvo aquel hombre, y Amalia se enamoró locamente de él. Si la conociera más, sabría hasta qué punto se entrega a lo que hace, y eso fue lo que pasó con ese hombre. Por desgracia, él estaba casado, tenía familia y Amalia no lo sabía. Ella esperaba casarse con él. ¿Y qué ocurrió? —exclamó la señora Nobre haciendo un ademán de resignación con la mano—. Se cansó de Amalia y volvió con su esposa.
— ¡ Vaya! —exclamó Justina—. Lo siento.
— Fue horrible — la señora Nobre jugaba con su collar de perlas —. Amalia es una muchacha encantadora y buena. Nunca se le ocurrió pensar que aquel hombre la estaba engañando.
—¿Era americano?
—Creo que sí, pero eso es lo de menos. ¡Pobre Amalia! ¡Qué experiencia tan terrible!
— Sí —dijo Justina mirando hacia el patio. Amalia había abandonado sus intentos de enseñar a bailar a Vasco y se había unido a Andrew y al señor Hernández.
Justina suspiró. Amalia no parecía desgraciada en aquel momento o al menos, lo disimulaba muy bien.
— Es muy agradable haber encontrado a un hombre que la quiera a una y poder vivir con él toda la vida —le comentó la señora Nobre —. Supongo que Amalia la envidia a usted.
Justina sonrió. Respecto a su relación con aquel hombre cuanto menos se hablara mejor. Para su alivio, el señor Nobre se les acercó y comenzó a preguntarle por su tía Renata.
Estaba muy contenta cuando llegó el momento de marcharse. Vasco se había pasado un cuarto de hora tratando de persuadirla para que saliera con él algún día a dar un paseo a caballo y, aunque sugirió que podían ir los cuatro, es decir, también su esposo y Amalia. Justina no quiso aceptar.
Cuando las luces de la casa de los Nobres quedaron atrás, Justina le preguntó:
—¿Por qué dijiste que sabías bucear?
Andrew no apartó los ojos del camino.
—¿Por qué no habría de hacerlo?
—Porque no sabes —dijo Justina con voz tensa.
—¿No? —la miró y ella se alegró de la turbación que habían provocado en él sus palabras.
— No. ¿Es que creías que sabías?
Él suspiró.
—No.
—¿Entonces por qué lo dijiste?
— Porque no permitiré que un joven y atractivo español enseñe a mi esposa a hacer nada.
Justina esperaba cualquier cosa, pero no aquella contestación y le miró atónita.
—¿Qué has dicho?

— Ya me has oído. Puede que haya perdido la memoria, pero no soy tonto.
Justina estaba asombrada.
—¿Cómo puedes reprocharme nada a mí después de cómo te has portado esta noche? -le espetó ella.
Luego se mordió los labios furiosa. No habría querido decir eso. Ya lo había hecho y no podía retroceder.
Estaba empezando a reaccionar como si aquel hombre fuese su marido, aunque él lo creyese y a ella le interesase mantenerle en aquel error, se estaba traicionando a sí misma, porque a veces se olvidaba de que no tenía ningún derecho sobre él.
—¿Así que estás celosa? —le preguntó él con tono burlón.
— No lo estoy. Pero no voy a permitir que controles todo lo que hago.
—Tengo derecho a hacerlo —la contradijo con frialdad—. Eres mi esposa, debes recordarlo.
Justina estaba sorprendida, sus comentarios más que tranquilizarle parecían indignarle más aún.
—No recuerdo que nunca lo hayas sentido con tanta fuerza —murmuró trémula.
El apretó el volante entre sus dedos.
—¿No? Entonces, creo que nuestro matrimonio no era lo que debía ser ya antes del accidente.
—¿Qué quieres decir? —le preguntó atemorizada.
—Está claro, ¿verdad? No estamos enamorados el uno del otro.
— Ya te lo expliqué —Justina escondió el rostro entre las manos.
— ¡No, no lo has hecho! Al menos, no satisfactoriamente —dijo bruscamente—. No supondrás que tengo que creerme todo lo que cuentas sin hacer preguntas siquiera. Después de todo, sólo conozco una de las partes de la historia.
— Hablas como si nuestro comportamiento no fuera como el de otras parejas. Puede que no lo hayas advertido, pero el matrimonio ideal no es algo muy corriente en el mundo actual —dijo notando que la conversación se volvía cada vez más peligrosa.
—¿Me estás diciendo que el nuestro no es un matrimonio ideal?
Justina se sonrojó.
—¿No podemos dejar esta conversación ridícula?
— Creo que tengo derecho a saberlo.
— Por favor, estoy cansada. No quiero hablar ahora.
— Quizá sea lo mejor enfrentarnos con la verdad —señaló él con sequedad.
—¿Qué quieres decir? —le preguntó atemorizada.
— Lo que acabas de oír. Si nuestras relaciones no eran satisfactorias, ¿por qué no vas a decírmelo ahora?
— ¡Comprendo! —inclinó la cabeza. Por un momento, creyó que el había recuperado la memoria y se asustó al oírle hablar de la verdad.
Reuniendo fuerzas prosiguió—: ¿Qué importa? En este momento, somos casi como extraños.
— Pero no es así, ¿verdad? Estamos casados. Además, tus explicaciones no son muy tranquilizadoras —entrecerró los ojos—. En particular, cuando me reprochas que muestro interés por otra mujer.

Le miró indignada.
— ¡Tu conducta me es absolutamente indiferente!
—¿Sí...? Entonces, ¿por qué te casaste conmigo? —le preguntó él, mientras giraba el volante del Land-Rover. Las ruedas crujieron y la lluvia, que momentos antes parecía amenazante, comenzó a caer torrencialmente golpeando con violencia el parabrisas del coche. De pronto, se levantó un viento frío que parecía surgir de la nada, para añadir un toque de mayor dramatismo a la situación. Justina hubiera deseado estar ya en su casa, en el castelo.
Pero no estaban en casa, sino a más de un kilómetro de distancia y él insistía en hacerle preguntas y más preguntas.
—¿Y bien? ¿Por qué lo hiciste? ¿Me amabas?
— Sí... por supuesto que te amaba —contestó muy nerviosa. —¿Por qué hablas en pasado? ¿Debo entender que ya no me quieres?
Justina hizo un gesto de resignación. Aquella era una situación insoportable.
—¿Cómo voy a saberlo? —gritó—. Ya te lo he dicho, somos como dos extraños.
—¿Y quién tiene la culpa?
— ¡Nadie! —exclamó desesperada—. Hasta que recuperes la memoria habrá un abismo insondable entre nosotros.
—¿Sí? ¿Por qué? —dijo él muy serio—. Estoy seguro de que la manera más natural de superar el abismo es comportándonos como cualquier matrimonio normal.
Justina respiró hondo:
— De acuerdo, de acuerdo. Nuestras relaciones eran normales hasta... mucho antes del accidente.
—Comprendo, ahora suena mejor. ¿Qué pasó? ¿Por qué cambiaron?
Justina se mordió los labios. Odiaba todo esto, verse obligada a discutir sus problemas personales con un extraño.
Su caso no era el mismo. Él creía estar escuchando el relato de su vida. Sólo ella sabía que no era así.
—¿Es necesario que revivamos todos nuestros viejos odios? —le preguntó desconsolada—. ¿No podemos dejar las cosas como están, al menos, hasta que todo esto adquiera algún significado para ti?
—Tiene significado para mí ahora.
—¿Qué quieres decir?
— Recuerdo haber tenido problemas. Recuerdo cómo era la vida de matrimonio. ¡Oh, sí, claro que significa algo para mí!
Justina estaba horrorizada. ¿Qué quería decir? ¿Estaba comenzando a recordar su propia vida o había acabado asumiendo la personalidad de Andrew? Podía tratarse de un fenómeno de autosugestión. Para una persona que estaba sufriendo una profunda amnesia, como él cuando vivía en el hospital, hallar de pronto un pasado, una vida a la que asirse, aunque no fuera la suya, debía haber supuesto una forma de salir de la oscuridad y la angustia que la pérdida de memoria debía provocar. Además el primer paso lo había dado ella al reconocerle como su marido, luego Luis, una persona respetable e importante de la que no cabía sospechar, había apoyado sus afirmaciones. A partir de ese momento aquel hombre se había esforzado por asumir su nueva identidad como si realmente fuera la suya. No podía saberlo, pero si

en realidad él estaba recordando, su propia situación se complicaba; quizá estuviera casado, en ese caso, ¿por qué su mujer aún no había aparecido? ¿O no sabía nada sobre el accidente que había tenido su esposo?
Ella estaba temblando cuando le preguntó:
—¿Qué recuerdas en realidad?
Él frunció el ceño preocupado.
— Muy poco, algunas discusiones. ¿Hubo otro hombre? Justina se puso rígida:
—¡No!
—¿No? -él movió la cabeza reflexionando-. ¿Otra mujer, tal vez?
Justina estaba indignada. ¿Y si sólo se estaba burlando de ella? Él no podía recordar su vida, porque no había formado parte de ella.
—No quiero hablar más sobre este asunto. Por favor, déjalo así -le suplicó la joven.
—¿Así que hubo otra mujer? -insistió él airado-. Me pregunto por qué. Tú, y tu frialdad... tú, inaccesible, sí, debe haber sido eso.
Justina le miró con los ojos llenos de ira.
—¿Cómo te atreves? — sin detenerse a pensar lo que iba a hacer, le dio una bofetada.
— ¡Estás loca! —gritó, pisando el freno y deteniendo el vehículo. La furia que se advertía en su rostro aterrorizó a Justina, que abrió la puerta y salió corriendo hacia la oscuridad, bajo la lluvia.
En pocos segundos se había empapado, perdió una sandalia y se cayó en el barro nada más salirse del camino. No sabía adonde se dirigía. Su intención era escapar, sólo escapar de él.
— ¡Mae Deus! —lloraba amargamente mientras corría sin ver siquiera dónde pisaba.
De pronto oyó que él la llamaba.
— ¡Justina, Justina, por Dios, no seas tonta! ¡Vuelve! ¿Qué crees que vas a lograr así?
Ella se detuvo, sin aliento, dándose cuenta de que en realidad, no sabía adonde iba ni lo que estaba haciendo. ¿Por qué huía? ¿De qué tenía miedo? ¿Qué podía hacerle él?
En el momento de pánico, no había pensado con sentido común, los nervios la habían traicionado. Arrodillada en la oscuridad, con el pelo suelto y empapado sobre los hombros, estaba expuesta a coger una pulmonía o algo peor, y ¿de qué serviría? En ese momento comprendió que estaba permitiendo que aquel extraño la trastornara de aquel modo. No debía importarle lo que él pensaba, ya que dentro de pocas semanas, a lo sumo, meses, él se marcharía y ella olvidaría para siempre aquel breve episodio.
Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se percató de que él había encontrado una linterna en el coche y que subía por la colina sin dificultad, buscándola. Si se ponía de pie para huir, él la descubriría, así que se quedó inmóvil, rogando a Dios que no la encontrase. En realidad, no sabía qué haría si él se daba por vencido y la dejaba allí. Tal vez, tendría que llegar al castelo andando, pero si lo intentaba se helaría de frío.
Comprendió además que él la encontraría enseguida, de modo que se puso de pie desafiante, para evitar que él la viera de rodillas y

llorando.
De inmediato, él la enfocó con la luz, advirtiendo cómo el vestido mojado moldeaba su figura y luego habló con voz grave.
—¿Qué estás haciendo ahí? ¡Por Dios, mujer, vas a caer enferma!
Justina tembló, tanto de miedo como por la humedad de su vestido, y él le dijo, sin tocarla:
— ¡Vamos! Vuelve al coche, antes de que haga algo de lo que nos tengamos que arrepentir los dos.
Justina vaciló un momento, luego tropezó con las raíces de un árbol. Él no trató de ayudarla. No era un caballero, pensó, era un hombre sin sentimientos, no conocía la ternura.. .como Andrew.
La joven caminaba con dificultad por el barro, mientras él parecía hacerlo con destreza. Le hubiera dado una inmensa alegría verle caer y llenarse de barro.
—¿Algún problema? —preguntó él con sorna.
Justina le miró enfadada.
¡Vete y déjame en paz! —gritó, a punto de echarse a llorar.
—Como quieras —respondió indiferente y se volvió para marcharse solo, pero ella entonces se asustó.
— ¡No! ¡No, por favor, dame la mano! —murmuró suplicante.
El la iluminó con la pálida luz de la linterna y le ofreció una mano. Ella saltó sin dificultad sobre el barro. El viento le agitaba los cabellos que le tapaban la cara, se los apartó mientras le seguía hacia el coche.
No hablaron durante el viaje, Justina temía llegar y que Juana viera el estado en que estaba.
Cuando llegaron a la puerta del castelo él dijo:
—Quédate aquí, te traeré un abrigo. Te lo pones y subes a tu habitación y cuando te hayas bañado y vestido, baja. Le diré a Benita que caliente un poco de agua y te prepararé algo de beber.
Justina hubiera querido negarse, no deseaba aceptar su ayuda, pero comprendió que su postura hubiera sido ridícula y asintió. Era más temprano de lo que habían pensado y Juana todavía estaba levantada, de manera que los esfuerzos de Justina por pasar desapercibida fueron en vano. Él ruido había atraído a Juana a la puerta de la sala, desde allí los miraba con ojos de sorpresa.
—Señora! ¿Qué ha ocurrido? ¿Han tenido un accidente? -asombrada miraba a Andrew, él estaba en las mismas condiciones que Justina. Tenía el traje empapado y el pelo también.
Justina no sabía qué decir y miró con desesperación a Andrew que procuró sacarla del apuro con la mayor tranquilidad.
— La señora Douglas se bajó del Land-Rover para apartar a un animal herido de la carretera y por desgracia se cayó. Estaba muy oscuro y había mucho barro.
Los ojos de Juana se abrieron desmesuradamente:
— ¡ Un animal herido, señor! —repitió con voz débil.
— Eso es lo que he dicho —Andrew la miró fijamente hasta desconcertarla—. ¿Qué cree que puede haber pasado? ¿Se imagina usted, con su sentido romántico de las cosas, que hemos estado haciendo el amor bajo la lluvia?
Juana se quedó pálida y contestó.
— ¡Por supuesto que no! No sabía qué pensar, señor.

— Pues ahora sí lo sabe. De manera que mejor será que vaya a decirle a Benita que ponga agua a calentar para la señora.

-Sí, señor.

Juana se retiró de mala gana, mirando desconfiada los rasgos alterados de Justina. Era la primera vez que un hombre la defendía de alguien y era una extraña experiencia.

Capítulo 8

En su habitación, Justina se desnudó sin pensar en la posible e inesperada intrusión de aquel hombre; dejó el vestido húmedo sobre la alfombra, y se dirigió al baño. La ducha estaba caliente y resultaba reconfortante.

Se secó, y se puso un camisón largo de seda, que no había usado nunca. Sus líneas clásicas acentuaban las curvas voluptuosas de su cuerpo. Encima se puso una bata, también de seda. Por supuesto tenía el pelo húmedo, pero como se lo había lavado, ya había recuperado su brillo.

Ella suponía que Juana estaría esperándola para oír todos los detalles de la aventura, pero se sorprendió cuando entró en la sala y ¡a encontró desierta. Justina miró a su alrededor y estaba a punto de servirse algo de beber y marcharse, cuando apareció Andrew. Él también se había cambiado de ropa, llevaba unos pantalones negros y una camisa de seda. De pronto ella se sintió turbada ante su presencia y deseó que apareciese Juana.

El avanzó hacia el bar con la mayor naturalidad, cogió un recipiente con agua caliente que estaba sobe el mostrador, sirvió una medida de coñac a la que agregó bastante agua caliente. Le acercó el vaso a Justina sin decir ni una palabra.

— Gracias —dijo ella cogiendo el vaso y bebiendo un sorbo que le quemó la garganta y la hizo toser. Él volvió al bar para servirse un whisky.

Justina se acercó a la chimenea, en cuyo interior crepitaba un cálido fuego y se quedó mirándolo, embelesada. No quería sentarse para que él no supiese que le hubiera gustado prolongar aquella situación, pero sus piernas estaban tan débiles que apenas la sostenían. Él se bebió el whisky y dejó el vaso: luego caminó hacia donde ella estaba. Bajo la luz de la lámpara su figura se hacía aún más imponente.

—¿Estás mejor ahora? ¿Te has recuperado de tu representación?

— ¡No era una representación!

—Entonces ¿qué explicación puedes dar de tu conducta? ¡Cielos! ¿Por qué saliste corriendo como una loca del Land-Rover? Dímelo. Las mejillas de Justina ardían.

— Te portaste muy mal conmigo —le acusó ella. —¿Sí? —la miró desafiante.

— Sí. Y... cuando yo estaba más nerviosa... me amenazaste. —¿Tú forma de demostrar que estabas nerviosa fue darme una bofetada, supongo? ¿Cómo te amenacé? Justina apretó los labios.

— Sabes muy bien que estabas enfadado conmigo.

—¿Dime qué hombre no se enfadaría si su esposa le da una bofetada?

Justina notó la burla que había en su voz y tuvo ganas de volver a pegarle.

— Supongo que todo esto te parecerá muy divertido. Primero me pones en ridículo, luego te burlas de mí...

— No puedes culparme de cosas que haces tú misma. Y me imagino que todo esto sería divertido para... alguien que no tuviera nada que ver contigo...
Impaciente, Justina terminó de tomarse su bebida. Siempre acababa perdiendo cuando discutía con él. De pronto, él extendió una mano y le cogió un mechón de pelo. Justina retrocedió asustada pero esta vez, él no la soltó.
—¿Qué significa esto? ¿Por qué reaccionas así cada vez que me acerco a ti? ¿Es un delito tocarte el pelo? ¿Qué te hice que estás tan ofendida conmigo?
Justina trató de soltar el mechón de pelo de sus dedos, pero él no se lo permitió.
— Ya te lo he dicho mil veces... Por favor, déjame en paz.
Él no le hizo caso y se puso a contemplar las curvas de su cuerpo que se insinuaban bajo la suave tela.
— Eres muy bella, Justina -murmuró como hablando consigo mismo— Demasiado bella para ser tan fría como tratas de aparentar. Ella sintió que el corazón le daba un vuelco.
— ¡Suéltame! —exclamó impotente—. Me estás haciendo daño. Justina trató de zafarse, empujándole con una mano, notando la poderosa atracción de aquel hombre al colocarle él, sus dedos cálidos sobre el cuerpo. Luchó, se resistió, pero sólo logró estar más cerca aún de él y cuando su mano le cogió la barbilla para sujetarle la cabeza y sus labios se apoyaron sobre los de ella, sintió una emoción que jamás había experimentado.
La besó muchas veces, con besos largos y suaves, que le quitaron el deseo de resistirse; pero al sentir que sus dedos le acariciaban los hombros para dejarlos descubiertos, reaccionó.
Con un grito de desesperación, se apartó de él bruscamente, cubriéndose los hombros y mirándole con ojos desafiantes.
— ¡Cómo te atreves! —murmuró desconcertada.
Él se controló con dificultad y se apoyó contra la chimenea. —¿Cómo me atrevo a qué? ¿A hacer el amor con mi mujer? ¿Qué hay de malo en eso?
Justina se volvió, turbada, diciendo:
— Me voy a la cama.
¡Buena idea!
¿Qué quieres decir?
—¿Es tu expresión favorita? ¿Qué crees que quiero decir? —le respondió irónico.
— No lo sé.
— Sí lo sabes. Soy un hombre, Justina, te deseo y te tendré. ¡Lo juro!
Los labios de ella se entreabrieron, y el terror asomó a sus grandes ojos.
—¡No...!
—¿No? Te olvidas de algo, Justina. Cuando te besé, me deseabas tanto como yo. ¿Crees que no me di cuenta?
— No es cierto —protestó.
— ¡Es verdad! ¡No trates de negarlo! Justina tragó saliva.
— Bueno... sí, respondí, un poco. Lo siento.
Él caminó hacia ella, despacio.

—No lo sientas. Es lo mejor que podía habernos ocurrido en estas circunstancias. Quizá sea la oportunidad de rehacer nuestras vidas de nuevo.
—¡No! Estás equivocado, no estoy dispuesta...
Él le dirigió una mirada llena de picardía.
—Sí lo estás, Justina -la cogió por la cintura, atrayéndola hacia él, entonces se oyeron unos pasos apresurados y apareció la enfermera Gómez, con una bata puesta sobre los hombros y el pelo revuelto.
— ¡Oh, señora! —exclamó en su idioma—. ¡La señora, su tía tiene otro ataque!
Justina se liberó en seguida de él, que preguntó impaciente al verla reaccionar así y no entender las palabras de la enfermera.
—¿Qué dice?
Justina le repitió el mensaje de la enfermera, él se pasó la mano por el pelo con expresión desesperada y agregó:
—El médico. ¡Ramírez! ¿Puedes ponerte en contacto con él?
—No hay teléfono —exclamó Justina, incapaz de pensar con serenidad. Sólo comprendía que el estado de su tía era grave y que necesitaba asistencia urgentemente.
La enfermera habló, esta vez en inglés:
—Quizá el señor pudiera ir en busca del médico. Volveré a la habitación, no puedo dejarla sola.
—Me quedaré con usted —dijo Justina, mirando a Andrew con expresión preocupada—. ¿Qué voy a hacer?
Por un momento, los ojos de él se oscurecieron al recordar el breve y apasionado abrazo; luego salió de la sala rápidamente.
—Iré a buscar al médico — le oyó decir Justina cuando se iba.
Justina creyó que nunca podría olvidar aquella noche. Primero, los intensos momentos que había vivido con aquel hombre, luego la espera angustiosa del doctor Ramírez y la irregular y agitada respiración de su tía en medio del silencio de la habitación. La enfermera iba de un lado al otro, atendiendo a su paciente, y ella lo único que podía hacer era sentarse y esperar, impotente, viéndola sufrir.
Si su tía se moría, sería una especie de castigo a su comportamiento, pensaba desolada; volvía una y otra vez a recordar la turbación que le habían causado los besos de aquel hombre y su incontenible deseo de hacer el amor con él sin pensar en las consecuencias. Hubo momentos en que estuvo a punto de decirle toda la verdad. Era un hombre muy atractivo y a cualquier mujer le hubiese ocurrido lo mismo. ¿Qué podía hacer?
El doctor Ramírez se hizo cargo de la situación con mucha profesionalidad. Confirmó el tratamiento que ya había indicado y permaneció con su tía toda la noche, obligando a Justina a que se fuera a dormir, ya que nada podía hacer.
La joven prefirió quedarse, por si ocurría algo.
Hacia la madrugada, el estado de su tía había mejorado. Su respiración se hizo más regular y dormía tranquilamente. Justina miró al médico con ansiedad y él le acarició la mano amablemente.
— Hemos tenido suerte. Creo que la crisis ha pasado. Está muy débil y pasarán algunos días antes de que recupere las fuerzas. No se

preocupe, mejorará.
—Gracias, doctor -dijo Justina inclinándose con ternura sobre la anciana y tocándole la mejilla—. ¡No sé cómo agradecérselo!
— Es mi trabajo —respondió el doctor cerrando su maletín. Justina movió la cabeza despacio.
— Es más que eso, es una vocación. Ramírez sonrió.
— Salgamos, está agotada. Debe dormir. ¿A dónde se ha ido su esposo? Me trajo hasta aquí casi volando. No me hubiera animado a aventurarme tan tranquilo por estos caminos si no hubiese sabido que era un experimentado conductor.
Justina inclinó la cabeza. Sin decir una palabra más, le acompañó hasta la escalera y cuando llegaron abajo, apareció Andrew, que les preguntó:
—¿Cómo está?
— Vivirá —contestó el doctor con calma—. Pero está muy débil. Acabo de explicarle a Justina que pasará algún tiempo hasta que recupere las fuerzas —agregó mirando a su interlocutor con ojos penetrantes—. Y supongo que usted no habrá podido descansar tampoco, ¿verdad Andrew?
Él negó con la cabeza.
—No —dijo encogiéndose de hombros—, le llevaré a su casa doctor.
— No hace falta. Puedo conducir yo mismo el Land-Rover y mandar después a uno de los muchachos de regreso con él.
— No es ninguna molestia —insistió el hombre con firmeza. Ramírez suspiró.
— Está bien, entonces —dijo volviéndose hacia Justina—. Duerma un rato, prométame que lo hará.
Justina asintió:
— Si usted lo dice, doctor, lo haré.
— Sí, se lo digo. Muy bien, Andrew. ¡Vamos!
Justina subió a su habitación. Sin quitarse la ropa siquiera se tiró sobre la cama y durmió profundamente hasta que al día siguiente la despertó Juana diciendo que era la hora de la comida. Le preguntó si pensaba bajar o si quería que le subiera algo de comer.
Justina se sentó en la cama mirando sobresaltada su reloj. ¡Era la una! Había dormido más de seis horas seguidas. Trató de ordenar sus pensamientos, salió de la cama y abrió la puerta.
— No, Juana, bajaré. Lo siento, me he quedado dormida.
— El señor me dijo que la dejáramos dormir —afirmó Juana—, fue a la hora del desayuno. Ahora he venido a despertarla porque creí que querría saber cómo estaba su tía, además tiene que comer algo.
— ¡Por supuesto, por supuesto! —exclamó Justina pasándose la mano por el pelo— ¿Cómo está mi tía? ¿La ha visto?
— Sí, señora, la he visto. Sigue durmiendo, aunque tiene mejor color, según ha dicho la enfermera.
Justina suspiró aliviada.
—Gracias a Dios. No se preocupe Juana; me vestiré en seguida.
Juana asintió en silencio y se marchó. Justina cerró la puerta pensando por qué él habría ordenado que no la molestaran. Seguramente no sería porque estuviera preocupado por ella después del comportamiento que había tenido la noche anterior.

Se levantó y se dio una ducha, se vistió y bajó a comer. Benita estaba en el vestíbulo y le preguntó cuándo debía servir la comida. Ella le sonrió amablemente y le respondió:
—Cuando quiera, Benita. ¿En dónde está el señor?
— Se fue a dar una vuelta a caballo, señora. Aún no ha regresado. No dijo si volvería a comer.
— Entonces vamos a comer nosotras —respondió, incapaz de disimular su decepción.
Después de comer, Justina, inquieta, recorrió el castelo. Los acontecimientos de la noche anterior, la preocupación por su tía, habían destruido su aparente serenidad. ¿En dónde estaba él? ¿No había dormido todavía? ¿Qué había ocurrido? En realidad, sólo la había besado. Andrew, el verdadero Andrew hubiese hecho mucho más.
Además, Andrew Douglas nunca había despertado en ella una pasión como la que le había hecho sentir anoche aquel desconocido, que le había hecho conocer los encantos del amor entre un hombre y una mujer. De pronto, se descubrió deseando algo absolutamente diferente a lo que se había propuesto al principio.
El doctor Ramírez llegó a las tres de la tarde a visitar a su tía. Justina le acompañó arriba y después de que él pronunciara palabras esperanzadoras sobre el estado de su tía, volvieron abajo.
—¿Quiere un café, doctor? —le preguntó Justina. Ramírez asintió.
— Sí, gracias.
Justina fue a pedirle a Benita que hiciera el café y luego se dirigió a la sala donde el médico la esperaba, mirando por la ventana, hacia el valle.
—¿En dónde está Andrew? —le preguntó el doctor Ramírez.
Justina se sentó en un sillón y le señaló otro al médico.
— No está aquí... ha salido a dar una vuelta.
—Comprendo —el doctor abrió una caja de cigarrillos que estaba sobre una mesa—. ¿Me permite?
— Por favor —dijo ella sonriendo, él cogió un cigarrillo y lo encendió.
—¿Y usted cómo está? Justina se encogió de hombros.
— Supongo que bien.
— Parece cansada. ¿Duerme bien? Justina se sonrojó.
—Por supuesto. Pero anoche fue diferente.
— Desde luego —dijo Ramírez observando distraídamente su cigarrillo—. ¿Es usted feliz?
—¿Porqué no habría de serlo? —se libró de seguir aquella conversación porque en ese momento apareció Benita con una bandeja. Mientras les servía el café, el doctor comentó: —Debería tomarse unos días de descanso fuera del castelo. Justina protestó:
— ¡No podría! Sobre todo ahora, después del último ataque de mi tía.
Ramírez negó con un ademán.
—Por el contrario, éste sería el momento ideal. Pasarán algunos días antes de que Renata se recupere y pueda reconocer a nadie. Necesita descansar y estar sola. Su presencia aquí no es necesaria.
—¿Y si sufre otro ataque? —preguntó preocupada.
— Sería lamentable, pero no lo creo. Justina, es usted muy joven y ha estado aquí encerrada, en el castelo durante más de un mes. Eso no es

bueno. Está pálida, nerviosa. Hablaré con Andrew.
¡No! —respondió en el acto—. No... no lo haga.
—¿Por qué no? Seguro que él estará de acuerdo...
— Tal vez, pero no puedo...
—Tonterías. Estoy seguro de que Luis y Morgana se alegrarán de verla unos días. Morgana, en particular, que está muy deprimida y le gustará tener compañía.
Justina se puso en pie, nerviosa.
— Usted no comprende...
—¿Qué es lo que no comprendo? ¿Que no quiere estar sola con su esposo? ¿Se trata de eso? Justina se sonrojó.
—No sé qué quiere decir...
— Sí, sí lo sabe. Sé perfectamente que las cosas no marchan como debieran entre ustedes. Y lo comprendo. Es natural que en estas circunstancias, ambos se sientan algo incómodos, como si fueran unos desconocidos. Tal vez en Queranova, Luis, otra persona que le conozca desde antes del accidente, pueda ayudarle a recuperar algunos de sus recuerdos.
—No quiero ir a Queranova.
—Debo insistir. No quiero tratarles como pacientes y, si no descansa, Justina, se pondrá enferma. Está demasiado nerviosa. ¡Por Dios, muchacha? ¿Por qué no lo intenta?
Justina paseó inquieta por la habitación.
—Lo pensaré.
Ramírez se puso en pie.
—Muy bien. Ahora debo marcharme. Hay un niño de diez años en el hospital que tiene tuberculosis.
Justina le miró asombrada y exclamó:
—¡Que horror!
—Así es la vida —le dio unas palmadas en el hombro—. Piénselo bien, Justina. La vida es corta, cuídese.
Después de que el médico se marchó, ella se sentó en la sala y se sirvió otro café, saboreando la paz de aquel momento. La idea de abandonar el castelo la aterrorizaba. ¿A quién más podía encontrar en Queranova que conociese a Andrew? ¿En qué dificultades se vería si Ramírez la obligaba a marcharse? La situación se estaba haciendo imposible.
Se puso en pie y al hacerlo tiró el café sobre la mesa. Después se acercó a la ventana. El panorama era magnífico. De pronto, algo atrajo su atención. Dos jinetes se aproximaban y aunque el reflejo del sol no le permitía ver con claridad sus rostros, pudo reconocer a uno de ellos. Era él. Se escondió detrás de las cortinas como si fuese un espía. En seguida, pudo reconocer al otro jinete: era Amalia García.
Justina sintió un dolor agudo en el estómago. ¿Qué hacía Andrew con Amalia? ¿En dónde habían estado y qué habían hecho? ¿La traería al castelo? Eso parecía, seguían el camino que conducía hacia allí. Sintió celos. Mientras ella estaba aquí, sola, intranquila y nerviosa, él se paseaba tranquilamente con Amalia.

Capítulo 9

Sin esperar a que llegaran al castelo, Justina cruzó la habitación y en su apresuramiento, tropezó con Juana. — ¡Cielo, señora! ¿Qué ocurre? —se llevó una mano a la garganta.

— ¡Lo siento, Juana! No pasa nada. Es que... iba a subir a mi habitación...

— Sí, señora —le dirigió una mirada desconfiada, pero guardó silencio y Justina siguió su camino subiendo la escalera lo más rápido que pudo. Estaba temblando y después de entrar en su habitación, cerró la puerta con llave. Recordó la puerta de la habitación contigua y también la cerró. Entonces se sintió más segura y se sentó frente a su tocador mirando su imagen, desconcertada.

Trataba de calmarse, pero la tensión y las emociones no la dejaban tranquilizarse. ¿Cómo se atrevía a traer a aquella mujer allí sin su permiso? Luego pensó que él consideraba el castelo como su casa y que hasta hacía poco pensaba que Amalia era su amiga.

De pronto, aquella muchacha morena le parecía su mayor enemiga y la despreciaba por haber traicionado su amistad de aquella manera. La noche anterior había sospechado que Amalia encontraba atractivo a Andrew. Ahora Amalia, mientras galopaba junto a él, tenía un aspecto triunfante. Comprendía que, a pesar de los años pasados en Inglaterra, ella carecía de la natural elegancia de Amalia y por primera vez la envidió.

Se puso en pie, se quitó los pantalones y el jersey y los tiró al suelo. Decidió no salir de su habitación. Cuando Andrew preguntase por ella, estaría en la cama.

Pero no pudo descansar. Hacía varios minutos se había metido entre las sábanas y todavía no se oía nada abajo. Sin embargo, tenían que haber llegado. ¿En dónde estaban? ¿Qué estarían haciendo? ¿Les habría dicho Juana dónde estaba?

Nerviosa, empezó a dar vueltas en la cama. Se estaba comportando como una niña, pensó desesperada. Y además, había elegido el camino de la cobardía. Apretando los dientes, se levantó de la cama y fue a buscar su ropa. Mientras lo hacía, oyó ruido en la habitación contigua y en seguida la voz de Andrew llamándola:

— ¡Justina, Justina! ¿En dónde estás?

Justina se puso una bata y tratando de aparentar calma respondió:

— Sí, ¿qué quieres?

El picaporte de la puerta giró y ella recordó que estaba cerrada con llave.

— ¡Justina! —su voz había adquirido un tono más enérgico—. ¿Qué haces?

La joven vaciló. No quería que él la viese así después de haber estado junto a Amalia. En comparación a Amalia ella tenía un aspecto humilde, estaba despeinada y tenía el rostro desencajado por las preocupaciones y los ojos llorosos.

— No pasa nada, Andrew. Estoy intentando descansar.
— ¡Nada de excusas, Justina! Juana me ha dicho que te vio subir hace unos quince minutos a tu habitación —hizo girar de nuevo el picaporte—: ¡Abre si no quieres que eche la puerta abajo!
Justina tembló:
— ¡Vete, Andrew! ¡Quiero dormir!
— ¡Al diablo, Justina! ¡Nos has visto venir! Juana me ha dicho que echaste a correr hacia tu habitación como enloquecida.
Juana, seguramente con la mejor intención del mundo, la había delatado.
—No tengo por qué hacer lo que me ordenas. Ya te lo he dicho: quiero descansar.
Primero se oyó una maldición y luego el ruido de un golpe contra la puerta. Ella se dio cuenta de que si no hacía lo que él le ordenaba, rompería la puerta.
— ¡Espera! —gritó en seguida y de mala gana fue a abrirla. Andrew entró en la habitación y la miró furioso.
— ¡No vuelvas a cerrarme la puerta! -murmuró, mirándola muy enfadado— . ¿Qué ocurre? ¿Por qué no estás vestida?
Justina trató de conservar la calma.
—He intentado... explicártelo. Estoy cansada.
—¿Por qué? ¿Y te has dado cuenta de lo cansada que estabas cuando nos has visto venir?
Justina fingió sorprenderse.
—¿A quiénes?
—No juegues conmigo, Justina. Sabes muy bien que Amalia está abajo.
—¿Amalia? ¿Sí? ¡Oh, qué bien! -le dio la espalda y cruzó la habitación —. ¿En dónde la encontraste? ¿O habíais quedado?
Ella le vio respirar profundamente y sintió que se le encogía e! corazón, pensando que él podría aprovechar la oportunidad para seguir la escena que había comenzado la noche anterior. Pero no fue así, y un momento después, él salió de la habitación cerrando la puerta de golpe.
Se había ido y ella tenía la culpa. Si ahora él estaba con Amalia, sólo ella tenía la culpa. Con manos temblorosas se quitó la bata y la arrojó sobre la cama deshecha, se puso apresuradamente los pantalones y el jersey que se había quitado momentos antes. Estaba tan nerviosa que no se le ocurrió buscar otra ropa mejor. Se peinó un poco y bajó.
Estaban en la sala. Mientras bajaba la escalera, pudo oír la risa de su amiga. Enderezó los hombros y avanzó por el vestíbulo hacia donde estaban ellos.
Benita había hecho té, probablemente por orden de Andrew y Amalia estaba sirviéndolo. Ante la aparición de Justina se quedó sorprendida.
—¿Te has levantado? Andrew acababa de decirme que estabas descansando.
Justina trató de no mirar el rostro frío del hombre y avanzó c paso firme hacia ellos.
—Estaba. Pero cuando os oí llegar, no pude quedarme en la cama desde luego. No hubiese sido muy cortés por mi parte.
Amalia arqueó las cejas;

-Si a ti te apetecía... querida -comentó con indiferencia - Andrew, ¿cuántos terrones de azúcar? Justina apretó los labios.
— Yo me encargaré de servir el té, Amalia. No está bien que tú, que eres la visita, lo haga. Al menos, no mientras el ama de la casa esté aquí.
Amalia hizo un claro gesto de desagrado y comentó con malicia: —¿Eres en realidad el ama de la casa, Justina? Creí que era tu tía. Justina trató de no perder la calma y se sentó frente a la bandeja del té.
— Supongo que sí, pero mientras Andrew y yo estemos aquí y mi tía esté enferma, yo me ocuparé de sus tareas. ¿No te parece que así debe ser, querida?
—¿Cómo está tu tía? —le preguntó Amalia, dándose cuenta de que lo mejor era evitar discusiones.
— Un poco mejor, gracias. Esta tarde ha venido el doctor Ramírez y al parecer, está mejorando.
— ¡Gracias a Dios! -dijo Andrew.
—Sí —respondió Amalia, esbozando una sonrisa—. Cuando Andrew nos contó cómo tuvo que conducir en medio de la tormenta para buscar al doctor, nos quedamos muy impresionados, ¿verdad Andrew?
— La tormenta no era tan terrible. He conducido en peores circunstancias.
—¿Sí? —respondió Amalia con entusiasmo—. Supongo que en los circuitos de carreras de automóviles has conducido en todos los climas.
—Claro que sí —dijo él asintiendo y Justina le miró asombrada. ¿Cuándo se había enterado Amalia de que él era piloto?
—Recuerdo una ocasión —prosiguió él—. En Bélgica... —Justina ya no podía soportar más.
—No creo que Amalia esté interesada en conocer tus aventuras automovilísticas en este momento, Andrew —le interrumpió bruscamente—. Y... dime Amalia, ¿cómo te encontraste con mi esposo?
Amalia vaciló un momento y luego, respondió malhumorada:
— Me lo encontré cuando salí a cabalgar esta mañana. Estuvo comiendo con nosotros, ¿verdad, Andrew?
Justina le miró asombrada.
—¿Es así, Andrew? Porque nosotros, Juana y yo, estuvimos esperándote para comer juntos.
—¿Sí? —bajó la vista—. Pensé que aprovecharías la oportunidad para dormir, después de la noche que pasamos —añadió él mirándola a los ojos con ternura, entonces ella sintió que su mirada volvía a despertar en ella apasionadas sensaciones.
En aquel momento, le odió. A pesar de su amnesia, de sus frases provocativas, de su falta de pasado, era capaz de herirla. ¿Y por qué? ¿Qué había en él que la perturbaba de ese modo?
—¿Cuándo vuelves a los Estados Unidos, Amalia? -preguntó ella.
—No lo sé. Mi padre termina su trabajo en Brasil la semana que viene. Tal vez regrese con él... o -sus ojos se posaron fugazmente sobre Andrew— tal vez me quede con mis tíos. Ellos estarían encantados.
Justina colocó las tazas en la bandeja mientras comentaba:

—Debe ser algo aburrido para ti quedarte aquí, por lo menos eso me dijiste cuando viniste a verme la primera vez.

— ¡De ningún modo, mientras tú y Andrew sigáis aquí! Y también está Vasco, por supuesto. Hablando de eso, se quedó muy impresionado contigo. Nunca le había visto así.

—Estoy segura de que exageras, Amalia. Además, sólo puedo mantener con él una buena amistad. Ya estoy casada... con Andrew.

— Sí —dijo Amalia en un murmullo—. Claro.

Andrew parecía harto de aquella conversación, se puso en pie y mirando su reloj dijo:

—Se está haciendo tarde, Amalia. Te acompañaré, aunque sólo sea parte del camino.

Justina también se puso en pie.

—No es necesario, Andrew. Antón podrá acompañar a Amalia —intervino Justina.

Necesito aire —dijo él secamente.

—Entonces, iré yo también -afirmó desafiante. Andrew la miró con ceño adusto.

—Nunca me has acompañado.

— Lo sé. Necesito hacer un poco de ejercicio —insistió Justina.

— Yo puedo volver a casa sola —dijo Amalia fríamente.

— ¡Ni lo pienses! —exclamó Justina de inmediato con la satisfacción de haber dado en el blanco.

Se puso un abrigo y se montó en su caballo sin ayuda, una vez que Antón terminó de ensillarlo. Amalia lo hizo con más lentitud permitiendo a Andrew que la ayudara a montar. Él subió también a su caballo, un animal nervioso que se encabritaba con facilidad.

El aire del atardecer era fresco y resultaba agradable poder salir del castelo durante un rato. Pronto Justina se cansó del paso lento que mantenía Amalia y dio rienda suelta a su caballo, alejándose por la ladera hacia la orilla del río. Allí, el paisaje era muy hermoso, sombreado por enormes pinos que crecían inclinados sobre las aguas, hoy menos tumultuosas que la noche anterior, en la que se desbordaron a causa de la tormenta.

Justina se volvió, viendo que los otros la seguían. Más atrás, a cierta distancia, iba Antón. Acompañaba a Justina a todas partes, y resultaba agradable saber que siempre estaba cerca de ella.

Volvió a espolear al animal diciéndose para sí que tal vez Andrew y Amalia consideraban su comportamiento muy infantil. Pero cabalgar siempre había sido su pasatiempo preferido y el paso lento que llevaba Amalia se le hacía muy aburrido. Usaba al animal sólo como un medio de transporte, sin disfrutar de él en realidad.

Cruzaron el río en la parte más estrecha y menos profunda, de vez en cuando pasaban por delante de algunas huertas y les salía al encuentro algún niño descalzo que jugueteaba con un perro.

Se hacía tarde y el sol comenzaba a ocultarse detrás de las montañas, dejando tras de sí una estela brillante sobre el valle. Desde algún árbol se oyó el canto de un pájaro.

Justina detuvo su caballo y miró hacia atrás. Antón en ese instante se adelantó para alcanzarla.

Andrew y Amalia se les unieron momentos después.

—Antón te acompañará ahora -dijo Andrew, haciendo un gesto al muchacho— Yo volveré a casa con mi esposa.
Amalia miró con desprecio al muchacho:
—No hay necesidad, puedo volver sola, no me hace falta que me acompañe nadie.
Justina se mordió los labios. Amalia quería molestarla. ¿No se daba cuenta Andrew?
Él no se entretuvo y se despidió en seguida de Amalia. Ésta se alejó de ellos y Justina se preguntó si Andrew no estaría contento de que Amalia hubiese rechazado la compañía de Antón, porque así no tenía que volver solo con ella.
Con los músculos tensos, Justina espoleó su caballo y antes de que los dos hombres lo advirtieran, se alejó al galope, inclinándose hacia la cabeza del animal mientras le hablaba con dulzura.
Se detuvo en el río para que el caballo bebiera agua un momento, después se acercaron a Andrew y Antón. A ella le cogió de sorpresa la ira de Andrew, que bajó del caballo de pronto y la cogió del brazo obligándola a mirarle.
— ¡Estoy cansado de tus desplantes, Justina! —dijo bruscamente— . Desde la llegada de Amalia, has hecho una escena tras otra y no te lo voy a permitir. ¿Me entiendes?
Justina trató de soltarse, pero le fue imposible. Antón la miraba desolado, sin saber qué hacer.
—Me estás haciendo daño -le gritó-. ¡Y yo no hago escenas! Lo único que hago es defenderme cuando me atacan.
—¿Y quien te ha atacado?
— Cuando viniste a mi habitación, forzaste la puerta y...
— Así es. Si hubieras dejado la puerta sin llave no hubiese tenido que hacerlo.
—¿Sí? No soy una niña, Andrew -respondió indignada.
Entonces deja de comportarte como si lo fueras.
— ¿Cómo te atreves a hablarme así?
— Me atrevo porque estoy harto de tu comportamiento infantil. Dijiste que nuestro matrimonio no era normal antes del accidente. — Ahora sé que no lo era.
Justina abrió la boca y le tembló la voz.
— ¡No lo comprendes! —exclamó.
— ¡Sí, lo comprendo! Y ahora volveremos al castelo.
Cuando Justina llegó al castelo fue directamente a ver a su tía, y luego se marchó a su habitación. Esperaba encontrar allí a Andrew. Algo le decía que su enfado no se había disipado aún, pero no le encontró por ninguna parte y la puerta que comunicaba ambas habitaciones estaba bien cerrada. Justina se sintió desolada. Las cosas iban, de mal en peor y ella parecía tener la culpa de todo.
La cena transcurrió en silencio. Por supuesto, Juana se senté y Justina se alegró de no tener que estar a solas con Andrew aquel hombre que se creía su esposo.
Cuando terminó de comer, Andrew desapareció sin que se atreviese a preguntarle a dónde iba. Supuso que saldría, pero luego, se sí que se sorprendió: cuando más tarde, al ir a ver a su tía;... lo encontró allí leyendo junto a la cama de Renata. La enfermera no estaba allí y

Justine supuso que se habría ido a descansar. Como él no hizo esfuerzo alguno por explicarle nada, Justina se vio obligada a retirarse, buscando el silencio de su propia habitación.
Se dio una ducha, se desvistió y se metió, en la cama para poder conciliar el sueño. En realidad estaba tan exhausta que se quedó dormida apenas apoyó la cabeza en la almohada.
Por la mañana se despertó con la desagradable sensación de que algo malo le estaba ocurriendo. Durante unos momentos trato de recordar y le vinieron a la mente las imágenes del día anterior . Movió a la cabeza, tratando de disiparlas, saltó de la cama y después de bañarse, se puso unos pantalones de algodón y una blusa se cepillo el cabello y se lo dejó suelto. Luego bajó la escalera, Andrew estaba desayunando y ella se le unió de mala gana.
— Buenos días —dijo tomando aliento. —¿Sabes cómo esta mi tía?
Él levantó los ojos del plato y los clavó en ella.
—Si mejora, poco a poco tal como dijo el doctor Ramírez.
— ¡Que alegría! No sabía que te ibas a quedar junto a la cama de mi tía.
—No creí que debiera darte cuenta de todas mis acciones — dijo fríamente. Justina, se sonrojó.
— ¡No, no es eso! Olvidemos lo que ocurrió ayer y volvamos a ser personas civilizadas. ¿quieres?
En ese momento apareció Benita con una cafetera, cuando vio a Justina sonrió y le preguntó qué deseaba tomar.
-Sólo café, Benita. Gracias.
La sirvienta parecía preocupada, pero no dijo nada y después de que se hubo marchado, Andrew comentó:
—No hace falta que te mueras de hambre. Te conviene comer algo más. Estás bastante demacrada.
Justina se indignó.
— Gracias. Él suspiró.
Justina se sirvió café y removió el azúcar lentamente.
— A ninguna mujer le gusta que le digan que tiene mal aspecto — se defendió.
Andrew maldijo en voz baja.
— Sólo dije que te veía muy demacrada y es verdad, pero eso no significa que no estés atractiva.
—Comprendo —respondió ella bajando la cabeza. Él retiró la silla y de pronto se puso en pie.
— ¡Cielos! No me entiendas mal. No tengo intención de volver a hacer la escena de la otra noche. Es eso lo que ha provocado esta tensión que existe entre nosotros y lo siento. Como todas las personas cometo errores a veces, y siento mucho que tú hayas sido la víctima en este caso. Estoy empezando a creer que no mentías cuando me advertiste que habías tenido problemas nerviosos. Lo siento.
Justina le miró asombrada. No esperaba que él se disculpase con ella y ahora deseaba que no lo hubiera hecho.
—Puedes quedarte tranquila. Y deja de comportarte como una niña asustada cada vez que me acerco a ti -sus palabras estaban llenas de amargura.
Justina trató de terminar de beberse el café, pero tenía un nudo en la

garganta y no podía tragar. De pronto, se oyó ruido en el patio y apareció el doctor Ramírez.
—Buenos días -les sonrió alegremente-. Sé que es temprano, pero tengo que hacer muchas visitas y quería venir a ver a su tía, Justina.
La joven se alegró de aquella interrupción y le preguntó:
—¿Café, doctor Ramírez?
— No, gracias, Justina. Primero iré a ver a su tía. ¿Me acompaña?
— Si quiere... -se preguntaba qué ocurriría. ¿Para qué quería que le acompañase? ¿Tenía noticias que darle? ¿Se refería quizá a Andrew?
Mientras subían ¡a escalera, Ramírez le entregó un sobre que sacó de su bolsillo.
— Llegó esta mañana. Es del presidente. Fue enviada a mi nombre desde el puerto de Voltio. Hay una nota donde me ruega que le entregue esta carta personalmente.
—¿De Luis? —Justina miró con curiosidad el sobre-. Muchas gracias.
—¿Qué le pasa, Justina? ¿Por qué le asusta esa carta? -le preguntó de pronto el médico.
— No estoy asustada, doctor... gracias y discúlpeme.
— Por supuesto. La veré luego, antes de marcharme.
— Sí. -Justina subió presurosa a su habitación.
Una vez allí, abrió el sobre con dedos temblorosos. Podía adivinar su contenido. Las palabras de Luis eran breves y concisas.
«Las autoridades de Río han identificado al pasajero que viajaba en el avión. ¿Puedes venir unos días a Queranova? Es preciso hablar de cosas que no puedo discutir contigo por carta».
Justina rompió el papel y tiró los trozos en la papelera. Luego empezó a pasear inquieta por la habitación. No tenía más remedio que ir a Queranova, no podía negarse. Luis había tenido paciencia con ella había sido muy comprensivo; ahora ella no podía sino correspondería de la misma manera.
Volvió abajo y encontró a Juana en la sala, cosiendo, como siempre.
— Buenos días, señora —dijo amablemente—. El doctor Ramírez está con su tía.
— Lo sé. ¿Y mi esposo?
— Estaba aquí hace unos momentos -comentó Juana pinchando la aguja en un acerico—. Supongo que habrá ido a los establos.
-Sí, quizá tenga razón -respondió Justina mordiéndose los labios-. Dígame, Juana, ¿cree usted que mi tía se pondría peor o se preocuparía si me fuera unos días a Queranova?
—¿A Queranova, señora? —dijo asombrada.
— Sí. A ver a Luis y a Morgana.
—¿Usted cree que es el momento adecuado para hacerlo? —su tono era de reproche.
— El doctor Ramírez piensa que es lo mejor que puedo hacer —se defendió Justina.
—¿Qué es lo que yo pienso? —dijo el médico entrando en la habitación en ese momento.
Justina se volvió hacia él rápidamente.
—Que... yo debo visitar a Luis y a Morgana durante unos días —le explicó Justina.

El doctor arqueó las cejas asombrado.
— Ayer, cuando se lo sugerí, me dijo que no lo necesitaba...
— Lo sé... pero lo he vuelto a pensar.
—Comprendo. Luis no le habrá mandado malas noticias, espero —cogió un cigarrillo—. ¿Morgana está bien?
— Supongo que... quiero decir que sí por supuesto. Me ha invitado a que les visite. Supongo que para que haga un poco de compañía a Morgana.
— Ya entiendo —comentó Ramírez—, y como es natural, lo apruebo. Creo que es lo mejor que puede hacer en estas circunstancias. ¿Cuándo se marcha?
Justina vaciló.
— Mañana tal vez.
Excelente. Irá a Voltio en helicóptero, desde luego.
—¿Puedo?
— No veo por qué no. Mandaré un mensaje al aeropuerto para que la esperen. ¿Ya se lo ha dicho a Andrew?
—Todavía no.
— Espero que él tenga así la oportunidad de ver algo más del país...
—¿Qué quiere decir? —le preguntó sobresaltada.
— Supongo que él irá con usted...
— ¡No! —exclamó Justina—. Quiero decir que pensé que él preferiría quedarse.
— ¡Tonterías! Le hará bien a ambos. ¿No cree, Juana?
—Si usted piensa que es conveniente que se vayan en este momento —comentó Juana con voz desolada. Ramírez se mostró impaciente.
— No sea pesimista, Juana. Renata no está muerta ni se va a morir mientras Andrew y Justina estén fuera. Tienen que tomarse un descanso.
Justina estaba inquieta. Esto no era lo que ella había planeado.
—¿Quiere tomar un café ahora, doctor? —le preguntó.
—Gracias, ahora sí —Justina se marchó a la cocina. Cuando volvió había ocurrido lo peor. Andrew estaba de pie junto a la chimenea y Ramírez le estaba explicando que Justina había recibido una carta de su primo en la que les invitaba a visitarles.
—¿Es verdad? —dijo Andrew observando la expresión contrariada de Justina.
— Sí, así es —Justina puso la bandeja sobre una mesa—. Pero le he explicado al doctor que tal vez tú no desearas acompañarme a hacer visitas a la familia.
—¿Por qué no? Por supuesto, me encantará ir. Justina suspiró hondo.
— Creí que preferirías quedarte aquí —replicó. —¿Porqué?
La joven volvió el rostro incapaz de mirarle de frente.
— Ya le he dicho yo —continuó Ramírez— que sería un descanso para los dos. Le pediré a Ramón que les lleve al aeropuerto mañana. Cerca de las diez, ¿está bien?
— De acuerdo —respondió Andrew y Justina sirvió el café sin decir una palabra. La situación se le escapaba de las manos. Debía tranquilizarse.

Capítulo 10

Al día siguiente se marcharon en el Land-Rover. Era una bella mañana, el sol brillaba y el cielo estaba muy azul. A pesar de ello, había unas cuantas nubes sobre las montañas, aunque sólo tapaban las altas cimas donde tantos hombres llevados por el afán de aventura habían perdido la vida.

Justina conocía al piloto del helicóptero. Era amigo de Luis y sin duda, le habían indicado que la esperara y la llevara hasta Voltio. Luis sabía que ella no podría negarse a ir a verle nada más recibir su carta.

Por supuesto, su tía Renata ignoraba su partida. Aún seguía bajo los efectos de los sedantes y Ramírez le había prometido que cuando regresaran la encontrarían mejor. Justina se había quedado fría ante aquellas palabras. No porque no desease la mejoría de su tía, sino porque no sabía si el hombre que ella llamaba Andrew iba a volver con ella. Si Luis había tenido noticias definitivas acerca de su identidad, era posible que toda aquella mentira se descubriera muy pronto. Aquel pensamiento la aterrorizó. Al mismo tiempo que deseaba verse liberada de aquella red de mentiras en la que estaba atrapada, sabía que el castelo sería un lugar frío y vacío sin aquel hombre... Y ella tampoco sería la misma...

El viaje a Voltio concluyó muy pronto y cogieron el avión privado de Luis para volar a Queranova. El piloto del helicóptero les despidió y otro llevaría el pequeño avión.

Hablaron muy poco durante el viaje. Aunque Justina esperaba que Andrew le hiciera algunas preguntas, se equivocó. Parecía estar muy tranquilo.

Mostró bastante interés en la mecánica del aparato y él y el piloto contaron con varios temas de conversación con los que distraerse.

Justina no hacía más que preguntarse cuál sería la verdadera personalidad de aquel hombre. ¿Cómo era posible que recordara con tanta precisión algunas cosas y sin embargo, otras no? ¿Y cuando a veces él había mencionado sus carreras hablaba en serio o lo hacía por seguirle la corriente a ella? Nunca lo sabía con certeza y pronto las respuestas a todas aquellas preguntas ya no tendrían ninguna importancia.

Se preguntó qué le diría a su tía cuando volviese al castelo sola. ¿Simplemente que Andrew se había visto obligado a regresar a Inglaterra? ¿O sería capaz de decirle la verdad, que su matrimonio se había deshecho, que él no volvería nunca más? La situación no estaba más cerca de solucionarse que cuando llegó a Montera verde y Justina miró absorta en sus pensamientos por la ventanilla del avión.

Por lo menos, durante aquellas semanas en el castelo, había podido olvidar la brutalidad de su verdadero esposo. Aunque de forma muy superficial, ahora sabía lo que eran las caricias y la ternura de un hombre. Saber que podía enamorarse de nuevo, después de la experiencia tan desagradable que había vivido en su matrimonio, la

había convertido en una mujer nueva. Se sentía más fuerte y más madura. Si su tía no hubiese estado tan enferma Justina no habría dudado en comunicarle la muerte de Andrew y la situación habría sido muy distinta.

Pero Sergio Manuelo, el abogado de su tía, había sido muy claro. Había hablado con Renata y se había convencido de que la anciana deseaba que Justina se casara y que tuviera un hombre que manejara sus asuntos; si aquellas ideas eran anticuadas o no, poco importaba. Renata tenía firmes convicciones y Justina sabía que no tendría fuerzas para oponerse a ella. Además, todo había sido más sencillo hasta que la anciana expresó su deseo de ver a Andrew, de tenerle en el castelo, de hablar con él. Justina nunca se hubiese imaginado que su tía pudiera dudar de su palabra y que necesitara ver con sus propios ojos a su esposo. Por eso al enterarse de que había un hombre en e! hospital que había perdido la memoria, le pareció un milagro. Pero los milagros no existen, y tarde o temprano, la realidad acaba imponiéndose.

Miró hacia la cabina del avión donde Andrew -todavía le llamaba así — se había sentado junto al piloto y observaba el tablero de mandos, preguntando por la función de cada uno de ellos. ¿Qué clase de hombre podía aceptar con tanta tranquilidad su amnesia? ¿Es que no tenía ganas de recuperar la memoria? ¿No tenía deseos de saber con certeza cuál era su identidad y si en verdad era la persona que ella decía?

Justina movió la cabeza impotente. Él era un verdadero enigma para ella.

Luego comenzó a especular acerca de quién sería él en verdad. Era inteligente, culto. Sabía conducir con destreza, hablar sobre música y literatura. ¿Qué clase de ocupación tendría para poder desaparecer así, durante varias semanas sin dejar rastro y sin que nadie se interesara por su desaparición?

Se preguntó si estaría casado. ¿Cómo sería su esposa? ¿Sería guapa, inteligente, cariñosa...? De pronto, sintió un profundo dolor de estómago. Imaginárselo con otra mujer se le hacía insoportable, como le había ocurrido con Amalia, el día anterior. Estaba celosa, no podía negarlo y en ese momento sabía que cualquiera que fuese el resultado de aquella aventura, se había enamorado de él. Ahora nada podía hacer para evitar que él se enterara de su verdadera identidad y se alejara de ella para siempre.

Cuando aterrizaron en Queranova, les esperaba el coche presidencial y sólo entonces el compañero de Justina hizo un comentario.

—¿Atenciones de tu primo? -señaló fríamente.

— Sí —Justina le miró con expresión fatigada. Con aquel traje oscuro él estaba muy atractivo y tuvo la tentación de alargar la mano para acariciarle. No podía dominar sus deseos y se esforzaba para pensar con calma y frialdad.

Miró su propia vestimenta. Por lo menos iba bien vestida y, en cierto modo, saberlo le dio seguridad en sí misma.

El palacio quedaba en la calle principal de la ciudad y estaba rodeado por altos muros, recuerdo de su antiguo pasado como fortaleza. Sin embargo, ahora, sólo una patrulla de policía custodiaba el lugar y al llegar ellos, les saludaron con amabilidad cuando reconocieron a los

ocupantes del coche.
Luis salió a recibirles al impresionante vestíbulo del edificio Las paredes eran altas y majestuosas y de ellas colgaban los retratos de los pasados presidentes de Montera verde. Justina advirtió que Andrew los contemplaba con mucho interés.
Luis se les acercó, le estrechó la mano a Andrew y besó a Justina.
—Os hemos estado esperando desde que nos avisaron de Voltio que ya habíais subido al avión. Venid a la sala, Morgana está deseando veros.
Morgana Salvador era una hermosa joven con cabellos muy rubios, mucho más que los de Justina. Se levantó del sofá donde estaba descansando cuando entraron en la sala y se les acercó despacio. Dentro de pocos días tendría su segundo hijo y miró con cierta timidez su abultado vientre.
— ¡Hola, Justina! —dijo cálidamente dándole un beso en la mejilla— . ¡De modo que éste es... Andrew!
Justina miró a Luis con un gesto de complicidad, pero él hizo un ligero movimiento de cabeza, mientras el acompañante de Justina saludaba a la esposa de Luis con evidente placer.
—¿Nos conocemos? —le preguntó Morgana, mirando recelosa a su esposo.
— Por supuesto. Pero hace mucho tiempo —la interrumpió Luis de inmediato —. ¿Te acuerdas de Andrew, verdad, Morgana?
—Pues... vagamente -respondió pensativa-. Al menos tenemos algo en común. Yo también soy inglesa —luego suspiró—. ¿A nadie le molesta que me siente? Me fatigo cuando estoy de pie mucho rato.
—Por supuesto que no -contestó Justina.
Luis se adelantó para ayudar a su esposa a sentarse en el sofá. Había tanta ternura y comprensión en aquel gesto, que Justina sintió envidia. Miró a Andrew y, de pronto, advirtió una extraña expresión en su rostro. Se preguntó en qué estaría pensando.
Luis invitó a todos a sentarse y les ofreció bebidas. Era casi la hora de comer y Justina aceptó un jerez mientras que Andrew pedía su habitual Scotch. Los dos hombres hablaron sobre diversos temas, el clima, la velocidad con la que uno se podía desplazar en esos días... mientras que Morgana le preguntaba a Justina por su tía y expresaba su preocupación al saber que la anciana había tenido otro ataque.
Todo era muy agradable. Nadie podía suponer que por debajo de aquella conversación había algo perturbador y pese a ello, Justina podía percibirlo perfectamente y sabía que Luis y su esposa también lo notaban.
Poco después anunciaron que la comida estaba servida, y durante la misma hablaron sobre temas intrascendentes. A Justina le resultó fácil interesarse por la conversación de Morgana. Su primer hijo era un hermoso niño, del que sus padres estaban orgullosos y hablaban entusiasmados. Justina dijo que le gustaría verle, pero el niño estaba bajo el cuidado de una niñera y comía en su habitación.
Cuando terminó la comida y se sirvió el café, Justina supo que había llegado el momento decisivo. Morgana comentó que Luis había recibido una carta de Sergio Manuelo concerniente a los asuntos de su tía y que deseaba discutir a solas con Justina, sugiriendo que mientras tanto, Andrew y ella podrían ir a la sala a charlar sobre Inglaterra.
Justina advirtió que los ojos de Andrew la observaban con curiosidad

cuando ella abandonaba la habitación para seguir a su primo. ¿Qué estaría pasando en ese momento?, se preguntó con desesperación.
En el estudio, Luis abordó el tema sin rodeos.
— Bueno, Justina —dijo con solemnidad—. Parece que no ha recobrado la memoria.
— No — respondió ella—. Pero tú... sabes quién es.
— Sí —repuso Luis, ofreciéndole un cigarrillo que ella rechazó, entonces él encendió uno para él, con un lujoso encendedor de bronce que estaba sobre la mesa—. ¿No ha ocurrido nada... que te hiciera pensar que él sabe quién es?
— No —contestó ella impaciente—. Por favor, Luis, dímelo. ¿Quién es?
— Su nombre es Dominic Hallam. Es ingeniero, está empleado en una firma de constructores de Londres. Su director, Lester Cunningham, volará hacia aquí dentro de unos días.
— ¡Oh, Dios mío!
Justina se llevó las manos a la cabeza y se dejó caer abatida en una silla que había frente a la mesa. Luego miró a su primo tratando de calmarse.
—¿Por qué no notificaron antes su desaparición? ¡Cielos, han pasado semanas!
—Supongo que hubo cierta confusión con el gobierno peruano —comentó Luis.
Luis hizo un ademán de impaciencia.
—Lo siento. Te lo estoy explicando mal, perdóname. Primero tendría que haberte dicho que él estaba en Río y desde allí emprendió viaje hacia Lima. Su trabajo es supervisar la construcción de una sección de ferrocarril en los Andes y su oficina, en Londres, supuso que se encontraba ya en Perú. Allí, cuando vieron que no llegaba y que tampoco tenían noticias de la compañía, empezaron a preocuparse, entonces el ministro peruano para quien él debía trabajar, se puso en contacto con la oficina de Londres, pero cuando todo se aclaró ya había pasado bastante tiempo.
— Comprendo —dijo Justina muy pálida-. Y dices que el director de la compañía...
— La Cunningham International —le explicó Luis.
— Sí... el director de la compañía va a venir aquí.
—Por supuesto. Me lo notificaron las autoridades de la línea aérea ayer.
Justina movió la cabeza.
—¿De modo que todo ha terminado?
Luis suspiró mirando con compasión a Justina.
— Tú sabías que terminaría tarde o temprano. Sólo espero que podamos convencer a este hombre de que todo esto ha sido una equivocación.
Justina se puso en pie. Se sentía mal. Todo le daba vueltas. —¿Qué más... te dijeron sobre él? Quiero decir... ¿Está casado...?
— No lo sé. No sé nada de su vida privada. Justina suspiró profundamente y le preguntó: —¿Qué vas a hacer?
Luis inclinó la cabeza.
— No lo sé.

Dio una vuelta alrededor de su mesa.
— Dime, Justina. ¿Sabes algo sobre la situación económica de tu tía?
Justina le miró sorprendida.
—¿Su situación económica? —repitió— ¿Qué tiene que ver mi tía con todo esto?
Luis la miró algo preocupado.
— Puede tener algo o mucho que ver.
—¿Por qué? —le preguntó sorprendida—. ¿Por qué tendría que saber cuál es la situación económica de mi tía? ¿Y por qué me lo preguntas?
Luis suspiró.
—Ayer, cuando te mandé la nota pidiéndote que vinieras no era sólo por el problema de este hombre, de Dominic Hallam.
— Por favor, Luis háblame con claridad. Luego se interrumpió de pronto.
— ¡Un momento! Morgana dijo algo acerca de que Sergio Manuelo te había llamado. Yo creí que se trataba de un pretexto para que pudiésemos hablar.
—No. En realidad, Manuelo se ha puesto en contacto conmigo. Él... ha recibido una carta de tu tía...
—¿De mi tía? —preguntó asombrada—. Pero... si ella no está en condiciones de escribir a nadie.
—No. Lo sé. Alguien se la escribió.
—¿Quién? ¿La enfermera?
— Conociendo a tu tía, no creo que hubiese confiado una carta de esa naturaleza a un extraño.
—¿Una carta de qué naturaleza?
— Una carta respecto a su dinero. Justina estaba confusa.
—¿Sobre dinero? —repitió—. ¿Entonces, quién escribió esa carta? ¿Y qué decía?
—El hombre que según tu tía era Andrew Hallam, escribió esa carta —dijo Luis golpeando la mesa con los dedos- ¿Ahora te das cuenta de cómo se relacionan las dos cosas?
— ¡Oh, por favor! —exclamó temblorosa— ¿Qué significa esto? ¿Por qué ella le hizo escribir esa carta a Andrew? ¿Por qué no a mí? — al mismo tiempo que hacía la pregunta recordaba el día que se encontró a Hallam en la habitación de su tía. Aquella noche Renata estaba muy mal, por supuesto, pero hubo otras noches en las que tal vez él volvió a la habitación de la anciana. ¿Qué le habría dicho a su tía? ¿Y ella a él?
—La carta se refería a ti —continuó Luis—. Como tú sabes bien, tu tía recibió una herencia considerable de sus padres y esa fortuna era para ti.
— Sí —asintió Justina.
—Tu tía se aburría, llevó una existencia muy solitaria durante todos los años que tú pasaste en la escuela y se le ocurrió la idea de hacer que ese dinero rindiese beneficios.
—¿Te refieres a la bolsa?
— Algo parecido. En todo caso, ella no consultó a nadie, ni siquiera a su apoderado en Queranova y contrató a otro abogado para que se encargase de ese aspecto de sus finanzas.
— ¡Sigue! —Justina sintió que se le helaba la sangre en las venas. Luis

volvió a suspirar.
— Su primer testamento tiene la firma de Manuelo y en él aparece como una mujer rica. Sin duda, no gastó un céntimo para proporcionarte lo que ella creía que era el esposo más adecuado.
Justina volvió a hundirse en la silla.
—Ella creyó que Andrew era rico —afirmó con la voz quebrada.
— Desde luego. Y él pensó que tú lo eras. Tanto tu tía como tu finado esposo cayeron en la misma trampa —concluyó diciendo mientras miraba compasiva a Justina.
—¿Por eso es que ella quería que Andrew viniese a Montera verde? Quería estar segura de que no me quedaría en la calle. Tenía miedo de que si yo rompía con Andrew, no tuviese el valor de decirme la verdad.
—Eso es lo que yo creo -dijo Luis afirmando con la cabeza-. En todo caso, una vez que Andrew o el hombre que ella creía era Andrew, apareció, aprovechó la oportunidad para ponerle en contacto con Manuelo y explicarle la situación. Manuelo, como es natural, estaba atemorizado. Se culpa por no haber atendido con más eficacia los asuntos de tu tía.
Justina le miró pesarosa y comentó:
-Él no tiene la culpa -luego miró fijamente a Luis-. Pero... eso significa que ese hombre... Hallam, conoce mi situación financiera.
—Claro. Aunque dudo que eso importe, en estas circunstancias.
Justina se mordió el labio.
—¡Al contrario, importa mucho! ¿No te das cuenta de lo que se imaginará él cuando sepa la verdad? No me creerá. Pensará que yo le utilicé para protegerme de lo que ocurriría cuando esto se supiese.
—¿Por qué habría de pensarlo?
— ¡Eso será! -exclamó Justina con tristeza-. ¿No te das cuenta? ¡Él creerá que pretendíamos mentirle indefinidamente!
— ¡Oh, Justina! ¡Estás dramatizando la situación! En la posición de Hallam, yo me contentaría con saber quién soy, no perdería el tiempo en recriminaciones.
— ¡Pero tú no le conoces, Luis! —exclamó Justina poniéndose en pie y paseando nerviosa por la habitación.
Luis la observó unos segundos y luego dijo:
— Parece que lo mejor que podía haber sucedido es que las autoridades le revelaran su identidad.
—¿Por qué lo dices?
— Porque ahora sabes cuál es tu situación y puedes hacerle frente. Justina se encogió de hombros con expresión de impotencia. —¿Quieres decir que tendré que vender el castelo?
— No necesariamente, aunque mantener ese edificio es mucho más caro que vivir en una casa pequeña.
—Comprendo —respondió resignada—. De manera que todo esto para nada. Debía haberle dicho la verdad a Manuelo en el aeropuerto.
—¿Y darle un disgusto así a tu tía? ¿En un momento en que estaba tan enferma?
Justina asintió despacio.
— No. No. No podía hacerlo, ¿verdad? —dijo encogiéndose de hombros—. Pero tendría que haber encontrado otra solución.

—¿Qué piensas hacer ahora? ¿Se lo dirás a Hallam? ¿Quieres que se lo diga yo? ¿O esperarás a que llegue Cunningham? Justina frunció el ceño.
— Supongo que debo decírselo yo.
— Muy bien. ¿Cuándo?
— No me agobies, Luis, dame tiempo para pensarlo. En este momento, apenas si puedo sostenerme de pie.
— Por supuesto. Lo siento —dijo Luis dándole una palmadita en el hombro-. Cálmate. ¿Quieres una copa?
— No, no quiero nada, gracias —Justina suspiró profundamente—. Nunca creí que se trataría de esto cuando recibí tu carta. ¡Sólo me imaginé que... en el espacio de veinte minutos me he quedado sin esposo y sin herencia!
— No seas tan pesimista, Justina.
— No lo soy —trataba de sonreír—. En realidad, ahora me siento mejor. Por lo menos, no era sólo yo la que mentía. Sólo desearía que...
—¿Que ese hombre no hubiese aparecido? Justina inclinó la cabeza, sonrojándose.
—Tal vez. Luis murmuró una exclamación.
— ¡Por Dios, Justina! ¿Qué quieres decir? ¿Qué has hecho con ese hombre? ¿No habrás...?
—¿Dormido con él, Luis? —le miró desafiante con los ojos llenos de lágrimas — . Oh, no, eso no... Pero tal vez debería haberlo hecho.
Luis se quedó asombrado.
¡ No hablas en serio!
—¡Oh, sí!
—¿Quieres decir que te has enamorado de él? Justina, ¿por qué?
Ella se encogió de hombros.
—¿Acaso uno puede elegir? ¡Quién sabe! —dijo con amargura—. Si hubiese concedido los derechos de un verdadero esposo estaría como Morgana. ¿Qué podía hacer?
—¿Morgana? ¡Embarazada quieres decir!
— Por supuesto. ¿Qué, te impresiona? —le miró desconsolada. Luis suspiró.
— Por supuesto que me impresiona. Después de lo que me contaste sobre Andrew... de tu actitud hacia... los hombres...
— Lo sé. ¿Es una locura? Pero no es lo mismo con... Dominic —pronunció aquella palabra despacio, como saboreándola—. Es un hombre cien mil veces mejor que Andrew.
Luis se llevó una mano a la frente:
—Creí que habías dicho que tú y él...
—Que no hemos dormido juntos, no —Justina le miró, arqueando las cejas—. Pero... nos hemos besado alguna vez.
— ¡Cielos! —exclamó Luis, conmovido—. Justina, creo que has corrido una serie de riesgos innecesarios.
—¿Sí, verdad? —respondió desolada—. ¿Por qué ahora tiene que venir ese hombre, Cunningham? ¿Porqué las cosas no podían quedar como estaban...? Dominic desaparecido...
Luis caminó hacia la puerta.
— No seas tonta, Justina. No eres una niña y sabes que esas cosas no

suceden.
Justina le siguió hacia la puerta.
— Gracias por todo, Luis. Por todo. Él se volvió y cogió el picaporte.
— No me lo agradezcas, Justina —le advirtió con cierta amargura— . Aún no hemos acabado.

Capítulo 11

Aquella noche se celebró un banquete en el palacio al que, desde luego, no asistieron ni Dominic ni Justina. En cambio, pasaron la noche en las habitaciones privadas el palacio acompañando a Morgana. Fue una velada agradable, y Dominic se sintió aliviado cuando terminó y pudo retirarse a sus habitaciones. Por el momento tenía bastantes cosas en qué ocupar su pensamiento, y sabía que ahora que estaba en la capital, debía hacer un esfuerzo por dar a conocer su identidad y aliviar el sentimiento de culpa que le embargaba por que sus amigos y compañeros de trabajo hubiesen estado preocupados todo el tiempo en que no habían tenido noticias de él.

Esta situación, que había comenzado casi como un juego, se había vuelto paulatinamente más compleja y los acontecimientos de los últimos días habían servido para demostrarle la irresponsabilidad con que habían actuado.

Cuando por primera vez asumió la identidad de aquel desconocido, Andrew Douglas, tenía curiosidad por saber por qué Justina había decidido inventarse aquella historia, pero después de vivir en el castelo durante un tiempo había comenzado a comprender su situación y la fuerza de voluntad de su tía, Renata de la Roca. El motivo por el cual Renata estaba tan preocupada por la felicidad de Justina se había aclarado cuando le pidió que escribiera aquella carta a Sergio Manuelo.

La anciana se había quedado sin un céntimo y confiaba en que el marido de Justina se hiciera cargo de ella después de su muerte. Ella le había confiado sus inquietudes, y pensaba sugerirle al padre Juan que convenciera a Justina para que entrase en el convento.

Al principio, Dominic la había escuchado con indiferencia, luego con rencor, dejándose llevar por la simpatía y la atracción que empezaba a sentir por Justina. Su reacción inicial ante la mentira de ella había sido de odio. No sentía piedad alguna ni le importaba en absoluto cuál pudiera ser el resultado de aquel peligroso juego. Pero más tarde, muchas cosas habían coincidido para que su actitud fuese cambiando poco a poco sin que él mismo se diera cuenta.

Inconscientemente, por la actitud de ella hacia él y por algunas cosas que le había confiado Renata, Dominic se imaginó cómo había sido el marido de Justina y el cuadro no le parecía muy positivo. Nadie podía negar que la reacción inmediata de Justina ante cualquier gesto de ternura por su parte, había sido siempre de absoluto rechazo, cada vez que la tocaba reaccionaba como si le tuviera miedo.

Él, como un tonto, se había imaginado que tal vez ella era así, que pertenecía a esa clase de mujeres que son incapaces de responder a las caricias de un hombre. Creía que había vivido algún trauma durante su matrimonio que era la causa de su frigidez.

La noche que había ido a casa de Amalia García, había tenido la oportunidad de poner a prueba dicha teoría y descubrió que no sólo era una mujer de carne y hueso, cálida y receptiva, sino también que

él se había portado con ella como un canalla y que jamás lo volvería a hacer.
Y así había empezado la verdadera agonía. Porque a pesar de lo ocurrido y de la mentira de Justina, él había comenzado a desearla, a desearla de verdad, no como una simple aventura que hubiera podido terminar de pronto, sin dejar rastros en ninguno de los dos, sino para conservarla, para compartir con ella toda su vida, para que fuese la madre de los hijos que hasta ahora no había pensado tener.¡La amaba, y ella pertenecía a otro hombre!
Antes de poder considerar las dificultades que desearía afrontar, había surgido la ocasión de hacer aquel viaje a Queranova. El tenía el presentimiento de que aquello sería el fin de sus relaciones con Justina. Se imaginaba que su primo, Luis Salvador, había descubierto su verdadera identidad y que tal vez las autoridades peruanas exigían ya su incorporación a las obras.
Pero hada le habían dicho hasta ahora aunque Justina, le había estado observando durante toda la noche y Dominic supiese que él era tan culpable como ella de seguir guardando silencio. No sólo eso, su jefe y amigo, LesterCunningham, tenía derecho a recibir información sobre lo que le había sucedido. Ya había pasado demasiado tiempo asumiendo un absurdo papel y ahora era justo que se identificase y volviera a reanudar su vida habitual.
Se quitó la chaqueta y comenzó a desabrocharse la camisa mientras iba hacia la ventana y observaba las luces de la ciudad. ¡Todo parecía tan tranquilo, tan diferente a su estado de ánimo en aquel momento!
Bajo la ducha, trató de tranquilizarse y pensar con serenidad en una posible solución. Sería fácil ponerse en contacto con el embajador británico, identificarse, explicarle las circunstancias de su desaparición, con la ayuda del doctor Ramírez y luego volver a Londres de inmediato.
¿Qué ocurriría con Justina? ¿Qué haría ella? ¿En dónde estaba el verdadero Andrew Douglas? ¿Acaso él pensaba reunirse con ella allí? No, no parecía posible después de que ella había corrido el riesgo de identificarle a él como su esposo. Con seguridad ella no hubiese actuado así, si hubiese sabido alguna posibilidad de que el verdadero Andrew apareciese. ¿Entonces dónde se encontraba Andrew? ¿En Inglaterra?
Dominic estaba apesadumbrado. El hecho de pensar que otro hombre estuviese junto a Justine le exasperaba. Extendió la mano para coger una bata de baño y ponérsela. ¡Qué situación la suya!
Una vez seco, se puso un pijama de seda y se metió en la cama, luego encendió un cigarrillo. Sus ojos vagaron inquietos por la habitación y exhaló un profundo suspiro. Era una alcoba hermosa, debía reconocerlo, con muebles de color claro que hacían juego con la alfombra, las cortinas y la colcha. De pronto se fijó en la puerta que comunicaba su habitación con la de Justina.
Dominic hizo una mueca burlona. Era evidente que los Salvador sabían que él no era quien Justina afirmaba. Seguro que, hasta en este lejano país, las mujeres y los matrimonios normales no dormían en habitaciones separadas. No, era evidente que aquí, como en el castelo, se había hecho todo lo posible por mantener las distancias convenientes entre ellos.

Miró distraídamente su cigarrillo. Tal vez había sido un tonto, pensó con amargura. Tal vez, se había equivocado al tratar a Justina. Debía haber exigido sus derechos, sin rodeos, en lugar de esperar, de respetar los temores de la joven. Además, si ella también le quería... pero de eso no podía estar seguro.

Luego suspiró. Aunque hubiera querido no hubiese podido hacerlo. Él no podía actuar de esa manera. No era un animal. Era un ser humano y nunca había obligado a ninguna mujer a someterse a sus deseos. Por el contrario, ellas por lo general se habían mostrado complacientes con él y deseosas de estar a su lado. Mujeres como Amalia García, por ejemplo.

¡Amalia García! Dominic sonrió. Él había buscado deliberadamente su compañía aquella mañana después de sus forcejeos con Justina, para demostrarse a sí mismo que era capaz de conquistar a una mujer, y a su vez, demostrarle a la mujer que aseguraba que él era su esposo, que no dejaría que se riera de él, pero de nada había servido.

Cuando volvió al castelo y advirtió que la puerta de la habitación de Justina estaba cerrada, se enfadó más. Y luego, cuando ella abrió la puerta y le miró de aquella manera, hubiera deseado echarla sobre la cama y hacerle el amor hasta que no pudiese volver a rechazarle nunca más. ¡Y ella se lo hubiese permitido, eso era lo que más le molestaba! En sus brazos, ella se convertía en una muchacha tierna y cariñosa y parecía perder el miedo. Pero no era suficiente, no mientras existiese su verdadero esposo; Dominic se negaba a ser utilizado de aquella forma.

Apagó el cigarrillo con un gesto de impotencia, salió de la cama y comenzó a dar vueltas como un león enjaulado. No, no podía seguir así, de una u otra manera, esta situación debía resolverse, pero sólo Dios sabía cómo...

Al día siguiente, Justina se levantó muy temprano y se vistió. Se sentía como un ser al que le quedan pocas horas de vida antes de que llegase el pelotón de fusilamiento. Se alegró a pesar suyo de saber que Morgana no se sentía bien y que por lo tanto no estaría presente para ser testigo de su desolación.

Desayunó sola en el enorme comedor del Palacio. Luis siempre lo hacía muy temprano antes de encerrarse toda la mañana en su despacho con su secretario, y como el hombre que ella ahora conocía como Dominic Hallam tampoco apareció, Justina se sintió terriblemente sola. Si él ya sabía su verdadera identidad, era posible que se hubiese marchado para siempre y ella debía prepararse para lo peor.

Se negó a comer nada, sólo tomó café y luego se sentó en un sofá, contemplando la mesa cubierta por un elegante mantel y todos los bellos objetos de plata que había sobre ella, mientras se preguntaba por las palabras que elegiría para decirle la verdad a Dominic. Luis le había dicho que Lester Cunningham debía llegar dentro de pocos días. Que podía ser hoy mismo y aún él ni siquiera podía sospechar que había vivido con una identidad que no era la suya, con una mujer a la que no le unía nada... pensar en ello le daba escalofríos, porque mientras pensaba que él seguiría a su lado indefinidamente sólo le preocupaba controlar sus sentimientos y comportarse con dignidad delante de él. Pero ahora que sabía que le iba a perder para siempre le

parecía que la abandonaban las fuerzas y que no podría seguir luchando.
¿Qué haría él cuando se enterase? ¿Qué diría? Había leyes que castigaban el hecho de tener confinada a una persona contra su voluntad y nadie que conociera al verdadero Andrew Douglas, podría creer que ella se hubiera equivocado y hubiera confundido a Dominic con su esposo. Todo el mundo dudaría de su palabra. ¿Qué sucedería si él decidía vengarse de ella por todo lo que le había hecho pasar? ¿Si él la acusaba, cómo podría defenderse? ¿Y cuál podría ser la pena? En realidad, eso era lo de menos. El peor castigo que podía imaginarse era el desprecio que sentiría por ella Dominic. ¡Y pensar que en otras circunstancias podrían haberse enamorado el uno del otro.
Abandonó el comedor con tristeza, deseando al mismo tiempo que él apareciera de pronto y le permitiera purgar sus culpas.
Después de subir a su habitación y volver a bajar y después de no encontrarle, hizo sonar la campanilla para llamar a un sirviente y le preguntó dónde estaba su esposo.
-Señora -respondió aquel hombre inclinando la cabeza con cortesía-. El señor Douglas pidió un coche muy temprano y se marchó. No serían todavía las ocho de la mañana.
— ¡ Se marchó! — repitió Justina sin creerlo —. ¿Le dijo dónde iba?
— No señora. Comentó algo acerca de... ver un poco la ciudad. Nerviosa, Justina se colocó el pelo detrás de las orejas.
— Comprendo —dijo frunciendo el ceño—. ¿Y el presidente sabe que se ha marchado?
— No lo creo, señora. ¿Debería saberlo? Justina negó impaciente:
— No, no, supongo que no. Gracias.
El sirviente se retiró y ella comenzó a pasearse por la. sala, donde su primo la había recibido el día anterior. Se preguntó adonde habría ido Dominic y por qué. ¿No podía habérselo dicho si su intención era visitar la ciudad? ¿Y si no era ésa la razón? ¿En dónde estaría ahora?
— ¡Si Luis no estuviese tan ocupado! ¡Si pudiese verle y hablar con él! —exclamó desolada.
No se atrevió a interrumpir a su primo, ocupado con asuntos de estado, de manera que se pasó el tiempo leyendo algunas revistas y yendo a la puerta de entrada y volviendo, cada vez que oía el motor de un automóvil.
Al fin llegó la hora de la comida y Dominic no había vuelto. En ese momento Luis salió de su despacho. Justina le esperaba con una expresión de ansiedad.
El la miró intrigado y luego, despidiendo a su secretario, le preguntó:
—Justina, ¿qué ha pasado?
La cogió del brazo y la llevó a su despacho.
— ¡Vamos, habla! ¿Qué ocurre? Justina comenzó a temblar.
—Ha desaparecido —afirmó con la voz quebrada.
—¿Desaparecido? —Luis frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir con «desaparecido»?
-Dominic se ha marchado. Pidió un coche esta mañana y se fue. Antes de las ocho de la mañana.
— ¡Qué! —exclamó sorprendido—. ¿Quién le dio permiso para usar un coche oficial?

—¿Necesita permiso? —Justina hizo una mueca—. Creo que Morgana, anoche le dijo que si quería un coche no tenía más que pedirlo.
—Comprendo —Luis asintió con la cabeza—. Creo que ha ido demasiado lejos. Marcharse sin decirte adonde iba...
Sí —repuso Justina, suspirando-. ¡Oh, Luis! ¿Qué voy a hacer?
—Calmarte —le estaba diciendo aquello cuando se oyó que alguien llamaba a la puerta del despacho.
Justina se puso de pie al instante y Luis respondió:
— Adelante —dijo con voz impaciente.
Uno de los secretarios del Palacio estaba de pie en el umbral de la puerta:
— Hay un mensaje para usted, Excelencia —le informó con amabilidad mientras le entregaba una nota.
Luis asintió con un gesto.
— Démelo y retírese.
Una vez que el hombre hubo cerrado la puerta, Luis abrió la nota, mientras Justina deseaba que cualquiera que fuera el mensaje, no fuese algo que obligase a Luis a pasar el resto del día ocupado. La exclamación súbita de su primo la aterrorizó. Podía advertirse en sus facciones descompuestas la sorpresa.
—Es un mensaje de la Embajada Británica — le explicó Luis—. Me notifican que el señor Lester Cunningham ha llegado esta mañana temprano.
Justina tragó saliva con dificultad.
— ¡ Lester Cunningham!
-Sí. Es el jefe de Hallam. Ya te había dicho que iba a emprender viaje hacia aquí.
— Y... ¿hace referencia a... Dominic?
— No —suspiró Luis—. Justina ¿Estás segura de que ese hombre, Hallam, no conoce su verdadera identidad?
Justina se puso sería:
— Por supuesto que estoy segura. ¿Por qué me lo preguntas? Luis se quedó pensativo.
—No lo sé. Me parece que todo este asunto es algo turbio.
—¿Qué vamos a hacer?
—¿Que qué vamos a hacer? -le preguntó impaciente-. Justina, toda esta aventura la has iniciado tú. Ahora, sólo nos queda sentarnos y esperar.
—¿Y el coche oficial? ¿No te importa que se lo haya llevado?
—Mi querida Justina, si crees que ahora yo me voy a poner buscar un vehículo que falta, con la esperanza de encontrar a hombre, estás equivocada.
Justina bajó la cabeza.
—Comprendo.
Luis la miró con exasperación.
— Llamaré al garaje y les pediré que me informen cuando regrese el coche. Y eso es todo lo que puedo hacer.
—Sí, está bien.
Suspirando, Luis levantó el auricular y marcó el número del garaje del Palacio. Cuando respondió el mecánico, le explicó lo que quería saber

y luego hizo una exclamación.
—¿Cuándo? —exclamó—. ¿Y sabe usted dónde dejó el chofer a ese hombre?
Hubo un silencio y Justina miró a Luis, desesperada; entonces él tapó el auricular con una mano para que no se oyera la conversación y le explicó fríamente:
— El coche ha vuelto al garaje hace una hora. El mecánico ha ido a preguntarle al chofer dónde dejó a Hallam.
— ¡Oh, Dios mío! —exclamó Justina tapándose la boca con la mano.
Unos minutos después, Luis, asintiendo con la cabeza, dijo:
— Gracias, eso es todo —su voz tenía un tono extraño cuando colgó. Luego dijo:
—Creo que no hará falta que hagas ninguna confesión, Justina. El chofer dice que dejó a Hallam en la puerta de la Embajada Británica.
Por la tarde, Justina comprendió que debía tomar una decisión. No se había tenido ninguna noticia de la Embajada Británica ni del propio Dominic y ahora él ya debía estar enterado de todo. Seguramente ya sabría la verdad.
Se sentía muy cansada y ya no le quedaban fuerzas para luchar. Lo único que deseaba era tener una oportunidad para escaparse a algún lugar donde nadie pudiese encontrarla, dónde pudiese curarse de sus heridas, aislada de todos y de todo.
¡El castelo!
Alrededor de las cuatro y media, buscó a Luis y le dijo lo que quería hacer. Al principio él se resistió, pero cuando se dio cuenta de que ella estaba al borde del agotamiento, se rindió, pensando que tal vez todo lo ocurrido era demasiado para su prima. El podía ocuparse de lo que sucediera en adelante. Comprendía que, a pesar de que Justina había tomado una decisión descabellada y demasiado peligrosa al identificar a un hombre desconocido como a Andrew Douglas y que ella era en cierto modo la culpable de su situación actual, había vivido bastantes días de tensión y debía estar agotada. Él también tenía parte de responsabilidad en aquel asunto. Llevado por su cariño hacia Justina, había sido su cómplice. Si él se hubiera negado a apoyar las afirmaciones de su prima quizás ella no se hubiera atrevido a llevar adelante aquella aventura.
Por eso le parecía lo más adecuado que Justina dejase todo aquello en sus manos; estaba tan nerviosa que no podría serle de ninguna ayuda allí. De manera que hizo todos los preparativos para que Justina pudiese volver al castelo, cansada, pero aliviada por volver al lugar que la pertenecía. Habría interrogatorios, de eso no cabía duda alguna. Renata se ocuparía que así fuese y su tía iba a querer saber dónde estaba Andrew apenas se recobrase. En este momento, nada importaba, sólo que ella volviera a su cama a dormir, a dormir, dormir...

Capítulo 12

La tía de Justina murió días más tarde sin recuperar del todo el conocimiento. La joven, por la expresión del rostro del doctor Antonio Ramírez, supo que él en ningún momento había confiado en que pudiese recuperarse después de su último ataque. En realidad, casi tenía la seguridad de que Renata moriría mientras Justina y su esposo estaban ausentes.

La explicación de Justina fue que Andrew había tenido que volver de pronto a Londres y nadie se sorprendió. Después del funeral, pensó que no había razón alguna para explicarle a Juana la verdad. Después de todo, dentro de pocos días, una vez que los asuntos de su tía se aclararan, Juana sería despedida y el castelo se pondría en venta. Tampoco le dijo nada a Juana respecto a este asunto. Ya habría tiempo para ello cuando se conociera el testamento de la anciana y no había necesidad de preocupar aún más a la vieja compañera de su tía en un momento en que estaba tan afectada por la muerte de Renata.

Antes de que se conociera el testamento, Justina recibió otra carta. Era de los abogados de Andrew, desde Londres. Ella creía que los asuntos de su esposo ya estaban resueltos pero, al parecer, aún había algunas cuestiones que debían aclararse y para ello se solicitaba su presencia en Londres.

Aquella carta fue la gota que colmó el vaso. El último lugar en el mundo al que hubiese querido ir era Inglaterra y el solo hecho de pensar que tenía que viajar hasta allí para ocuparse de los asuntos de Andrew, provocaba en ella una tensión insoportable, sobre todo en aquel momento. No quería que nada la hiciese recordar a su esposo.

De manera que les escribió explicándoles que su tía acababa de morir, que no se sentía capaz de viajar y que por favor le enviasen los papeles.

Pero la segunda carta de los abogados afirmaba, en términos algo confusos, que su presencia en Inglaterra era indispensable y que hiciese los preparativos para su viaje de inmediato.

Justina estaba desesperada. Y no tenía nadie a quien poder confiar su ansiedad. No se atrevía a llamar de nuevo a Luis, después de aquella aventura descabellada y como no tenía noticias de él, supuso que nada nuevo había ocurrido desde su partida. Vivía aterrorizada pensando en que algún día recibiría una notificación para presentarse a la policía para explicar las razones que la habían llevado a mentir.

No había ocurrido nada de eso todavía y ahora la pedían que viajase por razones diferentes.

Comprendió que no tenía más remedio que ir. Le explicó a Juana que se marchaba a Inglaterra y la anciana, por supuesto, pensó que seguramente su marido la había mandado llamar.

Aterrizó en Londres en una tarde fría de finales de Marzo. Las gotas de lluvia chocaban contra el cristal de las ventanillas del taxi y un viento helado le recordaba que era todavía pleno invierno.

Se alojó en un pequeño hotel que estaba cerca de Hyde Park y pasó el resto del día en su habitación. Se pondría en contacto con los abogados a la mañana siguiente, porque el viaje la había dejado agotada, tenía muchas ojeras...

Por la mañana, el tiempo no parecía haber mejorado. La lluvia había cesado, pero todavía hacía frío y ni siquiera el tímido sol que brillaba, pudo mejorar su estado de ánimo.

Después de tomar el desayuno en el comedor del hotel, Justina llamó por teléfono a la oficina de los abogados Bennett, Alwyn y Forster. Les explicó que había llegado a Londres el día anterior y que podía ir a verles cuando ellos lo creyesen conveniente.

El joven abogado que la atendió, después de esperar un rato, le sugirió que se pasase por la oficina por la tarde y Justina, después de darle las gracias con amabilidad, colgó. No podía imaginarse cuáles serían las dificultades que habrían surgido para hacer necesario su viaje a Londres, pero estaba demasiado agotada física y mentalmente como para pensarlo ahora que ya estaba allí.

Se pasó la mañana en el hotel, sin salir de su habitación siquiera. A los empleados del hotel aquel comportamiento no les dejaba de sorprender. Lo más habitual era que se alojasen en el hotel turistas que venían a conocer la ciudad y que sólo paraban en el hotel para cenar y dormir. No obstante. Justina no hizo caso de las miradas curiosas que le dirigían y comió temprano, antes de salir en dirección a Lincoln Inn.

La oficina de los abogados Bennett, Alwyn y Forster, era imponente. Estaba en un edificio de fachada de piedra gris, de varios pisos. Ella ya había estado allí una vez y la recepcionista le sonrió al reconocerla.

—¿La señora Douglas, verdad? —le preguntó mientras Justina se aproximaba a su escritorio.

—En efecto —asintió Justina. Se había recogido el pelo en un moño que le daba un aspecto severo y se sintió segura y confiada al parecer una mujer mucho mayor.

La recepcionista hizo una consulta por teléfono y luego le informó.

—Arriba, la primera puerta a la derecha, señora Douglas -y le sonrió.

— Gracias.

Justina subió por la escalera y al llegar al pasillo vio varias puertas. La recepcionista le había dicho la primera a la derecha, de modo que llamó con seguridad.

-Adelante —se oyó una voz masculina.

Ella hizo girar el picaporte y abrió la puerta. Era una habitación bien iluminada, cubierta por una alfombra, sobre la cual había una gran mesa de roble.

Ella observó distraídamente todo aquello, pero sus ojos se clavaron de pronto en un hombre que estaba de pie detrás de la gran mesa, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho. Llevaba puesto un traje gris impecable. Su pelo oscuro y bien peinado le daba cierto aspecto de típico empresario londinense. Para Justina era algo más y le miró asombrada, con deseos de volverse hacia la puerta, convencida de que se trataba de una alucinación.

Moviendo la cabeza lentamente, murmuró casi sin aliento:

— Lo... siento. Debo haberme equivocado de despacho. Dominic Hallam se enderezó y avanzó de pronto hacia ella para coger el

picaporte de la puerta y obligarla a cerrarla de nuevo. Luego regresó a su mesa y se volvió diciendo:

— No te has equivocado de despacho, Justina. Yo he mandado que te buscaran.

Justina le miró asombrada.

—¿Tú has mandado que me buscaran...? —contestó temerosa.

— Así es — asintió Dominic cogiendo un cigarrillo de una caja que estaba sobre su mesa—. Toma asiento.

— No... no gracias —miró a su alrededor atemorizada—. ¿Por qué habría de hacerlo?

Dominic encendió su cigarrillo antes de responder, luego se encogió de hombros.

—Tal vez te haya traído a este país para hacerte arrestar por secuestrar a un extranjero en tu casa, fingiendo que era tu esposo —comentó muy serio.

Justina tembló.

—¿Serías capaz de hacerlo?

Dominic la miró un rato y luego negó con la cabeza.

— ¡No! ¡No! ¡No sería capaz! Justina tragó saliva.

—¿Has recuperado la memoria? Él hizo una mueca.

-¿Qué pensarías si te dijera que recuperé la memoria antes de abandonar la clínica? Justina tartamudeó.

— No... ¡no puede ser cierto!

—¿Porqué no?

—Porque no me hubieses permitido que hiciese lo que hice si hubieras sabido quién eras.

—Tal vez sentía curiosidad por saber de lo que eras capaz.

Justina, desalentada se dejó caer en una silla, las fuerzas le habían abandonado.

— Me confundes —murmuró con voz ronca.

— No más de lo que tú me confundiste a mí, créeme —observó con frialdad Dominic.

—¿Y todo el tiempo que pasaste en el castelo sabías quién eras?

—Sí.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Y tú? —replicó él.

— Por razones puramente egoístas, supongo —dijo ella con amargura —. No quería decirle a mi tía que Andrew había muerto.

¡ Ahora lo sé! - Dominic le dirigió una mirada maliciosa.

—¿Tú lo sabes? —le preguntó Justina desolada.

Sí, lo sé. Luis me lo contó.

—¿Luis? ¿Has hablado con Luis?

— Sí, hace tiempo que estoy en contacto con él. ¡ Por Dios Justina! ¿Por qué huiste? —pronunció aquellas últimas palabras con un tono de voz diferente, como si las hubiese dicho sin querer.

Ella bajó los ojos, evitando mirarle.

—¿Y todavía me lo preguntas? —replicó inquieta—. Supe que ese hombre... Cunningham... había llegado, que pronto sabrías la verdad y no tuve la valentía de enfrentarme a ti.

Él murmuró una imprecación y apagó su cigarro en el cenicero.

—¿Por qué? ¿Por qué no esperaste? Sabías que regresaría.
—¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo estar segura de lo que tú harías? No me dijiste una palabra. ¡Desapareciste sin más!
— Lo sé, pero trata de comprender mi punto de vista. Por la mañana fui a la embajada a explicarle la situación al embajador, sin saber que Lester ya había llegado. Resultó que el embajador había ido a buscarle y tardaron en volver a la embajada y yo no tuve más remedio que esperarles. Cuando Lester me vio, ya te puedes imaginar cómo reaccionó. Él no paraba de hacerme preguntas y yo de darle explicaciones. Hasta que todo quedó aclarado y Lester lo entendió pasó mucho tiempo. Antes de darme cuenta, se había hecho muy tarde. Lester me dijo que yo había sido un inconsciente al actuar de aquella manera. Y así fue, debo reconocerlo.
Justina se puso las manos en las sienes.
— Y cuando viste a Luis, ¿qué le dijiste?
—Más bien fue él quien habló. Cuando me enteré que te habías marchado me puse más nervioso de lo que estaba. Creí que iba a volverme loco...
—¿Qué quieres decir?
-¿Cómo qué quiero decir? Le hubiera retorcido el cuello cuando me dijo que te había permitido volver al castelo. Como yo le había prometido a Lester que volvería con él a Londres al día siguiente, no pude ir a buscarte. Además, no sabía que Andrew Douglas había muerto.
-Comprendo -Justina se sonrojó-. Ahora ya lo sabes.
- Sí, pero no sólo eso. Sé otras muchas cosas. También se que tu tía hizo todo lo posible para que te casaras. Si no lo hubieses hecho ella te hubiera obligado a ingresar en el convento. Se como te trataba Andrew. Sí, lo sé... -Justina sentía que le ardían las mejillas.—¡ Créeme, que en ese aspecto estoy de acuerdo con tu primo. Desee que estuviese con vida para poder darle una lección!-levanto una mano amenazadora-. ¿Qué supe por tu primo Luis? ¡Ah, sí! Se que Douglas y tu tía se pusieron de acuerdo para sacar el mejor partido de ti, en beneficio de ellos, y cuando tú volviste al castelo, después del ataque de Renata, ¿cómo podías decirle la verdad? Era evidente que no podías hacerlo. Creo que sé todo lo que ha ocurrido.
Justina se puso en pie.
-Me alegro de que sepas por fin la verdad. Y supongo que debería sentirme agradecida de que no me hayas acusado, Pero también hubiese preferido que en lugar de decirme todo esto personalmente, lo hubieses hecho por escrito... -su voz se quebró. Avergonzada se volvió, incapaz de sostenerle la mirada.
Dominic juró en voz baja y en un momento se acerco sus manos sobre sus hombros. Justina se estremeció al sentir su contacto.
—¿Qué estás diciendo? No te he traído hasta aquí solamente para hablar. Oye, Justina, debes creerme...
Y su boca acarició la nuca, con mucha ternura, mientras le iban quitando las horquillas que sujetaban su pelo, que cayó como un manto sedoso sobre sus hombros.
Justina soportó todo aquello un instante, luego se alejo de los brazos de él.
— ¡No! —exclamó sin aliento-. ¡No! ¡Así no! De nada sirve. El rostro

de Dominic se oscureció.
—¿Por qué? ¿Por qué, Justina? Te conozco demasiado bien. ¡No puedes negarme que deseas hacer el amor conmigo!
Nerviosa se arregló el cabello.
—No, no, no puedo negarlo —reconoció avergonzada—. Y... y sé que si me hubiese quedado en el valle, sé... que hubiese ocurrido lo inevitable. Y... además, que... me hubiese agradado.
El dio un paso adelante y ella extendió una mano como si quisiera detenerle.
— Ahora es diferente, tú ya sabes que no eres mi esposo y... y no soy de esas mujeres que... se conforman con tener una fugaz aventura con el hombre al que más quieren en el mundo.
—¿Qué quieres decir? —le preguntó.
— Quiero decir... lo que he dicho... ya no me importa que lo sepas... que te quiero demasiado, que como para mí tú no serías una simple aventura, prefiero no volver a verte antes que permitir que te rías de mí.
— ¡Por Dios, qué mujer! ¿Acaso te parece que te esté pidiendo simplemente que te acuestes conmigo? —paseó nervioso por la habitación. Luego, a pesar de los esfuerzos de ella porque no se le acercara, la tomó en sus brazos para besarla.
—Quiero casarme contigo, tonta —ocultó su rostro entre su pelo —. ¡Y por Dios que si no lo hago en seguida, me volveré loco! Justina levantó la cabeza y le miró fijamente a los ojos.
— Pero una vez... hablaste de... peleas, discusiones que habías tenido con tu esposa. ¿Qué ocurrió con ella?
—Estuve casado y me divorcié. La mujer con quien me casé murió poco después. No tengo esposa y nunca pensé volver a casarme. Hasta que te conocí, entonces todos mis ridículos y absurdos razonamientos... —dejó de hablar, su boca buscó con avidez los labios de Justina.
Pasó un rato antes de que ella pudiese pensar con coherencia. —¿Porqué me hiciste venir hasta aquí?¿Porqué no fuiste al valle? Dominic le puso el pelo detrás de la oreja y luego le levantó la barbilla.
— Por diversas razones. En primer lugar porque le prometí a Lester que vendría con él aquí. Ha sido sumamente comprensivo y deberá serlo doblemente cuando me tome unas vacaciones para pasar la luna de miel. Y también porque quería verte aquí, fuera de la nociva influencia de tu tía. Siento que haya muerto. Por último, quería tenerte aquí, para que vieras dónde trabajo, cómo vivo, mi ambiente, mi mundo. El mundo donde tendrás que vivir si vas a ser mi esposa. ¿Puedes comprenderlo?
Justina le miró con un gesto de impotencia.
—Creo que podría vivir en cualquier parte contigo —murmuró en voz baja—. Pero... pero, ¿qué hacemos con el castelo? Tendré que venderlo.
—¿Por qué? Mantenerlo no debe ser tan caro. Además, si quieres y si el presidente de tu país lo permite, podría ser nuestro hogar. Mi trabajo me obliga a viajar a todas las partes del mundo. Inglaterra es solamente un lugar de descanso, no es mi verdadero hogar.

Justina abrió la boca asombrada.
— ¡ Eso sería maravilloso! ¡ No sé cómo agradecértelo!
— Sí, lo sabes —la miró amoroso, haciéndola sonrojarse una vez más.

Anne Mather - Atrapada en sus redes (Harlequín by Mariquiña)